



Doctrina y praxis humanista
Antología

Federico Ling Altamirano

Doctrina y praxis humanista

Antología

Federico Ling Altamirano

Doctrina y praxis humanista. Antología.
Federico Ling Altamirano

Derechos reservados, 2015

Partido Acción Nacional
Av. Coyoacán 1546, colonia del Valle
03100, México DF

Fundación Rafael Preciado Hernández
Ángel Urza 812, colonia del Valle
03100, México DF

Antología conformada por
Carlos Castillo López

La reproducción total o parcial no autorizada vulnera
derechos reservados.

Cualquier uso de la presente obra debe ser
previamente concertado.

IMPRESO EN MÉXICO

Índice

Presentación	7
Solidaridad: principio de doctrina, virtud de orden social	11
La generación que ganamos	20
Trabajo y empresa: aportaciones del PAN	28
Rostros y máscaras de los partidos	45
Los partidos políticos ante la sociedad civil	56
Los cinco centenarios	64
Al soltar amarras	73
Globalización y solidaridad	79
Ingreso del PAN a la Internacional Demócrata Cristiana	92
Los siguientes 40 años del PAN	103
La singular ruta de Acción Nacional	112
Santo Tomás Moro, patrono de los políticos	123
Verdad y valores en el ejercicio del poder	132
Rabindranath Tagore	144
Necesidad de la doctrina en el ejercicio del poder	153
Lo musulmán, la paz, la democracia y el concepto de persona humana	161
Bernard Shaw y Gilbert Chesterton	169
La roca y la nube	178

Presentación

Federico Ling Altamirano puede calificarse como un panista “de los de antes”: capaz de encabezar una campaña en la calle, de proyectar y repensar la doctrina del Partido, lector voraz y con un horizonte intelectual que va de la poesía a la novela al ensayo de autores nacionales y extranjeros, poeta en sus tiempos libres, cuadro de “a pie” y funcionario del Comité Ejecutivo Nacional, servidor público y embajador ante El Vaticano, director de la revista *Palabra* y capacitador...

Esta suma de aptitudes, de ambiciones y talento fue distintiva de una militancia que se preparaba y formaba para mejor servir a México desde Acción Nacional. Eran aquellos años los de la llamada “sequía electoral”, cuando el fraude, el abuso, la trampa y la maña del partido en el gobierno era capaz de desalentar a los más débiles, pero que en el espíritu de largo aliento fueron, por el contrario, incentivos para seguir participando, para no retroceder ni un ápice en lo alcanzado, para avanzar a pesar de la adversidad y, en síntesis, para dar esa batalla por la democratización que hoy es beneficio de todo el país.

De igual modo, al igual que la primera generación de panistas, entre ellos Gómez Morin, González Luna o Estrada Iturbide, Ling Altamirano, “Fede”, como lo conocían sus amigos cercanos, no dejó obra escrita en libros pensados como tales, salvo un par de tomos de poesía; por el contrario, sus escritos se encuentran dispersos en distintas publicaciones del Partido, en folletos, cuadernillos y otros instrumentos que utilizaba el PAN para difundir sus ideas, así como en periódicos donde colaboró cuando ya en los años ochenta y noventa del siglo XX, el empuje del PAN llevó a la lenta apertura de los medios impresos de información.

Entre esas publicaciones donde difundió sus ideas, destaca sobre todo la revista *Palabra*, que fundó Carlos Castillo Peraza en 1987 y que él encabezó a partir de 1998 y hasta el año 2008; en sus páginas, Federico Ling publicó una gran cantidad de textos que, en su mayoría, se refieren a la doctrina panista, pero no ese corpus de filosofía que se asume distante e incapaz de aproximarse a la realidad de un país sino, por el contrario, con el talento de tomar esas grandes ideas para traducirlas en propuestas prácticas, en respuestas a problemas reales y de una actualidad que aun hoy tiene vigencia, en reflexiones que buscan responder tanto a una realidad cambiante como a los retos que enfrentaba un Partido que en ocasiones parecía incapaz de aprovechar esa riqueza ideológica para incorporarla plenamente a su acción de gobierno.

Y es con ese material que la Fundación Rafael Preciado Hernández da forma a este volumen, *Doctrina y praxis humanista*, una antología que reúne la obra publicada en aquella revista y con la que se busca compartir ideas de largo aliento, de una claridad y profundidad como poco se ve en estos días, de un alcance que no caduca por su capacidad de interpretar y analizar las circunstancias a la luz de conceptos perenes. No hay, empero, desperdicio alguno en esta suma de ensayos, rescatados y transcritos por Jonathan Sánchez López Aguado y revisados para conformar esta edición: desde el primero de los textos, acerca del principio de solidaridad, hasta el último, un recuento de la propia revista *Palabra* y último texto que publicara en vida, la suma constituye un recorrido por los intereses de su vida, por sus pasiones políticas o literarias, por su

amplísima capacidad de traducir e interpretar tradiciones antiguas o distantes a la luz del presente, un recorrido intelectual en el que, además, pueden leerse diversas circunstancias complejas que atravesó Acción Nacional durante años difíciles y de grandes retos, como fue la cooperación con el gobierno salinista para trabajar la primera ley electoral, o la divergencia de posturas acerca de acciones que debía emprender el panismo, o el reto de aplicar los postulados de doctrina a la actividad gubernamental.

Puede así constatar que esos debates –sobre todo los que corresponden a la cooperación con el gobierno y el de la doctrina en la práctica– son todavía hoy recurrentes y constantes al interior de Acción Nacional, y son en ese sentido muy actuales y pertinentes las respuestas y reflexiones que ofrece el autor, demostrando, además, que ni lo que vivimos hoy es inédito ni nos enfrentamos a escenarios jamás vistos antes. Por el contrario, el PAN, por contar con valores que perviven a lo largo del tiempo, enfrenta situaciones cambiantes a partir de una concepción sólida y constante de su entorno. La utilidad de las ideas de Ling Altamirano que el lector podrá encontrar en este tomo son, así, de suma utilidad para entender cómo se ha resuelto de manera afortunada en el pasado lo que en esta segunda década del siglo XXI nos toca solucionar.

Sea pues la edición de este libro, junto con el tomo de *Ideas fuerza*, compilado para esta Fundación por Javier Brown César, una forma de rendir homenaje a quien a todas luces puede considerarse un ejemplo preclaro de congruencia, de militancia, de talento y de preparación. Homenaje sentido y cariñoso a Federico Ling Altamirano, panista de vocación.

Carlos Castillo López

Director editorial y de Cooperación institucional

Solidaridad: principio de doctrina, virtud de orden social

Dentro de la filosofía social de Acción Nacional, la solidaridad es el principio que expresa la mutua y esencial vinculación, así como la recíproca responsabilidad entre persona y sociedad. Constituye, dentro de la estructura doctrinaria del Partido, uno de los cuatro pilares fundamentales de la misma.

Del más alto valor puede considerarse la solidaridad tanto en su aspecto de principio ontológico del orden social, cuanto en el destacado aspecto de virtud dentro de la convivencia en sociedad.

Cuando tratamos de solidaridad, cuando hablamos de ella, estamos ante uno de aquellos principios doctrinarios que una vez analizamos en su relación con el restante cuerpo de la doctrina social y consideramos sus múltiples y ricos aspectos. Existe además la necesidad de considerarlo una de las constantes distintivas de las doctrinas sociales basadas en la tradición y desarrollo de la filosofía jusnaturalista, así como en el de una antropología filosófica humanista, existencial y al mismo tiempo trascendente. Es el caso de la filosofía social de Acción Nacional.

* Texto publicado en la revista *Palabra*, Año 1, número 1, septiembre-noviembre de 1987.

Pensadores recientes

Este principio doctrinario emerge dentro de las corrientes mencionadas en forma relativamente reciente pero con mucha fuerza una vez que pensadores de la talla de Heinrich Pesch, Oswald Von Nell-Breuning, Nikolaus Monzel y sobre todo Max Scheler, explicitan en sus escritos y dan a conocer la enorme fuerza aglutinante de esta manifestación que va de lo más íntimo de la persona humana individual, al núcleo mismo de las relaciones de convivencia comunitaria, y van haciendo clara la anterior opacidad de este principio. Tan fuerte es la atracción que ofrece este postulado básico sobre algunos de los más destacados filósofos de nuestro siglo, que algunos llegan a definir la doctrina misma como “solidarismo”.

“¿Qué es lo que conduce a los seres humanos a formar agrupamientos sociales?, se pregunta metodológicamente el Lie. Mendieta y Núñez. Abordaremos el problema confrontando respuestas muy diversas de autores eminentes. Uno de éstos, Vierkant, afirma que, para la especie humana, considerada en su totalidad, el origen de la sociabilidad no puede explicarse sino por la aceptación de un instinto gregario.

Dos anotaciones son oportunas. En la primera, que esta explicación, como otras parecidas, devalúa al hombre y desconoce su naturaleza de ser social, pues lo que en el irracional es instinto, en el hombre es el sentido de solidaridad. Y la segunda, que vale la pena distinguir la socialidad de la sociabilidad; del modo de ser social derivamos la socialidad, y del modo de ser sociable, sociabilidad. A este propósito recordamos al Dr. Ruiz-Jiménez, maestro de la Universidad de Salamanca, cuando aclara: “Socialidad, decimos, y no sociabilidad, porque aquélla es una dimensión ontológica de la persona; pero la sociabilidad es una conquista moral y política”.¹

En sus manifestaciones más inmediatas, la solidaridad aparece más como una virtud de la convivencia social que como un principio ontológico de la estructuración de la sociedad. De hecho, cuesta trabajo analizar el segundo aspecto sin haber estudiado el primero.

Es evidente la solidaridad que existe en forma natural entre los miembros de una familia o de un grupo social natural, de una comunidad primaria. Es evidente cuando

¹ *Iniciación a la Sociología*, Luis Calderón Vega, Ed. Jus, México, 1979, 2ª ed. p. 29.

el hermano que tiene mucho le ayuda al hermano que tiene poco; cuando la familia del hijo viene a vivir a casa de los padres durante un tiempo.

En estos casos, lo único que se deja al futuro es la esperanza de ser correspondido en algún apuro del mismo tipo.

Es evidente y también natural la solidaridad en los equipos deportivos, las pertenencia espontánea a alguna asociación, la conciencia de pertenecer al mismo barco y a la misma tripulación produce estos tipos de solidaridad que, vista así, es solamente una cualidad y una virtud que surge en forma natural en la convivencia social.

Normalmente se trata de la solidaridad de los pocos con los pocos; de los afines con los afines, de los semejantes con los semejantes y nadie considera que se trate de algo sobrenatural o extraordinario.

Muchos con pocos

Un poco menos evidente y frecuente es la solidaridad eventual de los muchos con los muchos. En México tenemos el estremecedor y formidable ejemplo de solidaridad que surgió, especialmente entre personas jóvenes, durante los días que siguieron al terremoto de septiembre de 1985 en la ciudad de México.

Algo que parecía imposible ocurrió, y ocurrió además en forma espontánea y admirable. Ante el dolor de millones, la compasión y la solidaridad de millones; ante las inmediatas y urgentes necesidades de millones de personas, la generosidad de otros millones en un gigantesco y formidable intercambio de acciones de socorro, de esfuerzos físicos, de desvelos. Una porción enorme de humanidad en franca solidaridad con la parte afectada. Unos sabiendo y queriendo dar y otros sabiendo y queriendo recibir. La esperanza de reciprocidad se deja en este caso para el imponderable futuro en que en alguna u otra forma de vicisitud equilibrase la balanza.

Podría parecer la aparición de esa manifestación de solidaridad y humanismo vivo menos natural que la de pocos con pocos. Yo creo lo contrario. Fue la demostración palmaria de que la virtud social llamada solidaridad, como tal, es completamente natural. Porque la solidaridad entre miembros de una familia o de una comunidad natural puede

ser cultivada y producto de la educación y de factores culturales; no así la solidaridad que no puede ser producto del entrenamiento y la práctica. Después de todo, no hay terremotos cada fin de semana para asistir a los entrenamientos.

Postular pues que los esfuerzos sociales pueden y deben basarse en gran medida en la solidaridad entre seres humanos es formular un postulado del orden lógico y natural de las cosas. Por ello también resultó lamentable que no se pudiera o no se quisiera (por parte de las autoridades) aprovechar la encrucijada de 1985 para que la solidaridad espléndida que se manifestó en todos los estratos sociales echara raíces y fuera base de algunas estructuras mejores, más profundas y más humanas: “Oportunidad trágicamente desperdiciada” la llamó Juan Alcántara.

Ahora bien, en Acción Nacional este principio ha ido explicitándose a medida que el tiempo pasa. Una vez rebasados los niveles de la evidencia simple obtenida por manifestación natural del fenómeno en sociedad, la solidaridad pasa a ser considerada como uno de los cuatro pilares fundamentales de la doctrina del Partido junto la eminente dignidad de la persona humana, la gestión del bien común y el principio de subsidiariedad. Es natural también el rezago que muestra en su desarrollo la solidaridad como principio del orden social porque, si bien es evidente y hasta obvia su condición de virtud de la convivencia –“todos vamos en el mismo barco”– no lo es su aspecto de principio a nivel doctrinario.

Solidarismo

Parecía, durante la campaña presidencial de 1970, que nuestro candidato, el Lic. Efraín González Morfín, lograba hacer luz sobre ese aspecto poco conocido de la solidaridad; por ejemplo, en su discurso de Acámbaro, Michoacán, en donde González Morfín le daba la importancia y jerarquía suficientes como para darle incluso denominación a la doctrina sostenida por Acción Nacional: solidarismo.²

Ofrecía este planteamiento la posibilidad de una verdadera superación en cuanto a la tradicional denominación de posiciones políticas y sociales de derechas e izquierdas y, además, una clara superación de las posiciones colectivistas e individualistas y la

² *Discursos de su Campaña Presidencial*, Efraín González Morfín, “Discurso en Acámbaro, Mich”. p. 199. Ed. Jus.

oportunidad de librarse de una manera en realidad sencilla de la tiranía de las etiquetas y las denominaciones simplistas. Pero no es mi intención aquí manifestarme exigente en que se debe usar la denominación de solidarismo para nuestra doctrina. En realidad puede usarse alguna otra también apropiada (aunque quizás menos sencilla) como pueden ser los nombres de humanismo político, como acostumbrada decir don Efraín González Luna, o personalismo comunitario, que es del todo equivalente a solidarismo como ha hecho notar Héctor González Uribe en su obra *Persona Humana, Sociedad y Estado*.³

Más bien lo que intento señalar aquí es que en nuestra filosofía social el concepto de solidaridad, como responsabilidad solidaria entre persona y sociedad, alcanza claramente la categoría de principio. Basta ver los estudios que han realizado algunos autores y pensadores afines y propios para comprobarlo. Es el caso de Johannes Messner en su obra *La Cuestión Social*⁴ o Nikolaus Monzel en su *Doctrina Social*⁵ o bien y quizás mejor aún Max Scheler⁶ insuficientemente estudiado en nuestro medio.

Una virtud

Como virtud, su principal cualidad reside en ser factor aglutinante; proporciona cohesión social natural, esto es, fundada en la naturaleza del ser humano a un tiempo individual y social. En su explicitación e inclusión en los marcos jurídicos y políticos ofrece, por ejemplo, la oportunidad de dar sentido pleno a la comunidad de vida y de trabajo que llamamos empresa, superando el enorme abismo abierto por las teorías de la lucha y el odio de clases.

Clarifica también el postulado que a muchos ha parecido desproporcionado, del destino universal de los bienes materiales. La oposición a este postulado puede muy bien provenir de un prejuicio sistemático en contra del Estado y aun en contra de la sociedad. La superación se logra con la consideración de la sociedad como una oferta de libertad⁷, no sólo de dolores de cabeza.

³ *Persona Humana, Sociedad y Estado*, Héctor González Uribe, Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, 1986, México.

⁴ *La Cuestión Social*, Johannes Messner, Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1976.

⁵ *Doctrina Social*, Nikolaus Monzel, Editorial Herder, Barcelona, 1969, Cap. 15.

⁶ *El Formalismo en la ética y la ética material de los valores*, Max Scheler, citado en nota 5.

⁷ *El Humanismo en Crisis*, Bernhard Hansler, Editorial Herder, Barcelona.

Vista de otra manera, la solidaridad se puede dar con el prójimo –en el sentido de próximo– o con el lejano. Por un lado, la virtud natural llamada amor al prójimo, y por otro, la virtud ya no tan natural de amor al lejano. Lejano en el tiempo y en el espacio y, en síntesis, el diferente (el *Ferntesliebe* de que habló incluso Nietzsche, tan alejado por otra parte de nuestra corriente de pensamiento).

En efecto: amar y sentirse solidario de nuestros parientes, amigos, miembros de nuestros clubes y asociaciones no es algo difícil. Pero sí lo es, en cambio, amar, sentirse y ser solidarios con el lejano y el diferente. Lo es al grado que se tiene que hacer algo de trabajo disciplinado sobre las conciencias para lograrlo. Y aún más, se tiene que hacer un esfuerzo para que la falta de solidaridad con el lejano y el diferente no degeneren en odio y en violencia.

Considérese, por ejemplo, que no es tan fácil comprender que la biosfera es de todos: de los mexicanos, sí, pero también de los africanos y de los chinos. Y como la biosfera, los océanos y las nubes y los ríos; en fin, los bienes materiales de esta clase. Esto resulta más fácil hoy en día debido a la abundancia de comunicaciones y a la naciente conciencia planetaria, pero aún es difícil saberse y sentirse solidario de los lejanos en el tiempo: de las generaciones venideras. Y sin embargo es necesaria la solidaridad con los hijos de nuestros hijos. Un buen ejemplo es el petróleo y los recursos no renovables que administramos los de esta generación pero con el deber de evitar “hipotecar el futuro” de las siguientes generaciones. Es necesario que hasta allá llegue nuestra solidaridad.

A la luz de estas consideraciones es fácil advertir que la solidaridad adquiere categoría de principio ético. Aquí hay algo más que decir. Conviene examinar brevemente las cuatro significaciones que van ligadas al principio de solidaridad: la de principio ontológico, la de principio jurídico, la de principio de virtud y la de principio de interés.⁸

En el principio de solidaridad, en cuanto principio ontológico y jurídico, fundamenta Heinrich Pesch el “solidarismo” como sistema de orden social. Lo más adecuado, probablemente, es ceder la palabra sobre el particular a una figura rectora del solidarismo, Oswald V. Nell Breuning: “Solidarismo es el sistema del orden social que, a diferencia del unilateralismo, del individualismo y el colectivismo, hace justicia a la doble

⁸ Idem, 4.

vertiente de la relación de individuo y sociedad: del mismo modo que el individuo se halla ordenado a la comunidad por efecto de su tendencia social esencial, también la comunidad, que no es otra cosa que los individuos en su vinculación comunitaria, se halla ordenada a los individuos en su vinculación comunitaria, se halla ordenada a los individuos de los cuales está compuesta y en los cuales y para los cuales existe, a la vez que sólo realiza su sentido en y a través de la plena realización personal de los mismos. Es esta una relación ontológica; por lo tanto, el solidarismo constituye por su misma esencia una doctrina filosófico-social del ser social (metafísica social). Sobre esta relación ontológica se alza la correspondiente estructura de valores y de conducta. Con ello el solidarismo se convierte, por vía de conducta social (ética social). El concepto de la común vinculación (“todos viajamos en mismo barco”) constituye el fundamento de la responsabilidad común (“uno para todos; todos para uno”): cada uno ha de responder por el todo del cual forma parte; el todo ha de responder por cada uno de sus miembros. De esta responsabilidad común (*obligatio in solidum*) deriva el nombre de “Solidarismo”, por lo tanto, más que una ética es una teoría del ser social.⁹

Orden jurídico

Prosigue Von Nell-Breuning diciendo: “Orden social es orden jurídico. De aquí que el principio de solidaridad (la responsabilidad común en recíproca vinculación) constituye el principio jurídico fundamental que garantiza la posición irrenunciable del hombre dentro de la vida social y, por consiguiente, dentro de la económica, sin afectar o empujear por ello el valor y autonomía de las totalidades sociales (familia, pueblo, Estado, familia humana y, dentro de los debidos límites, las múltiples asociaciones libres)”.

Después de observar la extensión enorme, el amplio campo de aplicación del principio que venimos considerando, podemos hacer una exploración en profundidad.

⁹ La Encíclica social “*Quadragesimo Anno*”, Oswald von Nell-Breuning, 2ª Ed. 1932.

Dar y recibir

En el primer escalón del toma-daca recíproco entre personas y sociedad encontramos la situación de desvalimiento total en algunas personas en la que no es posible considerar lo que pueden dar, sino más bien qué es lo que necesitan para sobrevivir dignamente.

En el segundo escalón (y aquí se tiene que introducir inevitablemente la filosofía de los valores y su jerarquización) están los bienes y los valores de servicio a los demás; desde el simple trato comercial de mercancías hasta el intercambio altruista. Pero el criterio de su valor se basa en el hecho de que la persona que tiene los bienes o puede prestar los servicios o puede sustituirse por otra que los tenga, de tal suerte que los bienes su flujo en la sociedad siguen siendo iguales.

En el tercer grado están los bienes y valores que residen en las personas, como los bienes del saber científico y tecnológico, así como algunas especialidades profesionales, pero que la sociedad puede todavía obtener sustituyendo, por ejemplo, un mecánico por otro y a un maestro de matemáticas por otro.

Todavía en un grado superior, el cuarto, estarían los bienes y valores que radican en la creatividad y originalidad de las personas. En este caso, la sociedad ya no puede obtener esos bienes simplemente sustituyendo a un hombre creativo por otro hombre igualmente creativo; a una poetisa por otra, o a un genio científico por otro. Si alguna de estas personas resultara un egoísta incorregible, la humanidad se vería empobrecida sin remedio, por omisión de las personas originales y selectas. Con ello recae sobre estas personas un grave deber y una alta responsabilidad.

Escalones superiores

En el quinto escalón, todavía superior, se encuentran los bienes y valores que son portados en la esfera de intimidad absoluta de las personas. Me refiero al “lugar” absolutamente íntimo y personal en que tiene lugar la “conexión” que se realiza con plena libertad y plena originalidad de manera irrepetible en el centro del corazón de los seres humanos. Este orden de bienes y valores no puede ser compartido por la sociedad, o sea

por los demás, sin el libre desprendimiento de ellos por la persona que los porta. La forma individualizada de amar, de actuar, de ser de una persona no puede ser compartida (y a veces ni siquiera conocida) si no existe la voluntad de la misma para compartirla.

Finalmente, el bien supremo que una persona posee es su absolutamente íntima y personal relación con Dios.

Ahora bien, la sociedad queda irremediablemente trunca si se ve privada por una persona de lo que sólo esa persona puede dar. Y ese algo es justamente lo mejor de sí mismo. Dicho de otra manera, lo que estoy más obligado a dar es lo que sólo yo puedo dar, que es lo mejor de mí; y eso está en el centro de mi ser. Por eso el hombre solidario es necesariamente centrífugo; aspira a compartir lo mejor con los demás, desata vigorosamente sus potencialidades centrales, las derrama hacia afuera y recibe también, normalmente, lo mejor de los demás.

En el bien común se multiplica y su gestión se facilita cuando tenemos este tipo de hombre solidarista; este tipo de hombre centrífugo, abierto a los cuatro puntos cardinales, como quería Chesterton.¹⁰

Es así como la solidaridad adquiere una admirable plenitud tanto en extensión como en profundidad. Pero todavía podríamos seguir explorando otros aspectos y facetas de la cuestión: de gran utilidad sería un ensayo de aplicación del principio para los tres órdenes de gobierno: federal, estatal y municipal. En este ensayo se vería cómo la vivencia de este principio se daría con toda naturalidad en las comunidades menores y en los municipios de una población no excesiva; se daría con menos naturalidad, pero no con menor fuerza, en el nivel intermedio de las entidades federativas. Desde luego que en ese nivel ya se necesitaría una política de conducción de la solidaridad regional y de paisanaje; en el nivel federal se necesitaría, además, una política de la cultura de la solidaridad, probablemente con refuerzos jurídicos.

En suma, existen amplias posibilidades –algunas poco exploradas hasta la fecha– de aplicación de este vigoroso principio. Es parte del deber político intentar hacerlas vigentes.

¹⁰ *La Esfera y la Cruz*, Gilbert Keith Chesterton, en *Obras Completas*, Plaza & Janés, 1960.

La generación que ganamos

Mucho se ha venido analizando y discutiendo, tanto en el interior como en el exterior del PAN, acerca de la existencia de un panismo “nuevo” y un panismo “viejo”. Algunos analistas no muy agudos simplifican aún más las cosas y llaman al primero “neopanismo” y, al segundo, panismo “tradicional”. Otros, con más sentido de los hechos, sabiendo que los portadores de las supuestas o reales corrientes son las personas, no hablan de neopanismo, sino de neopanistas; tampoco hablan de panismo viejo o tradicional, sino de panistas viejos o tradicionales. A mi manera de ver, en el afán de la sobre simplificación y hostilidad manifiesta hacia alguna de las corrientes, se llega a atribuir a unos lo que en todo caso es característica de los otros y a afirmar ramplonamente que existe en el interior del Partido una lucha interna feroz y despiadada por el mando y la dirección del Partido. Con todos estos ingredientes se ha hecho una ensalada exótica muy difícil de analizar si uno cede a la arrogancia de “comentaristas” empeñados en desprestigiarnos o en fomentar una división que en la actualidad no existe en el Partido.

* Texto publicado en la revista *Palabra*, Año 2, número 5, julio-septiembre de 1988.

Testigo directo

Mi situación como observador de los acontecimientos me permite hablar con cierta autoridad del fenómeno que ocurre en el PAN. Mi antigüedad de 30 años como militante panista me coloca “automáticamente” en la posición de ser un panista tradicional. Por otra parte, al ser dirigente en el estado de Durango, calificado también “automáticamente” como “neopanista” dado el auge reciente del Partido en la entidad, me hace parecer como “neopanista”, o aliado de los neopanistas, si es que hay. También me tocó ser testigo de dos de los más importantes fenómenos de renunciadas que ha habido en el PAN: el de 1963, de los llamados “demócrata cristianos”, y el de 1978, cuando renunciaron Efraín González Morfín y un destacado –aunque tampoco muy numeroso– grupo de panistas.

“Viejos” y “nuevos”

Dos ejemplos muy claros son los siguientes. Se dice que los neopanistas son principalmente los empresarios que recientemente se han interesado en la participación política, especialmente electoral, y luego en diferentes momentos se señala al Ing. Alfredo Corella, de Nuevo León, y a Ing. David Bravo, de Puebla, como neopanistas. Esto es verdaderamente absurdo, ya que tengo el gusto de haber militado junto con ellos en el PAN desde hace dos o tres décadas. Lo que quiero decir es que no es la antigüedad ni lo empresarial lo que hace a un panista ser “panista tradicional” o “neopanista”. Otro ejemplo podría ser el caso de Jesús González Schmal, que es casi 10 años más joven que Manuel Clouthier, pero con 20 o 25 años más de militancia en el PAN que éste, y para que no se piense que estoy en contra de uno de ellos diré que los dos son panistas igualmente distinguidos. Por tanto, ya que no es caso único sino que podría multiplicarse muchas veces, no es la edad lo que hace que un panista sea un cuadro viejo o un cuadro nuevo en el partido.

En su tiempo, José Ángel Conchello, cuando tenía unos 54 años de edad, fue calificado por los periodistas interesados en el asunto como el líder de los jóvenes panistas;

en tanto que Julio Sentíes y Javier Boelsterly (ambos fuera del Partido hoy día), de menos de 25 años de edad, eran acusados de “cripto-comunistas”, “ultraconservadores” y “tradicionalistas”, todo ello al mismo tiempo. Como se ve las aguas estuvieron muy revueltas en el conflicto interno de 76 y esa turbiedad no ha desaparecido por completo. Digo turbiedad a los ojos de los analistas externos poco agudos.

En resumen, no es la edad ni la antigüedad en el Partido el criterio con que se puede calificar a alguien de neo o veteropanista, suponiendo que realmente existan esas corrientes en los términos empleados por el análisis ramplón de algunos diaristas. En dado caso, habría que plantear la cuestión en términos de generaciones panistas o en términos de “formas de ser” panistas. Además la doctrina de Acción Nacional ha sido y sigue siendo única y unificadora cuando han venido los momentos de las decisiones importantes. El Partido sigue siendo en lo fundamental un partido con doctrina básica indiscutida y, por tanto, unificado en esencia.

Por otra parte, es justo y natural que un partido político que como el nuestro tiene que actuar en la oposición y en tiempo de crisis social, económica y política, se plantee diversas posibilidades estratégicas de acción y, al plantearse, surja la discusión –incluso la discusión candente– pero sin que en ello prive de manera alguna el posible deseo de favorecer a grupos de panistas “viejos” o “nuevos”, del norte o del sur, ricos o pobres, dirigentes o bases, de provincia o del centro. El crecimiento del PAN durante la última década es algo que no se puede explicar por un solo factor, sea éste interno o externo, sino que es un fenómeno complicado en el que van entreveradas las razones de orden social (como la demografía y la educación); las de orden económico (como la crisis y la brecha entre ricos y pobres); las de orden político (como la reforma política y la toma de conciencia de sectores importantes de la población); y las de orden cultural (como el crecimiento de los medios masivos de comunicación, la transculturación y otros). Sobre todo, hay que señalar el proceso de maduración interna en el que quizá el dato más importante sea el considerarnos a nosotros mismos como una organización con fines que realmente se pueden realizar con los elementos humanos de carne y hueso con que cuenta, con los mexicanos –numerosísimos en la actualidad– que son nuestros compañeros; todos “pecadores estándar” como señalaba alguien con expresión realista y de buen gusto.

Modos de ser

Ahora bien, ¿qué cosa es lo nuevo y qué cosa es lo viejo en el PAN? Esto es algo que intentaremos ir definiendo con los elementos que en cada momento se tengan a la disposición. Si lo “nuevo” no es la doctrina, ni la plataforma actualizada y ni siquiera algunos enfoques sobre la realidad nacional, probablemente nos acercamos a la identificación correcta si buscamos en las formas, en los modos de ser panista y de dirigir al Partido.

Por ejemplo, a algunos de los elementos de reciente ingreso les llaman la atención algunas frases acuñadas por dirigentes anteriores a lo largo del camino que el Partido ha recorrido. Por citar sólo una, diría que la que más les extraña, dado que muchas veces no se conocen los antecedentes y el contexto en el que fue dicha, es la famosa frase de la “brega de eternidad”. Al escucharla por primera vez, referida a las tareas y cometidos de Acción Nacional, algunos piensan que se trata de la más pura y tonta utopía, o lo que es peor, de la más crasa resignación ante lo inevitable. Sin embargo, recuerdo que cuando ingresé al Partido hace ya muchos años, y aún sin conocer al autor del “Corrido de Tampico” Gurría Urgell, quien difundió tal frase, nos parecía lo más natural que un ideal tan elevado como el que se nos proponía fuera precisamente motivo de una lucha que no podía agotarse; algo de tal altura y calidad que no bastaría todo el tiempo ni toda la historia para lograrlo. Si se nos hubiera propuesto una cosa diferente, algo que se pudiera alcanzar por medio de planes muy concretos y programación a corto plazo, nos hubiera indignado que se nos llamase a entregar y dedicar nuestra vida a algo tan efímero como una meta programable para lograrla en el relámpago de tiempo que dura una existencia humana. No podríamos conformarnos sino con lo más alto, lo más lejano, lo más difícil de lograr: en suma, lo mejor.

Lo mejor siempre será joven en el sentido de su actualidad, vigencia y proyección hacia el futuro. Quienquiera que haya conservado en las filas de Acción Nacional el amor por el ideal estará en condiciones de participar con eficacia por los renovados retos y metas que el Partido se imponga como institución.

Relevos generacionales

Una buena veta para la reflexión que venimos haciendo entorno a lo nuevo y lo viejo en Acción Nacional, es la de los relevos generacionales. En efecto, cada vez que ha habido un grupo importante de renunciadas entre los dirigentes del Partido, se han trastocado los relevos naturales entre las diversas generaciones que constituimos el propio partido. Así podemos señalar que los jefes nacionales, simplemente como indicación, han tomado posesión y terminado aproximadamente, a las edades siguientes: Manuel Gómez Morin, de los 41 a los 51; Juan Gutiérrez Lascuráin, de los 38 a los 45; Alfonso Ituarte Servín, de los 43 a los 46; José González Torres, de los 40 a los 45; Adolfo Christlieb Ibarrola, de los 45 a los 50; Manuel González Hinojosa, de los 56 a los 59; Ignacio Limón Maurer, de los 53 a los 53;¹José Ángel Conchello, de los 49 a los 52; Efraín González Morfín, de los 46 a los 47; Raúl González Schmal, de los 36 a los 36;² Manuel González Hinojosa, de los 63 a los 65; Abel Vicencio Tovar, de los 53 a los 59; Pablo Emilio Madero Belden, de los 63 a los 66; Luis H. Álvarez, de los 68 a...

Esto significa que, en promedio, los presidenciables nacionales han asumido el cargo a los 49.6 años de edad y lo han dejado a los 53.1. Quiere decir que han durado un promedio de 3.5 años en el cargo y que en el promedio de edad siendo jefes ha sido de 51.35 años.

Tendencias y sorpresas

De Gómez Morin a Christlieb Ibarrola tiende a estabilizarse el relevo generacional, acudiendo a las personas que en su momento tienen entre 45 y 50 años de edad. Luego viene la primera perturbación debido a la falta de relevo joven por la salida de algunos jóvenes brillantes como Manuel Rodríguez Lapuente, Hugo Gutiérrez Vega y Enrique Tiessen. Se recurre a una persona de edad un poco mayor, en lugar de una persona de edad un poco menor, como era natural. El relevo generacional sigue algo perturbado cuando se insiste en nominar a un jefe de mayor edad que el jefe saliente (Arq. Limón)

¹ Fue presidente interino, sólo unos meses.

² Fue presidente interino, sólo unos meses.

y se nombra al Lic. González Hinojosa, quien sin ser entonces un “viejo”, es de mayor edad. Después, el relevo parece estabilizarse con el nombramiento de jefes cada vez más jóvenes como son, en sucesión, el Lic. José A. Conchello, Efraín González Morfín y Raúl González Schmal. Sin embargo, viene entretanto otro disturbio en el relevo generacional, que ha tendido a durar más que el anterior: el Lic. González Hinojosa, con gran generosidad y en momentos de tormenta interna, acepta una nueva jefatura y por primera vez tenemos un jefe que, al comenzar su mandato, ya tiene una edad superior a la “barrera” de los 60 años. Luego de él, el relevo tiende a estabilizarse con el Lic. Abel Vicencio, quien toma posesión cuando anda en los 53 años de edad. Sin embargo, después, cuando todo mundo pensaría que podría seguir un jefe más joven, no es así y en el relevo del año de 1984 contienden por la jefatura: Pablo Emilio Madero, de 63; Jesús González Schmal, de 42; Carlos Castillo Peraza de 38, y Edmundo Gurza Villarreal, de 55 años.

No trato aquí de discutir si fue una buena o mala elección (en mi opinión fue excelente) la de Madero; lo que trato de destacar es el hecho de que el Consejo Nacional tenía que optar entre personas que se llevan 20 años de edad o más entre sí. Es el caso de tener que optar entre generaciones distintas, cuya perspectiva de los modos de hacer política eran ciertamente diversas.

Finalmente, durante el relevo en el mando de 1987, el Consejo opta entre las precandidaturas del propio Madero, de 66 años y del Sr. Luis H. Álvarez, aún mayor de 68. Y, como es sabido, por un estrecho margen, la jefatura la obtiene Luis H. Álvarez, a quien algunos analistas de dentro y de fuera del Partido, tal vez sin conocer las características personales de quien están hablando, lo califican como “viejo” para jefe de Acción Nacional.

Paradojas y doctrina

La paradoja se introduce cuando al mismo tiempo se le califica como “filo-neo-panista” por el simple hecho de ser norteco, con lo cual se revuelven claramente los términos, su significado, la gimnasia con la magnesita, y la geografía con la ideología, pues Álvarez fue candidato presidencial del PAN ¡en 1958!

Por mi parte, considero que en la actualidad es una verdadera ociosidad plantear los términos en que muchos periodistas mal avisados y, desgraciadamente, también algunos compañeros, abordan la cuestión. Ciertamente no puede haber coherencia en ese tipo de análisis y es absolutamente necesario que verifiquemos si ha habido un cambio en los postulados básicos del partido –persona humana, bien común, subsidiariedad y solidaridad– para comprobar que estos movimientos internos que tanto parecen impresionar a algunos, no son sino manifestaciones de la misma doctrina y los mismos programas, pero en un contexto diferente y portados por personas que han sabido evolucionar en el liderazgo.

No niego que existan dificultades para que así sea; ni desconozco –al contrario, lo afirmo– que existe un disturbio de cierta consideración en el relevo generacional. En cambio, me parece que esa bella y sólida pieza de filosofía social constituida por nuestra doctrina es capaz de seguir generando en forma continuada y durante mucho tiempo (más del que quisieran nuestros detractores) una vitalidad política que parece dispuesta a enfrentarse y vencer todos los obstáculos que van haciendo su aparición en nuestro camino. Los tiempos de crisis son también la ocasión de la grandeza para las almas fuertes. Estas, afortunadamente, abundan en Acción Nacional.

¿Generación perdida?

Pero hay un segundo aspecto de la cuestión generacional. Consiste en lo siguiente: parece haber un par de “generaciones perdidas” en las filas de Acción Nacional. Las generaciones que en forma natural debieron acceder a los mandos durante las épocas en que se suscitaron las crisis. En especial, hablo de la generación que en la actualidad debe tener 52 a 58 años de edad. Esta generación que parece faltar cuando se hace el análisis de relevos, hubo un tiempo en que parecía perdida para la tarea política. Sin embargo no era así. Tengamos presente que estoy hablando de la generación a la que pertenece Manuel Clouthier, nada menos que nuestro candidato a la Presidencia de la República en 1988. Y todos sabemos que aunque nos hicieron falta en un tiempo determinado personas como él, y él mismo, estaban luchando por forjar una idea que

ha sido desde siempre parte de nuestras propuestas: estaban luchando por constituir –y constituyeron con gran eficacia– asociaciones intermedias. Estaban construyendo una parte importante de la sociedad civil, tarea que nosotros mismos no podíamos echarnos a costas estando tan inmersos en la política (especialmente la electoral) y con pocas fuerzas para acometer e irrumpir en el campo de lo pre-político, que es tan necesario. De manera que cuando muchas de esas personas que parecían “generación perdida” entran o vuelven al partido en busca de su vocación política, se transforman no en “la generación que perdimos” sino en la “generación que ganamos”. Por mi parte, me congratulo de haber permanecido en el Partido el tiempo suficiente para verlos llegar llenos de energías y poder darles la más cordial bienvenida.

Juntos en el ideal, integrando poco a poco formas de ser de los cuadros “nuevos” y de los cuadros “viejos”, remitiéndonos a los tradicionales consejos en Acción Nacional, no han de faltar motivos espirituales como quería Manuel Gómez Morin. Aprenderemos los veteranos a aquilatar las nuevas y más vigorosas formas de organización que quieren los nuevos elementos. Estos, a su vez, aprenderán con gusto lo que realmente significa estar dispuesto a una brega de eternidad y, en este bravo crisol de la lucha política, aprenderemos todos no sólo a postular sino a practicar entre nosotros, el respeto a la eminente dignidad de la persona humana.

Trabajo y empresa: aportaciones del PAN

Para un partido político como Acción Nacional, que desde su fundación ha puesto el acento de su acción en el ámbito de lo político por tener éste una prioridad sobre otros campos y otros nudos de la cuestión social, sería excusable presentar un panorama de escasez en cuanto a proposiciones y aportaciones encaminadas a solucionar los naturales conflictos sociales que se originan en el ámbito de la economía. Sin embargo, a lo largo de sus 50 años de vida, el PAN ha tenido la lucidez suficiente para definir las condiciones base del Bien común en materias económicas diversas y, muy especialmente, en tomo del tema de trabajo y empresa.

Con frases muy especiales hablaba don Efraín González Luna –precursor del documento eclesial de Puebla– del trabajo: “El trabajo es... un valor preeminente entre los superiores, una energía creadora de esperanza y bienestar, una luminosa empresa de generosidad y de amor”. Y más adelante: “El trabajo del hombre desborda el ámbito personal y tiene la virtud de servir a otras vidas, es un agente insuperable de solidaridad y de amor. No con la servidumbre inerte y ciega de las fuerzas físicas, sino encendido de inteligencia y de caridad, es cimiento y estructura de la primera de las comunidades

* Texto publicado en la revista *Palabra*, año 3, número 10, octubre-diciembre de 1989.

en el tiempo y en la trascendencia de la misión, de la más entrañablemente próxima al hombre: de la familia”.

Por otra parte, en buena medida los conceptos de Acción Nacional sobre la empresa están compenetrados profundamente de la doctrina social de la Iglesia, aunque con aterrizaje concreto en las circunstancias de México. La concebimos como una comunidad de vida y de trabajo en su más elevada acepción. En su alocución el mundo de la empresa –Milán, 1983–, Juan Pablo II ha dicho: “Sobre los valores éticos ligados a la empresa, me brinda inspiración un texto del Concilio Vaticano II, particularmente denso. Está tomado de la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo: ‘En las empresas económicas son las personas las que se asocian, es decir, hombres libres y autónomos, creados a imagen de Dios. Por ello, teniendo en cuenta las funciones de cada uno, propietarios, administradores, técnicos, trabajadores, y quedando a salvo de la unidad necesaria en la dirección, se ha de promover la activa participación de todos en la gestión de la empresa, según formas que ha de determinar con acierto’ (*Gaudium et Spes*, 68). Reflexionando sobre este texto conciliar, aparece con evidencia inmediata que son dos los principios éticos fundamentales, en los que se compendia el pensamiento social de la Iglesia a propósito de la empresa y de su vida interna: la empresa reúne y asocia personas humanas que deben ser tratadas como tales; el trabajo de la persona exige su iniciativa y responsabilidad en la vida de la empresa misma”.

En el presente artículo me propongo mostrar solamente tres de las contribuciones principales de Acción Nacional al tema que nos ocupa, sin que ello quiera decir que no existan más, pero en un escrito de la extensión del presente solamente quedan enunciados. Las tres aportaciones referidas son: a) El Seguro Social, b) La participación de los trabajadores en las utilidades de las empresas y c) La participación de los trabajadores en la propiedad de las empresas.

Seguridad social

Se ha dicho –con poca aportación de pruebas documentales– que la idea de iniciativa de ley para crear el Instituto Mexicano del Seguro Social o alguna institución equivalente partió primero de los ideólogos del PAN, muy reciente su fundación.

En mayo de 1980, en la reunión interregional del PAN llevada a cabo en Taxco, el Dr. Francisco Ugalde Álvarez, a la sazón diputado federal del Partido, presentó un trabajo sobre seguridad social en nuestro país. En ese trabajo describe cómo en su II Convención Nacional (6-9 de mayo de 1943), Acción Nacional aprobó el sólido dictamen favorable a la creación del Seguro Social, presentado por el fundador del Partido, Manuel Gómez Morin. En ese texto, después de reseñar los esfuerzos que en el mundo se habían venido haciendo para responder a la insatisfacción y angustia social ante los riesgos individuales y sociales de la cesación o reducción de los ingresos o el aumento en las cargas económicas de la subsistencia (sistemas de ahorro individual, régimen privado del seguro; políticas encaminadas a la creación, continuidad y estabilización del empleo y los costos de la vida; los regímenes parciales y los grandes proyectos de seguridad social), Acción Nacional sostuvo:

“Y si es todavía discutible, por razones de extensión, de método administrativo, de monto y clase de beneficios, de mecanismos financieros, cualquiera de los sistemas propuestos, no se discute ya la conveniencia, la necesidad de que todo programa mínimo de política social incluya un sistema adecuado de seguridad social”.

Ya antes, en 1940 (21-22 de abril), había declarado en su Programa Mínimo de Acción Política (punto 9 del capítulo 6, Trabajo):

“El Estado debe urgir la creación y tutelar el funcionamiento de instituciones autónomas de seguridad social, que garanticen una oportunidad constante de trabajo, todos los recursos necesarios para vivir decorosamente, y no ver ni dejar en el desamparo a los suyos”.

Y más atrás todavía, a raíz de su fundación, en su “Cuaderno” No. 3, Acción Nacional presentó en 1939 sus puntos de vista relativos al seguro social, “atacado por líderes que

hoy lo proclaman como conquista “revolucionaria” y que entonces veían en la institución una amenaza a las tácticas fundadas en la lucha de clases”.

Primeros pasos

Detenida en su desarrollo por dos guerras mundiales y la terrible crisis económica de 1929, la idea de la seguridad social había comenzado a cuajar en el último cuarto del siglo pasado. En 1935 se promulgó en Estados Unidos la *Social Security Act*, “muy lejana todavía de la técnica de seguridad social en vigor en otros países” y en 1942, en plena guerra, se presentó y publicó en Inglaterra el Informe Beveridge, uno de los documentos que más han contribuido a la concepción de la seguridad social y cuya traducción y amplia difusión gestionó en México Acción Nacional.

En la legislación mexicana también se dejó sentir esa preocupación por la seguridad social: en la fracción 29 del Artículo 123, el Constituyente de 1917 declaró: “de utilidad social el establecimiento de Cajas de Seguros Populares de Invalidez, de Vida, de Cesación Involuntaria de Trabajo, de Accidentes y otros, con fines análogos, para difundir e inculcar la previsión popular”. En 1924, un grupo de técnicos propuso la creación de cajas populares con un programa muy completo, pero ya orientado hacia un verdadero régimen de seguridad social, “pues preveía un sistema de Seguro Universal y obligatorio, con cotizaciones adecuadas al ingreso hasta un límite alto de percepción individual y beneficios suficientes para garantizar los mínimos vitales de cada categoría”.

“Fue prematuro –comentó el Dip. Ugalde Álvarez– y las gentes del poder no vieron en él posibilidades de capitalización política, ni entendieron cuán absurda era la oposición que presentaron violentamente los que se llamaban representantes de los proletarios y acusaban al proyecto de ser contrario a las tendencias de la Revolución”. Así y todo, en 1929 se modificó el texto constitucional, en el sentido de considerar “de utilidad pública la expedición de la Ley del Seguro Social, que comprendería seguros de invalidez, de vida, de cesación involuntaria, con fines análogos”.

Pero todavía 10 años después, cuando Acción Nacional fue constituido y demandó la creación de un sistema de Seguro Social, los explotadores profesionales de las

organizaciones de trabajo y políticos usurpadores del poder, coludidos como siempre, no podían pensar en un régimen de seguridad social y seguían oponiéndose a la idea, aun cuando ésta fuera ya un mandato constitucional. Atacaron a Acción Nacional por promover el Seguro Social como “contrarrevolucionario”, subversivo... comunista y destructor de la economía nacional, ya que tal sistema –decían–, de una parte con ventajas y promesas ilusorias, frenaría el ímpetu de las reivindicaciones obreras y, de otra parte, por el aumento de los costos de producción y de los egresos públicos debido a las cotizaciones, pondría en riesgo la subsistencia de las empresas y el equilibrio de la economía nacional”.

Aplauso y crítica

Tres años después, sin embargo, la presión nacional e internacional llevó al gobierno a elaborar la ley del Seguro Social, el 31 de diciembre de 1942. La recibió con aplauso el PAN, pero de inmediato señaló sus deficiencias técnicas, el error fundamental de no ajustarse a la concepción plena de un auténtico sistema de seguridad social y la infamia de presentarla “no como una limpia realización comunitaria, sino como instrumento de capitalización política, como donativo gracioso del régimen y, naturalmente, como un medio más de dominación y subsistencia del sucio sistema de falsificación democrática que agobia y avergüenza a México”.

Acción Nacional nunca dejó de interesarse en la corrección de las deficiencias del Seguro Social para que la institución cumpliera eficazmente sus importantes funciones en 1948, sus primeros diputados –Antonio L. Rodríguez, Miguel Ramírez Munguía y Juan Gutiérrez Lascuráin– propusieron la creación de una Comisión Técnica de Estudios del Seguro Social para analizar las experiencias de la institución, tanto en materia de riesgos cubiertos como en sus bases técnicas de administración y de finanzas, así como para ver las posibilidades de universalización del Seguro Social abarcando a la población rural (esto sería aceptado en teoría 16 años más tarde).

Planteaban la necesidad de estudiar la descentralización en la administración, monto, naturaleza y formas de la prestación de los beneficios y la ampliación de la cobertura

a “todos los riesgos que extingan o reduzcan la capacidad de trabajo o de ganancia del asegurado o aumente sus cargas familiares, dando así al Instituto un verdadero sentido de un régimen genuino de seguridad social”.

Una de las objeciones de más fondo fue la falta de solidez y suficiencia del régimen financiero, y la aparente inadecuación de un sistema de reservas. Prácticamente sin discusión, la iniciativa panista fue desechada y hubieron de pasar 16 años para que el régimen le diera la razón: en 1965 hicieron crisis las deficiencias estructurales y operacionales del Seguro Social señaladas por el PAN, cuando el pasivo del IMSS subió a 3,000 millones de pesos, lo que obligó a una reestructuración total de la institución, “con el objeto de lograr un equilibrio entre sus ingresos y egresos, que determinaron una estabilidad en las cuotas para los años futuros”.

Extensión apoyada

El 28 de diciembre de ese año, la Diputación de Acción Nacional a la XLVI Legislatura, encabezada por el Lic. Adolfo Christlieb Ibarrola, apoyó el propósito del Ejecutivo de extender el Seguro Social a ejidatarios y asalariados campesinos; reconoció el mérito del esfuerzo, señaló las dificultades de su aplicación y llamó a todo el pueblo de México a colaborar en el empeño, a fin de que en el futuro todos los mexicanos pudieran “gozar efectivamente de su derecho de salud, al descanso y a la seguridad social”

El 2 de octubre de 1972, la diputación de Acción Nacional en la XLVIII Legislatura propuso que se autorizara un mes de aguinaldo a los pensionados del Seguro Social, y no se aceptó. Tres años después, en 1975, el gobierno autorizó un aguinaldo de 15 días.

“Congelaciones”

El 13 de diciembre de 1979, el Dip. Francisco Ugalde presentó una iniciativa para corregir la injusticia de que a los 600,000 pensionados del IMSS les sean revisadas sus pensiones cada cinco años y que se incrementara 10% las que están abajo del salario mínimo y 5% a las que lo superen; propuso su revisión anual y que fueran incrementadas en la

misma proporción que los salarios mínimos; que las jubilaciones por vejez se otorguen a los 60 años y las de cesantía por edad avanzada a los 55 y no como están a los 65 o 60, respectivamente (ver *La Nación* No. 1553). Ni siquiera se dictaminó la iniciativa (en la misma fecha del PAN presentó una iniciativa de reforma constitucional para garantizar a los mexicanos el derecho a la vida, desde el momento de su concepción. Tampoco fue dictaminada).

Durante los trabajos de aquella LI Legislatura federal, nuestro compañero diputado Rafael G. Morgan Álvarez, quien participó en 1989 como candidato a presidente municipal de Mexicali, aportó una iniciativa de ley que cubría una revisión y reforma a fondo de la vigente Ley del Seguro Social. Por lo completo del proyecto, y aunque fue congelado, vale la pena revisarlo y actualizarlo para ser presentado de nueva cuenta.

Estas “verdaderas aportaciones al Bien común”, como diría Efraín González Morfín, tienen que ser conocidas y celebradas en ocasión tan señalada como la del cincuentenario del Partido.

Abrir camino

Pocos años después de la fundación del PAN, en 1956, el Lic. Juan Landerreche Obregón se lanza con la enjundia típica del buen brechero y el buen combatiente a abrir camino, a desbrozar el terreno y librar la batalla por una causa, en aquellos momentos considerada como “asunto a debatirse a partir del siglo XXI”, porque en aquel entonces no existían condiciones ni siquiera teóricas para plantear la cuestión: la participación de los trabajadores en las utilidades de las empresas. Aunque el concepto de empresa como comunidad de vida y de destino a través del trabajo no era nueva, la verdad es que dentro de la cuestión social y el conflicto social entre clases, concebidas éstas como “estratos con conciencia”, no había evolucionado en la medida que habían podido evolucionar otros conceptos y otros aspectos de la cuestión social. Desde la *Rerum Novarum*, en 1891, y la *Quadragesimo Anno*, habían mediado, como lo dice el nombre de esta última encíclica, nada menos que 40 años. Es justamente en la *Quadragesimo Anno* que se retoma el tema central: “Juzgamos que, atendidas las circunstancias

modernas del mundo, sería más oportuno que el contrato de trabajo se suavizara algún tanto en lo que fuera posible, por medio del contrato de sociedad, tal como ya se ha comenzado a hacer en diversas formas, con no escaso provecho, así para los obreros como aun para los mismos patrones. Así es como los obreros y empleados llegan a participar, ya en la propiedad, ya en la administración, ya en una cierta proporción en las ganancias logradas”.

Resistencias

En México, a pesar de que desde 1917 se había plasmado en la Constitución el propósito de la participación en las utilidades, nada se había hecho en 40 años ni siquiera “a título preliminar para alcanzar aquel objetivo”. Existían, al decir don Efraín González Luna, “las resistencias reales y las imaginarias que impiden afrontar las primeras. Uno de los más obstinados y nocivos fantasmas es el de la pretendida fatalidad de las leyes económicas, entre las cuales, por lo demás, con frecuencia quedan indebidamente incluidas situaciones meramente circunstanciales y, por tanto, secundarias y removibles.

“Es ciega e inhumana la teoría económica que erige y defiende una especie de determinismo cósmico, armado de leyes de bronce y poderes implacables, como fortaleza indestructible en el centro de la ciudad de los hombres. Son estos criterios los que han engendrado en lechos de desesperación las monstruosas reacciones totalitarias de nuestros días. Nadie puede resignarse a la miseria y a la injusticia, como se establece un mineral en su pesantez inorgánica”.

El tema sin embargo comienza a discutirse un poco antes y así, en su investigación de 1955, Landerreche puede clasificar las objeciones al proyecto de Ley que intenta, en objeciones de la parte patronal y objeciones por parte de los trabajadores. Aparentemente, el tema pasa inadvertido para la opinión pública, pero el tema se discute cada vez más tanto en los círculos privados como en el sector público y el asunto asciende

a los más altos niveles y cobra vigencia cinco años después. En 1961 el tema está maduro, los obstáculos técnicos han sido superados, las mentes están más receptivas y sensibilizadas y la participación en las utilidades se hace ley vigente en 1963.

Galardón político

A partir de entonces, con todo y las imperfecciones que el actual sistema mexicano de reparto de utilidades tiene, se vuelve parte de la vida cotidiana. Hoy se ve con toda naturalidad y se espera como cosa normal que cada mes de mayo los trabajadores de las empresas reciban su participación. Lograrlo fue cosa del pasado y el camino queda despejado para intentar dar los siguientes pasos, como serían un sistema de copropiedad de las empresas y un sistema de cogestión de las mismas en los que participarían de manera importante los trabajadores de las empresas. Pero es también el momento de recordar que Acción Nacional jugó un importante papel en la cristalización de ese logro social en México, y es digno de mencionarse no solamente como galardón político, sino como una de las más altas e importantes aportaciones de Acción Nacional al Bien común de México.

Por la importancia que tiene me permito transcribir el proyecto original del Lic. Landerreche con el objeto de hacer notar lo avanzado del mismo, dado que es de 1955, e incluye aspectos no superados por el proyecto presidencial de algunos años más tarde, y que bien podrían retomarse para reformas que vendrían a través de los grupos parlamentarios de Acción Nacional.

“En consecuencia –dice el proyecto– consideramos que la Fracción IX del Art. 123 Constitucional debe reformarse para quedar redactada como sigue:

“Fracción IX.- Los trabajadores tendrán derecho a participar en los términos que fije la Ley en las utilidades de las empresas en que presten sus servicios, participación que se ajustará a las siguientes bases:

“a) La utilidad de la empresa se determinará de acuerdo con las reglas del Impuesto Sobre la Renta, salvo en lo que éstas se opongan a las especiales de la participación;

“b) Los trabajadores tendrán derecho a formular objeciones concretas a las manifestaciones de utilidad de las empresas, objeciones sobre las que resolverá la autoridad fiscal a la vez que sobre las ganancias gravables para los efectos del impuesto indicado; pero el cobro de la participación se hará en su caso antes las autoridades del trabajo;

“c) La parte de las utilidades que debe ser distribuida entre los trabajadores se fijará en proporción, por una parte, a la inversión propia de la empresa y, por otra, a la antigüedad de los trabajadores y a los salarios devengados por ellos en el ejercicio de que se trate. “Quedará exento de ser compartido con los trabajadores un dividendo del capital invertido en la empresa cuyo tipo se fijará y revisará de acuerdo con la situación del mercado de capitales, mediante el procedimiento que fije la ley; y la participación no podrá ser superior a la mitad del excedente de dicho dividendo.

“d) Patrones y trabajadores podrán convenir entre sí formas diferidas y cualesquiera otras modalidades para el pago de la participación; pero a falta de convenio, y salvo lo dispuesto por el inciso que sigue, dicho pago deberá hacerse en efectivo dentro de los plazos que fije la ley y, en todo caso, antes de pagar las utilidades a los dueños del negocio. Cuando el monto de la participación individual sea menor que el mínimo que la ley señale, deberá acumularse en la forma que la misma ley autorice, hasta que alcance dicho mínimo;

“e) Cuando los dueños de la empresa reinviertan en cantidad mayor que el dividendo exento la parte de las utilidades que les corresponda, a solicitud de la empresa, los trabajadores deberán

invertir en la misma una parte de su participación proporcional al excedente del dividendo exento reinvertido por los primeros.

“En este caso, la inversión de los trabajadores se hará a título de aportación de capital o préstamo, según convengan con la empresa, y en condiciones que ambos estipulen de común acuerdo; pero, si no hay convenio, la empresa gozará de un plazo hasta de diez años para pagar la indicada parte proporcional de la participación, con causa de intereses al mismo tipo que el del dividendo exento, debiendo amortizar el adeudo mediante pagos semestrales, por el sistema de sorteos mediante los cuales se determinará a quiénes de los trabajadores se anticipa el pago.

“Las inversiones y créditos de los trabajadores a que se refiere este inciso, y sus productos, tendrán preferencia para su pago frente a las demás obligaciones similares de la empresa;

“f) La parte de las utilidades que corresponda a los trabajadores se distribuirá individualmente entre éstos en proporción al salario total que cada uno haya devengado en el ejercicio y a la antigüedad que tenga en la empresa;

“g) Los comisionistas, los profesionistas y cualesquiera otros patronos cuyas ganancias no deriven de la inversión de un capital, lo mismo que las cooperativas que no sean de producción, las personas e instituciones que empleen trabajadores con fines no lucrativos y las empresas con ingresos anuales menores al límite que fije la ley, deberán pagar anualmente a sus trabajadores, a título de participación en las utilidades, el equivalente de un mes de sueldo y dos días más de salario por año de antigüedad que tengan, a menos que demuestren haber sufrido pérdidas;

“h) La participación en las utilidades se asimilará al salario únicamente para los efectos fiscales. Los patronos deberán pagar a sus trabajadores la participación a que estos tengan derecho, además

de los salarios y las prestaciones sociales que ordinariamente les correspondan;

“i) La participación no podrá obligar a los trabajadores a responder en forma alguna de las pérdidas de la empresa y tampoco les dará derecho para intervenir en la gestión de la misma;

“j) La Ley regulará la forma de representación de los trabajadores para los efectos de la participación en las utilidades, cuando no haya sindicato que ejercite esa representación”.

Hacia la copropiedad

Más recientemente, el diputado panista Carlos Arturo Acosta, de Ciudad Obregón, Sonora, presentó ante la Cámara Federal de Diputados un proyecto de ley que es de gran interés para que los trabajadores participen en la propiedad de las empresas.

Nunca dijo el PAN que fuera fácil de resolver el cómo para que los trabajadores accedieran a ese nuevo estadio social de copropietarios y co-gestores de “sus” empresas; pero hubo aportaciones el 9 de junio, 17 de octubre y 11 de diciembre de 1972, cuando apuntó: “En la realidad se tropieza con serias dificultades, porque en la mayor parte de los casos las acciones de las empresas de México pertenecen a grupos cerrados que no están dispuestos a venderlas, y aun en los casos de acciones que puedan adquirirse en la Bolsa de Valores, los precios distan de ser atractivos, tienen que pagarse al contado y falta una organización que esté en condiciones de comprar las acciones y que dé fuerza a la posesión de las que los trabajadores puedan adquirir”.

El proyecto presentado por el Dip. Acosta, basado en el sistema Kelso, que tal vez pudiera mejorarse para adaptarse a las condiciones de nuestro medio, es el siguiente:

“ARTÍCULO PRIMERO.- Se adiciona la Ley General de Sociedades Mercantiles con un Capítulo XV para quedar como sigue:
CAPÍTULO XV: Del procedimiento para la adquisición de acciones de las empresas, por parte de los trabajadores de las mismas.

“Artículo 263.- En Asamblea Extraordinaria de Accionistas de Sociedades Anónimas podrán establecerse las bases de un fideicomiso para que los trabajadores de la empresa adquieran parte de la propiedad de ésta por medio de acciones ordinarias que les den derecho a voto.

“Artículo 264.- Las acciones de los trabajadores estarán sujetas a las siguientes reglas:

“I.- Para su suscripción no valdrá el derecho de preferencia en favor de los accionistas que establece el Art. 132 de la Ley General de Sociedades Mercantiles.

“II.- El precio de suscripción no será mayor que el valor contable.

“III.- El fondo se formará con aportaciones que hará la empresa, hasta el 25% del pago que le hubiere correspondido hacer por concepto de Impuesto Sobre la Renta, sobre el cual liquidará exclusivamente el complemento.

“IV.- Los empresarios y trabajadores podrán también hacer aportaciones voluntarias al fondo.

“Artículo 265.- Los fondos de Inversión a que se refiere el Artículo anterior, se regirán a su vez por las siguiente reglas:

“I.- Habrá un solo fondo de esta clase en caso de sociedad y tendrán derecho a ser miembros de dicho Fondo todos los empleados y trabajadores que formen el personal de planta en la misma sociedad, siempre que hayan cumplido un año de servicio cuando menos.

“II.- Las acciones se distribuirán entre los trabajadores según tres asignaciones: El 60%, por partes iguales. El 30% en proporción a los sueldos y por último el 10%, en relación proporcional a la antigüedad del trabajador en la empresa.

“III.- El Fondo se podrá constituir en forma de fideicomiso irrevocable y será manejado conforme a las estipulaciones y acuerdos de

sus miembros constituidos en Asamblea, la que podrá designar y remover libremente un Comité Técnico o una Junta Directiva para atender la administración.

“IV.- En los casos de aumento de capital de la sociedad, el Fondo tendrá preferencia para suscribir en los términos del artículo primero, hasta un 30%, de las nuevas acciones que emitan para el aumento.

“V.- Si el aumento de capital se hace por capitalización de reservas, se excluirá de la capitalización una cantidad equivalente al importe de la suscripción que haga el Fondo.

“VI.- Los miembros del Fondo tendrán derecho a designar un consejero propietario y un suplente de la sociedad a que corresponda siempre que, cuando menos, la mitad de su importe esté invertido en acciones de la misma Sociedad. Este Consejo será adicional a los que señala el Artículo 144 de la Ley General de Sociedades Mercantiles y a los que establezcan los Estatutos Sociales.

“ARTÍCULO SEGUNDO.- Se adiciona al título II, un artículo 28 al título VII con un artículo 29 bis y el título IV, Capítulo I, Artículo 80, con una fracción XXI de la Ley del Impuesto Sobre la Renta para quedar como sigue: TÍTULO II: Fondo para la adquisición de acciones de las empresas, por parte de los trabajadores de las mismas.

“Artículo 28 “A”.- Los contribuyentes podrán liquidar por concepto de ISR una cantidad inferior al pago correspondiente cuando la diferencia, que no podrá ser superior al 25% del propio pago, más lo que aportan al Fideicomiso para la compra de acciones por ellos emitidas que serán propiedad de sus trabajadores de acuerdo al sistema previsto en el Capítulo XV de la Ley General de Sociedades Mercantiles, siempre que:

“I.- Las aportaciones deberán entregarse en fideicomiso

irrevocable, ante institución de crédito autorizado para operar en la pública y

“II- El Fideicomiso deberá destinarse a la adquisición de acciones emitidas por el propio contribuyente.

“III.- Este fondo estará exento del pago del impuesto sobre la renta, hasta lograr la participación de los trabajadores en las acciones de la empresa en 30% de ésta o un patrimonio hasta de 3000 veces el salario mínimo por cada trabajador. Una vez obtenido este porcentaje o este capital, los trabajadores estarán sujetos a las obligaciones fiscales de cualquier accionista.

“Artículo 8º. CAPÍTULO I.- FRACCIÓN XXI.- Las aportaciones voluntarias de los trabajadores y de los accionistas de las empresas serán deducibles del Impuesto Sobre Productos del Trabajo y del ISR, respectivamente.

Justicia social

Como se puede ver fácilmente, no se ha arreadado el PAN para desbrozar el camino aun en temas complicados, o llenos de tabús o de dificultades técnicas. Para ello no ha importado saber si están en disposición otros partidos o el sistema mismo de asimilar las innovaciones e incorporarlas a la estructura legal y a la práctica cotidiana en las empresas mexicanas. Sí ha importado al PAN y a algunas de las lúcidas personas que han propuesto e intentado los cambios, que éstos sean parte de “la voluntad constante y permanente de definir y realizar el Bien común”, o sea, la Justicia social.

Otras aportaciones de Acción Nacional que merecen revisarse son:

- 1) Reformas a la Ley Federal del Trabajo contra los abusos de los líderes y con otras garantías para los obreros, 1948.
- 2) Ley de Garantías del Trabajador y del Sindicato, 1951.

- 3) Reformas a la Ley de Pensiones en beneficio de los burócratas del Estado, 1956.
- 4) Reformas a la Ley Federal del Trabajo para garantizar la democracia sindical y la libertad política de los trabajadores, 1966.
- 5) Ley sobre complemento familiar del salario: sistema de compensaciones en función del número de personas que dependen del trabajador, 1966.
- 6) Iniciativa de reformas al Artículo 54 de la Ley del Seguro Social, tendiente a prorrogar el derecho de beneficiarios del Seguro a los hijos del asegurado hasta los 21 años cumplidos, cuando sean estudiantes, 1967.
- 7) Iniciativa que crea el Instituto Nacional del Consumidor, 1973.
- 8) Iniciativa de reformas a la Ley General de Sociedades Cooperativas de Maestros, 1974.
- 9) Proposición para que los diputados representantes de los trabajadores al Servicio del Estado integren una comisión que estudie y formule un proyecto de Ley de Seguridad Social para aquellos trabajadores, 1975.
- 10) Iniciativa de reformas al Decreto de Constitución de la Sociedad Mutualista del Seguro del Maestro, 1975.
- 11) Ley de Fomento para la Pesca, que plantea la necesidad de hacer partícipes a los trabajadores en la propiedad de las empresas, 1972.
- 12) Bases para que el personal de las empresas adquiriera acciones de las mismas y participe en su administración, 1972.
- 13) Bases para que el personal de organismos descentralizados y las empresas de Participación Estatal Mayoritaria participe en la administración de las mismas y en su caso adquiriera acciones de las segundas, octubre de 1972.

Bibliografía

- *Humanismo Político*, Efraín González Luna, Ed. Jus, 1955.
- Juan Pablo II: Los trabajadores y los empresarios, USEM, 1987 (Discurso al mundo de la empresa, Milán, Italia, 1983).
- Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, 1967.
- Cuaderno No. 3 de Acción Nacional, 1940.
- Varios números de *La Nación*, especialmente 1553 y 1762.
- *Participación de los Trabajadores en las Utilidades de las Empresas*, Juan Lande-
reche Obregón, Ed. JUS, 1956.
- *Tesis y Actitudes Sociales*, Efraín González Morfín, Ed. JUS, 1975.
- Principios de Doctrina, Partido Acción Nacional, 1973.
- *Iniciativas de Ley presentadas por el Partido Acción Nacional* (México), Colec-
ción Problemas de México, Documentos Políticos, Editorial JUS, Tomos I a IV.
- *Memorias del PAN*, Tomo I, Luis Calderón Vega, Ed. JUS, Segunda ed. 1978.
- Plataformas políticas de 1970, 1976, 1982 y 1988, Acción Nacional. También las
plataformas de 1979 y 1985.
- *Reportaje sobre el PAN*, Luis Calderón Vega, 1970.
- *El Ogro Antropófago*, Carlos Castillo Peraza, Ed. Epessa, 1989; ver el capítulo
“Efraín González Luna, precursor de Puebla”.

Rostros y máscaras de los partidos

El problema de la identidad y la función que cumplen en la actualidad los partidos políticos, tal como lo plantea la crítica contemporánea, ofrece tantas posibilidades de abordaje que resulta probadamente difícil escoger alguna que venga a resultar a la postre fructífera y de utilidad para la reflexión. El caso de los partidos políticos mexicanos y en su turno el de Acción Nacional, no son la excepción en el contexto internacional.

Hace poco me tocó ver en la portada de una revista de circulación nacional, una caricatura política acerca de los partidos políticos mexicanos que puede constituir un buen punto de partida para iniciar y llevar la reflexión hacia donde queremos.

Consistía la tal caricatura en la imagen de un prototipo de cacique revolucionario mexicano venido a menos, con los pantalones raídos, el sombrero agrarista cayéndosele hacia atrás y clavándose un enorme cuchillo en el pecho. Esto es el PRI, en pleno acto de suicidarse. Por otra parte se advertía al PAN, caracterizado por un señor de traje, no ostensiblemente rico ni pobre, con una pistola apuntando hacia su sien derecha. Al PRD se le representaba por un profesor con barba y morral característicos, con una navaja en la mano en plena actitud de cortarse las venas. Podría resumirse la gráfica en que los tres partidos políticos más importantes de México, en la actualidad, sufren serias dificultades internas.

*Texto publicado en la revista *Palabra*, año 4, número 13, julio -septiembre de 1990.

No voy a decidir, por supuesto, si el cartonista está en lo justo o no. Digo sin embargo que es indudable que la percepción del autor del cartón es la opinión de muchos mexicanos, según perciben a los partidos políticos a través de diversas informaciones. Y podríamos hacernos la siguiente pregunta: si los partidos no están en actitud de suicidarse, ¿qué es lo que les pasa? ¿En qué crisis andan metidos?

Una segunda consideración que pone en jaque nuestra tradicional óptica acerca del papel y la función política y social de los partidos es que los cambios profundos que han tenido lugar en los países de Europa del Este durante el año de 1989 y lo que va del 90, han ocurrido prácticamente sin la intervención de partidos políticos, por la simple razón de que allá no había sistema de partidos, y el partido único, el comunista, es justamente el blanco principal de la ofensiva de cambio renovador. El caso de Solidaridad en Polonia no es propiamente el de un partido político; al menos no en el sentido en que los conocemos en Occidente; se trata más bien de un colosal sindicato que involucra a la sociedad entera. Más bien, y el fenómeno debe estarse analizando ya por concienzudos pensadores de estas cosas, fue alguna forma de organización de la sociedad civil –no la sociedad política– la que acumuló suficiente energía para realizar el cambio al primer impulso, aunque dentro de un contexto nuevo insuficientemente analizado todavía como es la perestroika. Es indudable que múltiples factores prepolíticos tuvieron que conjugarse para tal situación, así como la vivencia de valores y principios metapolíticos. Con lo cual, la vieja discusión de hace unos años acerca de si vale la pena que los partidos hagan incursiones por lo prepolítico vuelve a tener vigencia.

Hace algún tiempo y en relación con los tiempos que Televisa dedica a la oposición política en sus noticieros, un alto ejecutivo de aquella comentó: “Los partidos políticos mexicanos están de dar risa, incluyendo al PRI; entre 9 partidos o algo así se disputan el 20% de la opinión pública nacional (aludía al porcentaje de participación que ha habido últimamente en los procesos electorales locales). “Por eso –agregaba– les tienen que poner un mínimo a sobrepasar del 1.5% de la votación, para ser considerados una corriente ideológica nacional. Si a Televisa se le ofreciera competir por el 20% de la opinión pública televisante, creo que no estaríamos interesados”.

Una verdad

Pienso que detrás de tales palabras, se oculta también una verdad que los dirigentes actuales de los partidos políticos debemos considerar.

Otros elementos que refuerzan la necesidad de meditar otra vez desde la raíz, acerca de la función que cumplen en sociedad los modernos partidos políticos, está en la consideración del hecho que Alberto Fujimori, el triunfador en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales del Perú, no pertenece propiamente a un partido; al menos, puede decirse que Cambio 90 no lo es en el sentido tradicional de la palabra. Justamente, Cambio 90 representa el surgimiento o afloración de un fuerte sentimiento moral en contra de la imagen tradicional de los partidos políticos y –lo que es más importante aún– en contra de la política tradicional de partidos: su “politiquería”, como ellos la llaman. En Nicaragua puede decirse que no fueron los partidos como tales los protagonistas del cambio o transformación ocurridos. La coalición de 14 partidos políticos que llevó a la Presidencia de esa república a Violeta Chamorro, difícilmente es un partido. Otro tanto se puede decir del triunfo de Cesar Gaviria en Colombia.

El denominador común en todos estos casos sería la pregunta: ¿qué papel han desempeñado los partidos políticos tradicionales en el fenómeno que emerge en aquellas transformaciones?

En México tenemos una tradición no demasiado vieja acerca de comportamientos partidistas (y aún podría entrarse en la polémica acerca de si el PRI es partido o no), pero aunque no es muy antigua la tradición y la fisonomía de los partidos en México, es lo suficientemente vieja para las nuevas generaciones que quisieran, según parece, darse instituciones nuevas y no trabajar sobre los medios heredados de nuestra generación. En este sentido se puede afirmar que son bien conocidos los rostros del PRI, como residuo paleolítico; el PAN, en su fisonomía tradicional de oposición (para unos “leal”, para otros “sistemática”) y otros rostros rigidizados por el paso del tiempo, como las lamentables complicidades a medias del PPS con el régimen, del que es identificado generalmente como apéndice del PARM como para definirlo entre los “paleros” o como de cierta oposición. El rostro del PRD, en su aspecto nuevo de intento público

de unificación de las izquierdas mexicanas es insuficientemente conocido, aunque en realidad viene a ser, si consideramos la larga etapa de clandestinidad, el más antiguo de los partidos políticos de nuestro país.

En el PAN, y dada su trayectoria reciente de éxitos electorales en su jubileo de oro y de concertación cercana –demasiado cercana piensan algunos– al régimen, y tomando en cuenta lo que venimos diciendo acerca del papel real que están desempeñando los partidos políticos en la actualidad internacional, también estamos obligados a hacer nuestra reflexión con toda seriedad.

Esto se verá más claro si relato aquí una especie de conversación que se está extendiendo mucho entre dirigentes panistas en muchas partes de la República. Consiste tal conversación en lo que dice un dirigente tradicional a uno de los diputados federales que aprobaron las reformas constitucionales que propuso el gobierno a través de su partido para la nueva ley electoral, en un caso, y para la llamada “reprivatización” de la banca, en el otro: “Ya llevan dos concertaciones en las que ustedes dan apoyo al gobierno en las reformas que pretende y tal como las pretende, aceptando a cambio en ambos casos una simple carta de intención”.

El diputado federal, que ha estado enterado de cerca de lo que es el laberinto de las negociaciones políticas de ese nivel, se siente un tanto “mosqueado” y entre otras cosas para defenderse arguye –y con razón– que tal parece que nos viéramos impelidos por una fuerza misteriosa según la cual tenemos que demostrar a los demás, y demostrarnos a nosotros mismos, que somos oposición en todo momento y lugar. Tal impulso nos llevaría irremediablemente a votar en contra de que se reformasen, por ejemplo los artículos 3 o 130 de la Constitución; o bien votar con el régimen el cambio y perder clientela electoral debido a que “andamos con el gobierno”. Una negociación más –se dice– y cerramos la institución por falta de clientela. La paradoja que se establece así, no solamente es palabra escrita o hablada sino vivencia dramática en el corazón de muchos panistas.

El año próximo

Echando un vistazo hacia el año próximo en que habrá elecciones federales, de las llamadas intermedias, para renovar la Cámara de Diputados federal y la mitad de a Cámara de Senadores, advertimos que la tendencia en términos generales es la reducción de la votación de todos los partidos. ¿Qué indicios hay de ello? ¿Qué razones existen para pensar así?

Veamos. Ha habido elecciones locales, en el pasado sumamente fraudulentas y cuyo recuerdo ha permanecido severamente en la memoria de la ciudadanía de esos estados; entre ellos podemos recordar a Sonora y Nuevo León en 1985 y a Chihuahua, Durango y Sinaloa en 1986, 1988 y 1989. No debe olvidarse, por supuesto, lo ocurrido en Michoacán y Guerrero durante 1989. Tampoco la impresión generalizada de fraude durante 1988 en las elecciones federales y la famosa “caída del sistema”, vergüenza de nuestra estructura político-electoral e informativa, tan llena de manipulaciones que hacen desconfiar mucho al mexicano común, cada vez más politizado. He ahí un primer factor: el fraude.

La participación porcentual en las elecciones locales recientes ha oscilado entre 17 y el 30%. Puede decirse que en general las elecciones locales son de escasa participación; pero tal cosa es verdad sólo cuando se renuevan los congresos locales en elección separada a la de las alcaldías, que sí despiertan el interés en mayor grado, y aun así el abstencionismo es fuerte. En lo que al PAN toca, la votación ha venido descendiendo en forma casi sistemática a partir de 1982-83; datos optimistas pueden tenerlos en este momento sólo en los estados de Guanajuato y Baja California; en los demás puede esperarse una baja en la participación electoral.

Además está el hecho de que nuestra clientela es la periferia del Partido, esto es, la que a veces vota por el PAN como rechazo al PRI y al gobierno, la que a veces considera que es necesario hacerlo para realizar un cambio, una transformación, pero que nos abandona con facilidad si no siente esa necesidad de “llevar la contra” o de manifestarse en los términos que comentamos. En este sector de población no hay duda de que la motivación para ir a votar por el PAN porque el Presidente de la República —como

ocurrió los últimos tres sexenios— “esté haciendo mal”, se ha reducido sensiblemente porque debe reconocerse que un buen número de ciudadanos estima sinceramente que “Salinas no lo ha hecho tan mal”. Probablemente este segmento tampoco llegará a tener entusiasmo suficiente para salir de su casa el día de las elecciones e ir a votar por el PRI.

Las banderas

Una cuarta razón es el asunto de “arrebatar banderas”, que se refiere a la situación en la que los postulados y tesis considerados bandera de Acción Nacional pueden ser sostenidos con mayor rigor y eficacia por otros grupos humanos e incluso por el gobierno. Tal es el caso de la tesis de reducción del gasto público sostenida con vigor y fidelidad durante muchos años por el PAN, que es puesta en práctica eficazmente por el gobierno salinista; o bien el asunto del combate a la corrupción en el que sin haber hecho demasiado el Presidente Salinas, todo el mundo le tiene que reconocer algunos gestos eficaces en ese sentido, al igual que la promoción de buenas relaciones entre Iglesia y Estado y otras “banderas” que parece estarnos arrebatando el régimen. Esto sin considerar la reprivatización de la banca que fue el motivo más fuerte para que un buen número de panistas de reciente ingreso se decidiera a participar en política cuando el gobierno lópezportillista procedió a efectuar la expropiación. ¿Seguirán estos compañeros combatiendo a nuestro lado con el mismo vigor de antes o ya se les agotó su motivación?

Una quinta causa que apunta hacia una reducción adicional de nuestros votos es el hecho de que la dirigencia nacional del PAN y algunas dirigencias estatales hayan “andado con el PRI”. Esta causa, debemos reconocerlo, está en el nudo de la cuestión de las identidades y las fisonomías de los partidos porque la nuestra, para estas personas, es simple y llanamente la de un partido de oposición 100%, que nada tiene que andar haciendo en concertaciones con el gobierno. Debemos aceptar también que aun en el caso de justificarse tal acción, va a tener un costo real en votos reales auténticamente panistas.

Y el conflicto que se ha introducido en el seno del Partido por la causa anterior, viene a ser la sexta causa: el pleito interno que nos debilita. A la ciudadanía votante le

gusta más –cuando vota– hacerlo por un partido que proyecte la imagen de fuerza y de unidad. Y aunque los demás partidos también tengan dificultades internas muy reales, y quizá más fuertes que en Acción Nacional, debemos reconocer que perdemos atractivo para los votantes por esta razón.

Una situación adicional y más reciente es lo que se indica en algunos análisis internos y otros externos del PAN, en los que se afirma que ahora somos todavía en un alto porcentaje oposición, pero que ya comenzamos a ser gobierno y nos tenemos que adaptar a esta situación de reto. Y aunque a los militantes panistas se les puede pedir y exigir que afronten el reto de aceptar esta mixtura de transición, no es lógico suponer que también podemos exigirselo a nuestros votantes. Muchos no lo entenderán o no lo afrontarán y también perderemos su voto, al menos en el año de 1991.

En la última reunión nacional de diputados locales del PAN, celebrada en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, nuestros compañeros de Baja California nos expusieron con ejemplos, por demás claros, la situación aquélla en la que ni los priístas aceptan o se adaptan a la situación de ser parcialmente oposición, ni los panistas se adaptan tan bien y rápidamente a la situación –ahí sí muy real– de ser ya en buena medida gobierno.

La situación anterior se agrava aún más porque el PRI es su propia oposición. Así es como hemos presenciado el grotesco espectáculo de ver a comités estatales del PRI salir a manifestarse en protesta contra las alzas telefónicas y de la electricidad y de las tortillas, sacar a los campesinos a manifestarse contra los efectos del Pacto en el campo, o hacer tomas de oficinas en muchas sucursales del Banrural; hemos presenciado como la CNOP, o parte de ella, se manifiesta callejeramente en el DF contra las tarifas del agua y el impuesto predial, y hasta hemos podido ver que les toque recibir algunos palos de los que antes tenía el monopolio la oposición.

¿Todo un plan?

Podría argumentarse que atrás de estos intentos y simulaciones grotescas organizadas por el propio gobierno y su partido para dar cauce al descontento popular está un bien concebido plan de confundir a la ciudadanía acerca de qué partidos son de oposición

y, sobre todo, qué partidos logran gestorías eficaces cerca del gobierno; no es por tanto casual que en estos empeños le acomode tan bien la acción peticionaria más que contestataria de grupos como el “Comité de Defensa Popular” en varios estados de la República. También podría afirmarse que se trata de establecer un comportamiento totalitario por parte del régimen. Estoy seguro que más que ser gobierno y oposición a un tiempo, gozan de las ventajas de la eficacia que da el tener el poder y la libertad de crítica que da el ser auténticamente de oposición. Este sueño utópico prospera únicamente cuando se den las circunstancias de confusión de identidades que se sufre en la actualidad en México y en otras partes del mundo.

El PRI, al ser parcialmente oposición, intenta comportarse como el PAN, al tiempo que pretende modernizarse vía democratización interna. Y por supuesto no lo logra o lo hace de manera muy limitada, pero sus bases y algunas de sus cúpulas no lo entienden.

El PAN, a su vez, ejerce algo de poder vía concertación y obtiene cosas que antes no se podía ni pensar, pero sus bases y algunos de sus elementos tradicionales no lo aprecian así.

Ambos partidos sufren en esta medida una confusión de identidades: no se reconocen a sí mismos en sus nuevos papeles o en sus viejos papeles modificados vertiginosamente por las circunstancias y se sienten a disgusto, trastornados. El caso de los otros partidos es aún más dramático en el fenómeno de búsqueda de identidad, por que hay más fuerzas centrífugas en que los dividen y pulverizan y menos identidad propositiva, sin contar a los que son simplemente “paleros” del gobierno, sin perjuicio que se perciban o se declaren a sí mismos como la punta de lanza de un amplio frente nacional.

Tres paradojas

Así es como llegamos a una situación en la que se dan cita y se anudan tres paradojas que hacen muy difícil de resolver la cuestión en el corto plazo.

Paradoja No. 1. En el caso del PAN, cuando hemos logrado ser más efectivos en nuestro fin último como partido político que es la generación del Bien común, sufrimos la

crisis de identidad más fuerte que llevamos en estos primeros 51 años de vida, y nuestra votación tiende –al menos por el momento– a descender.

Paradoja No. 2. El PRI, al democratizarse y el PAN al convertirse parcialmente en “odiado gobierno”, se vuelven a los ojos de sus fieles seguidores algo irreconocible, como si en contra de los propósitos declarados de democratizarse o de llegar al poder, operase una imposibilidad de seguir siendo el mismo partido.

Paradoja No. 3. De seguir las cosas como van, el PAN, si se reforma los artículos 3º o 130 constitucionales, a iniciativa de Salinas de Gortari (y es posible que se decida pronto), tendríamos que votar en contra de nuestras convicciones (para seguirnos demostrando a nosotros mismos que somos oposición) o lograr la reforma votando con el PRI (aumentando la autoconfianza en que somos gobierno y recibir de nuestros votantes un abandono por ser “paleros”).

En efecto, algo tiene esta situación cuando sentimos la pared en la espalda y la punta de la espada en el pecho. En esta situación de no poder definir claramente nuestra identidad actual, unos se adhieren con mística a nuestra “identidad” de ser solamente oposición; otros suponen que ya gobernamos en un grado mayor del que realmente tenemos en este momento y además suponen que la situación conseguida es para siempre.

Ambas actitudes me parecen radicalmente falsas. La primera, porque a una agrupación política con fuerte ideología, como es el PAN, se le debe identificar por lo que propone y no por los errores que señala. Se le debe juzgar por lo que aporta a la gestión del Bien común, no por el sitio a donde apunta el látigo de su crítica. La segunda, porque tiene mucho de ensoñación y poco de sustancia estable.

Ahora bien, ¿cómo fue que llegamos a adquirir esta segunda naturaleza que es la de oposición y sólo oposición? Considero que una posible explicación es la siguiente: en 1940 era tal el caos generado por los “regímenes revolucionarios” y era tal la necesidad política de la existencia de un partido político auténtico, como institución permanente, que la simple existencia del Partido y su presencia frente al gobierno ya era un bien en sí misma. Por supuesto, también era un bien toda la vasta pléyade de proposiciones de solución para los problemas de México que lúcidamente ofrecieron nuestros primeros

ideólogos; pero lo inmediato y llamativo era la acción de plantarse ante el gobierno y hacer oposición. Esta situación ya no subsiste en 1990.

El combate cotidiano en torno a lo electoral resultó demasiado absorbente y obsesivo para la gran mayoría de panistas que durante 40 años o más fueron estableciendo los cimientos de la democracia, comenzando por la aparentemente interminable lucha para defender el voto, para hacer efectivo el sufragio. De paso, vale la pena señalar que nadie le escamotea al PAN el reconocimiento de esta gesta tremenda, para darle valor a la voluntad popular expresada en las urnas. Sin embargo, esto significó, en buena medida, el abandono del estudio de tesis y programas, con lo cual descendió nuestra capacidad de proposición de soluciones. Es lógico que los ciudadanos identifiquen a los partidos por lo que éstos proponen. Sólo los analistas muy hábiles pueden identificar un partido a partir de lo que critica y señala, sin hacer proposiciones alternas a las situaciones que le disgustan.

Existe otro elemento de juicio al que concedo, en lo personal, un gran valor y es el siguiente. Durante mucho tiempo todavía los políticos veteranos tendrán que ofrecer algo verdaderamente atractivo a los jóvenes prospectos de políticos, como para comprometerlos fuertemente en trabajos partidistas. De otra suerte, no lo harán los jóvenes, muchachos y muchachas, salvo quienes vean una perspectiva cercana de consecución de puestos, prebendas o privilegios personales.

En esta materia juzgo por mí y por centenares de jóvenes que hace mucho tiempo decidimos comprometernos para toda la vida con algo que se nos propuso como valioso y lo es en el más alto grado: la gestión del Bien común, esencia de la política e ideal alto y sublime. Otra cosa hubiera sido si se nos hubiera propuesto una meta del todo pragmática como conseguir que la ley electoral marque la selección de funcionarios electorales por insaculación; o en otra escala, se nos hubiera propuesto conseguir la reprivatización bancaria y dedicar a ello nuestros mejores esfuerzos vitales. Hubiéramos contestado sin pestañar: “Sólo tengo una vida, que si he de comprometerla debe ser con algo que valga la pena. Después de todo, con banca pública o con banca privada, los créditos no llegan al pueblo. Ninguna estrella caerá del firmamento si la banca no se reprivatiza o no se expropia. En cambio, si no se genera la fracción de Bien común

que a mí me toca, aumentará el dolor y el sufrimiento innecesarios para muchos seres humanos. A ello sí quiero dedicar mi vida”.

Esta tesis tiene la ventaja adicional de que no importa si somos oposición o somos gobierno, o parte y parte, ya que la gestión del Bien nos obliga a todos y en toda circunstancia. Tiene también la desventaja de que el Bien común no es evidente ni claramente manifiesto a todos. Exige estarlo definiendo constante y permanentemente, para lo cual se necesita hacer proposiciones que puedan discutirse y mejorarse en forma plural y democrática. En resumen, para decirlo con palabras de un estimado compañero de Partido: “debemos mejorar nuestra capacidad de proposición a partir de nuestra identidad”.

El futuro puede resultar promisorio para los partidos que pueden afirmarse en su identidad, para que el pueblo pueda reconocerlos; es decir, el futuro puede ser prometededor para los partidos que tengan rostro y no máscaras.

Los partidos políticos ante la sociedad civil

Existen diversas consideraciones que se antojan convenientes a medida que nos vamos adentrando en un año electoral de singular importancia. Entre ellas, cuál es la opción que en materia electoral ofrece cada partido; el papel que van a jugar las nuevas autoridades electorales, constituidas según lo marcan las nuevas leyes de la materia; los resultados que en la práctica tendrán las reformas que se realizaron a la Constitución General de la República; el nuevo Código Electoral; las posibilidades de avance o retroceso de los partidos de oposición en conjunto y por separado; la posibilidad de alianzas amplias o reducidas entre ellos; la defensa común del voto, el abstencionismo y la participación, etc. Sin embargo, en esta ocasión quizá resulte fundamental analizar el papel que jugarán los diversos protagonistas de este tipo de procesos: el pueblo, los partidos y el propio gobierno.

Sin duda, el fenómeno dominante de nuestros procesos electorales ha sido el abstencionismo, acentuado últimamente en los procesos electorales de los estados; por ello, vale la pena centrar nuestro esfuerzo de reflexión en el posible papel que jugará la sociedad civil en el nudo que la enlaza con la gestación de la sociedad política: me refiero a las elecciones.

* Texto publicado en la revista *Palabra*, año 4, número 15, enero-marzo de 1991.

Propia identidad

La opción de cada partido debiera estar muy clara en esta ocasión. Las razones para ello, ya lo hemos comentado en números anteriores de *Palabra*, son muy sencillas: cada partido político debe estar en condiciones de optimizar sus proposiciones a partir de su propia identidad. Esto tiene sus consecuencias positivas, tanto para el partido que logre expresar con claridad su proyecto legislativo de nación, porque así podrán encontrar poco a poco su identidad, como para los ciudadanos, quienes podrán distinguir entre opciones diferentes la que mejor les convenza para emitir su voto.

Por supuesto, lo contrario también es cierto en el sentido de que los partidos que no logren diferenciarse de las posiciones oficiales, no serán ubicados por los ciudadanos como de oposición, y se verán reducidos a su verdadera condición de comparsas del régimen. Esto por un lado. Por el otro, la ciudadanía se vería en la necesidad de hacer un esfuerzo adicional para distinguir el papel –de oposición o no– que representa cada candidatura y cada propuesta electoral.

Camino por recorrer

Las nuevas leyes de la materia, comenzando con las reformas constitucionales, nos llevan a reflexionar acerca de sus alcances en el camino democrático que el pueblo de México recorre con tantos sobresaltos y retrocesos temporales, como han sido los clásicos “portazos en las narices” que han dado diferentes regímenes, especialmente en 1968, con Gustavo Díaz Ordaz, y en 1986 con Miguel de la Madrid. Veamos un poco esta faceta de la cuestión.

1. La libre afiliación a los partidos políticos por la que tanto ha luchado Acción Nacional quedó reducida a una simple prerrogativa; no quedó incluida como garantía individual. Poco es lo que puede esperarse en la práctica para evitar la afiliación masiva al partido oficial.
2. La nueva credencial de elector. La verdadera credencial con fotografía y carácter de infalsificable quedó diferida para las elecciones de 1994. Probablemente

en un solo estado de la República se logre esta vez como muestreo. No hay –se dice– condiciones técnicas para dotar de credencial con fotografía a 40 millones de personas.

3. La composición de los órganos electorales puede mejorar un poco, desde el Instituto Federal Electoral hasta las directivas de las casillas electorales.
4. La composición de la Cámara de Diputados puede tener oscilaciones para el partido mayoritario que van desde 50.2% hasta 70% según ciertas reglas que han sido objeto de innumerables discusiones, debido a la llamada “cláusula de gobernabilidad”. No diré más que esto significa la posibilidad de que un partido que tenga entre 35 y 50% de los votos esté sobre-representado en la Cámara y de ahí hasta 60% tendría una sobre-sobrerrepresentación.
5. Los colegios electorales funcionarán no como órganos absolutos de decisión, sino con fuerza algo menor.
6. Quizás la parte más novedosa del Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales sea el libro Séptimo que nos habla de las nulidades, del sistema de medios de impugnación y de las sanciones administrativas. Se trata de un contencioso probablemente más eficaz que los anteriores dispositivos. Pero a mi modo de ver es un conjunto de sutilezas procesales que requerirían la presencia de expertos abogados en cada paso para armar expedientes y contener las diversas conductas fraudulentas.

Marco jurídico

En este marco jurídico es donde tienen que actuar los partidos. Para algunos analistas con optimismo manifiesto, este marco legal es tan sólido que, de hecho, hace pensar en el nacimiento de un nuevo poder al lado del Ejecutivo, el Judicial y el Legislativo, que sería el poder electoral. Sin embargo, los analistas que tienen algo más de experiencia –generalmente amarga– de lo que han sido nuestras leyes electorales en la práctica, son escépticos y consideran la nueva legislación “intrascendente”. El veredicto definitivo se tendrá que dar hasta que haya concluido el proceso.

A mi juicio, una de las desembocaduras del proceso que será más debatida es la configuración que le dé a la Cámara de Diputados la famosa cláusula de gobernabilidad, pero habrá que ver cómo opera este postulado en la práctica.

Pero volvamos al punto de opción e identidad partidistas. Acerca de la identidad profunda de cada partido, lo que está detrás de la máscara que algunos de ellos utilizan en procesos electorales, y de la que pueden decirse muchas cosas. Si se hiciera un diagrama que mostrara los antecedentes de cada partido que ha quedado con registro definitivo o condicionado para participar en los comicios federales de agosto, se vería un fuerte e inextricable imbricamiento de antecedentes, tendencias, fragmentaciones, claudicaciones, simulaciones, etc., que demostraría hasta qué punto la gran mayoría de los partidos políticos mexicanos está en serios problemas para encontrar su proposición ante la sociedad.

Opciones

En el caso del PRI, por ejemplo, este “partido” difícilmente puede ser vanguardia en materia de renovación democrática en México, dados sus antecedentes de simulación y pragmatismo cuyo reflejo, entre otras cosas, está en los cambios de siglas. Pero además ha llegado el tiempo en que ni siquiera los verdaderos adictos y militantes de ese partido creen que puede haber una renovación básica y necesaria como lo es el desvincular al partido del gobierno, ya que la relación de dependencia es tan vital, que si a ese instituto se le quitan los habituales canales de recursos humanos y económicos que el gobierno ha puesto a su disposición; si sus candidatos fuesen electos por sus bases circunscriptoriales y no designados por “dedazo”; si se mantuvieran anclados en sus bases de operación los hampones cotidianos, alquimistas y defraudadores del voto profesionales, esa dependencia electoral del gobierno moriría de muerte natural —y ello a pesar del cambio de estatutos y de la supuesta re-sectorización—.

En el caso del PRD, difícilmente, puede hablarse de identidad cuando no ha logrado todavía configurar una plataforma clara, identificatoria y aceptada por la mayoría de sus socios, o por lo menos de sus directivos. Sus antecedentes se remontan al original

Partido Comunista Mexicano, que al salir de la clandestinidad pareció crecer por medio de una alianza denominada Partido Comunista-Coalición de Izquierda, que albergó a diferentes grupos como el MAUS, el PPM (a su vez disidente del PPS), la Unidad de Izquierda Comunista, etc. Tras ese intento, se pasó al PSUM, que llegó a adquirir cierta identidad, misma que fue tirada por la borda cuando fue admitida la disidencia del fraccionado PST, para pasar a formar el PMS, partido que incluso llegó por un aceptable procedimiento interno a lanzar candidato propio a la Presidencia de la República, Heberto Castillo. Ulteriormente, y como llegó a decir Rosario Ibarra de Piedra: “vendieron su primogenitura por un plato de lentejas”, cuando Castillo cedió su candidatura para adoptar la de Cuauhtémoc Cárdenas, en conjunción con otros partidos, en el FDN. Pasadas las elecciones salieron las consecuencias más elementales a flote. Tras la euforia de julio de 1988, y los casi seis millones de votos reconocidos a Cárdenas, brotaron a la intemperie los tradicionales conflictos de los dirigentes de izquierda –cosa que no solamente ocurre en México sino que, como mal congénito de esa ideología, ocurre en todo el mundo, u ocurría, porque ahora las cosas han cambiado mucho, por lo menos en Europa–. Entonces comenzó el calvario de los actuales dirigentes del PRD que tratan de lograr una propuesta realmente unificada e identificable, sin lograrlo hasta la fecha.

Por su parte, la historia del PARM puede resumirse en una doble defunción real con dos resurrecciones artificiales por parte de “papá gobierno”. ¿Qué puede esperarse de un partido así?

El PPS sigue anclado en el pasado, en el punto en que se quedó a la muerte de su fundador, el Lic. Lombardo Toledano. Las rigideces de sus dirigentes, su ambición de ser la vanguardia de un amplio frente nacionalista y revolucionario quedaron congeladas en modelos ya totalmente superados. Muy atrás quedaron los tiempos de los frentes populares a pesar de la ilusión reciente que se hicieron con Cárdenas Jr. Y más atrás, de hecho en el panteón de la historia, quedó el modelo de socialismo que ellos aprendieron y pregonaron: el estalinismo.

Podemos seguir con el PFCRN, que viene a resultar la mitad sobreviviente del PST, cuando este “partido” cayó en una corrupción señalada. Su nombre indica las

contradicciones internas del mismo, ya que el nombre de cardenista es un lastre a estas alturas, aunque no dejen de repetir que el nombre es en honor del general Cárdenas y no de su hijo Cuauhtémoc.

El Partido Demócrata Mexicano es, según se dice, continuador del antiguo sinarquismo y resurrección del desaparecido –electoralmente hablando– PDM. Sin embargo, la identidad de este partido quedó comprometida entre antiguos sinarquistas y modernos pedemistas. La más gráfica representación del hecho puede ser la diferencia existente entre Ignacio González Gollaz –candidato a la Presidencia en 1982–, y Gumerindo Magaña –candidato al mismo puesto, en 1988–. Pero además, su debilidad casi incurable está en función de su filosofía política, que en materia de principios es bastante semejante a la de Acción Nacional. Entre ambos tienen una “clientela electoral” que no puede ser suficiente para que los dos partidos sean fuertes. Y ha sido el caso que cuando el tipo de elector de estos partidos considera que hay opción para su causa, vota por el más fuerte, que tradicionalmente ha sido Acción Nacional. El caso de la candidatura de Manuel Clouthier, que le restó muchos votos a los sinarquistas, es muy claro. No fue tanto la debilidad de la candidatura de Magaña –quien en mi opinión no era mal candidato– sino la fuerza de la candidatura de Clouthier.

Nos restaría echar un vistazo al Partido de los Trabajadores, cuyos integrantes contestatarios se han ido convirtiendo en gestores especialistas, consecuentados por el gobierno, porque les resultan de alguna utilidad. Habrá que ver la autenticidad de su actuación.

Opción panista

Aun ante este cuadro de mesa revuelta, hay quienes piensan que son posibles las alianzas o coaliciones electorales entre dos o más partidos. Pero hay dos obstáculos fundamentales en ese sentido. El primero, la dificultad de lograr plataformas comunes entre quienes no logran aún su propia propuesta y quienes sí la han logrado, como es el caso de Acción Nacional. Pero además están las limitaciones legales ya que cada partido tiene la obligación de postular por lo menos 200 candidatos propios en otros tantos distritos, si es que quiere participar en el reparto plurinominal.

Tampoco sería lógico sacrificar principios doctrinarios con tal de lograr una alianza y una propuesta común. Para bien o para mal, esa es una limitante de los partidos que estiman en algo su doctrina y su ideología, aunque en la actualidad se habla tanto en contra de las ideologías como algo intrínsecamente perverso, pero que son capaces de proporcionar rostro e identidad a los grupos que los sostienen. No es por tanto ésta la oportunidad para alianzas y menos entre partidos como los que hemos descrito y Acción Nacional que, a mi juicio, es el único que ha logrado adelantar en tener un verdadero proyecto de gobierno en México.

Sociedad civil

Se habla mucho, en la actualidad, acerca de las posibilidades de actuación de la sociedad civil y se utiliza el término como equivalente de pueblo. Sin embargo en ello existen riesgos que vale la pena destacar. Porque pueblo es otra cosa. “Pueblo ha sido definido como una colectividad jurídicamente unificada en persona moral y titular de la soberanía”.

El ejercicio de la soberanía lleva a plantear el problema de la voluntad del pueblo, no de la sociedad civil. Esta no actúa como una persona moral de quien puede identificarse su voluntad. Sin embargo se puede decir que si pudiera identificarse tal expresión, ésta sería predominantemente el abstencionismo. Muchos ciudadanos no desean acercarse al nudo que conecta la sociedad política y su razón de ser, el poder, con sus vidas particulares o de pequeños grupos y asociaciones.

La politización de muchas personas e instituciones que es un hecho y que ahora se ve claramente cuando algunos temas, como pueden ser los de la guerra en el Golfo Pérsico o el Acuerdo de Libre Comercio, son ampliamente debatidos en todos los ambientes, lo que no significa necesariamente que uno de sus principales intereses sea la política electoral y las elecciones para renovar diputados y senadores.

En el pasado reciente sólo en algunos estados de la República se ha notado cierto grado de interés en las elecciones locales. Es el caso de Baja California, Estado de México, Coahuila y Yucatán. Guanajuato es caso inusitado y sobresaliente de interés político, pero constituyente una ínsula dentro del vasto mar de indiferencia.

Los temas de vida pública que se manejan en la actualidad en los medios de comunicación masiva, en los libros, en las cátedras, dentro de las instituciones y en la sociedad en general, son de tal importancia que en un futuro próximo puede preverse un mayor interés ciudadano en las cosas públicas. El proceso electoral de este año puede servir bien como catalizador o acelerante de ese proceso, pero no se puede esperar mucho mientras la ciudadanía no reciba la gratificación de unas elecciones si no limpias y veraces del todo, por lo menos en las que el voto tenga un mayor valor que antes.

Los cinco centenarios

El 12 de octubre de 1592 el mundo celebró —y en España probablemente con las copas de vino en alto— el primer centenario del Descubrimiento de América. Ignoro si Miguel de Cervantes Saavedra, a la sazón de 45 años y en trance de escribir *Don Quijote*, levantó su propia copa con la única mano que le quedaba útil para brindar por España y por Felipe II, quien gobernaba el heredado imperio “donde no se ponía el sol”. Sin embargo, el Manco de Lepanto, si lo hizo, habrá visto pasar ante sí los momentos cumbre de su propia vida: el combate naval en aguas jónicas con las huestes de Alí Bajá, en donde chocaban una vez más los soldados cristianos con las tropas sarracenas; y habrá recordado a pesar de los 21 años transcurridos, el fuerte olor a pólvora y el malhadado arcabuzazo que le inutilizó la mano. Habrá recordado los años de prisión y el momento de su rescate.

El nombre de Colón y de los grandes capitanes de la conquista han de haber resonado fuerte. Sin duda hubo estudios hechos por los historiadores y pensadores de esa época que mostraron a las nuevas generaciones un balance de lo realizado por España en tierras americanas durante el primer siglo de colonización. No hay por qué dudar

* Texto publicado en la revista *Palabra*, año 5, número 20, abril-junio de 1992.

que los pensadores y escritores se dividieran, cómo no, en sus opiniones, como suele suceder; y con dominio, por supuesto, de los del pro de la gran empresa que el imperio español tenía por delante; pero seguramente se oyeron también las voces de quienes, expresándose con objetividad, habrán señalado junto con los grandes e indiscutibles logros, algunos hechos penosos y condenables.

No habrá faltado, supongo, más de un brindis que expresara los más vivos deseos de que aquel centenario orgulloso fuera sólo el comienzo de muchos centenarios más para gloria de Dios y del Rey. Y dejándose llevar por el natural entusiasmo humano se habrá soñado en un imperio y una situación imperecederos, o que durarían los clásicos mil años con los que sueña todo imperio...

Después habrán venido las conmemoraciones de 1692, 1792 y 1892. Supongo que sería interesante conocer cómo fueron cada uno de esos centenarios, porque de lo que ya estamos teniendo material suficiente es de la celebración de este quinto centenario, con la gran exposición de Sevilla y todo lo que da para el comentario público, tanto aquí como allá. Además, desde ahora y hasta el 12 de octubre va a correr todavía mucha tinta y se van a externar muchísimos comentarios y opiniones en ambos lados del Atlántico.

Esos comentarios y opiniones irán desde la celebración a todo vuelo del acontecimiento hasta la condena más acérrima. Y todo ello no solamente en la valoración hispanoamericana sino en la de otros ámbitos, como el sajón, y desde luego la que hacen los propios españoles de nuestros días, ya que hay un fuerte cuestionamiento del acontecimiento histórico y hasta de la celebración misma. En este sentido siento que se irá desde la autocomplacencia más exagerada hasta la autodenigración insensata.

Quizá fuese muy interesante también intentar adivinar cómo será el sexto centenario de tan memorable acontecimiento. ¿Qué pasará en América y el mundo de aquí al año 2092?

1592: primer centenario

En España corren los últimos años de reinado de Felipe II (1556-1598). Ya pasó la batalla de Lepanto (1571). El Escorial está terminado (1584). La armada invencible acaba

de ser derrotada (1588). La Compañía de Jesús, formalizada desde 1538 ante el Papa, atiende la gran reforma católica y tiene fuerza e influencia crecientes.

Lope de Vega tiene 30 años de edad y su producción literaria está en marcha. El joven Tirso de Molina tiene apenas 20 años, pero vive el año del centenario. En cambio, no había nacido Calderón de la Barca (1600-1681).

Francisco Suárez (1548-1617) establecía límites al absolutismo de los monarcas con base en el derecho natural y universal de gentes, con lo cual se adelanta muchísimo a su tiempo, como si previera lo que habría de ocurrir 200 años adelante.

Francisco de Sales ha comenzado las meditaciones que lo han de liberar de la fuerte influencia del calvinismo. Vicente de Paul (1581-1660) es un niño por lo pronto, pero no tardará en emprender su obra.

El Greco (1541-1614) es otro contemporáneo del centenario a los cincuenta años de edad habrá sabido vivir el momento en su adoptiva ciudad de Toledo.

En tanto, en México, la evangelización lleva 70 años de iniciada y el singular hecho de la Virgen de Guadalupe lleva ya 60. Las órdenes religiosas se extienden; la mayoría de lo que ahora son grandes ciudades capitales de nuestros estados ya están fundadas. Las minas están en explotación y la Colonia avanza.

Había sido ya establecida la colonización de las Filipinas unos años antes por el audaz soldado López de Legaspi y por el sabio e intrépido marino Andrés de Urdaneta, aunque la dificultad no estribaba tanto en ese entonces en el establecimiento de asentamientos criollos allá, sino en encontrar una ruta de regreso más segura. De hecho, nadie antes de Urdaneta había logrado regresar cruzando de poniente a oriente el inmenso Océano Pacífico.

1692: segundo centenario

Cuando en 1655 el débil y enfermizo Carlos II, hermano de María Teresa, subió al trono español como sucesor de Felipe IV, se pensó enseguida que habría de morir prematuramente y sin hijos. El problema de la sucesión inquietaba desde hacía tiempo a toda la diplomacia europea. Entre los posibles herederos no se encontraba solamente Luis XIV

de Francia y sus descendientes sino, dentro de la familia de los Habsburgo austriacos, José Fernando de Baviera (que murió en 1699, tras haber sido designado heredero por Carlos II de España) y el archiduque Carlos, nieto de una hermana de Felipe IV.

El asunto no era tan fácil ya que por esas fechas la paz de Ryswick habría de suponer el término de la preponderancia de Francia sobre Europa, para dejar paso a un equilibrio de potencias. Sin embargo a la monarquía francesa le quedaba aún la posibilidad de conseguir el predominio de Europa por otro camino, abierto por Mazarino en 1659, al concluir con España la paz de los Pirineos. Gracias al matrimonio de María Teresa, hija de Felipe IV, con Luis XIV, éste podía aspirar a reunir las coronas de Francia y España junto con sus respectivos imperios coloniales. Esta posibilidad aterraba a Europa mucho más que la anexión francesa de los territorios situados a lo largo del Rin y, de realizarse, hubiera puesto en manos del Rey Sol un dominio a escala mundial.

Al norte del imperio chino se cernía la amenaza de los rusos, que en la segunda mitad del siglo XVII habían llegado hasta el Río Amur. K'ang-hsi consideró oportuno establecer buenas relaciones con ellos; el hecho de que el zar Pedro el Grande, acuciado por problemas internos, no estaba en condiciones de afrontar un eventual conflicto con China favoreció las negociaciones. Se llegó así, a través de la mediación del jesuita francés Jean Gerbillon, al tratado de Nerchinsk (1689), según el cual los rusos renunciaban a sus pretensiones sobre las regiones del Amur, obteniendo a cambio la autorización de comerciar con Pekín.

Uno se pregunta cuánto había crecido la semilla de los ejemplares jesuitas de oriente, cuyo pionero San Francisco Javier había actuado 100 años antes.

Jacobo Benigno Boussuet, mientras tanto, termina de externar sus oraciones fúnebres sobre los más importantes sepulcros de la Europa de su tiempo. Blaise Pascal comienza a ser valorado pues sus *Pensamientos* habían sido publicados 20 años antes.

En México, la cultura ha crecido tanto que ya es capaz de producir figuras de la talla de Sor Juana Inés de la Cruz, verdadera cumbre de la Colonia y que afortunadamente ha sido revalorada en los años recientes, o de la grandeza de Carlos de Sigüenza y Góngora, que merece volver a ser valorado por lo mucho que aportó a su época.

1792: tercer centenario

Es el último tercio del siglo XVIII se despertó en ingleses y rusos vivo interés por la región del extremo noreste de la América, que repercutió en España incitándola a no dejarse arrebatar esos territorios. Informada la corte por el ministro plenipotenciario de Moscú, de las exploraciones que allí hacían los rusos, envió sus reales órdenes al virrey Bucareli (1773) para que mandase a hacer un reconocimiento en toda la costa de las Californias –ilimitadas entonces hacia el septentrión– y, caso de encontrar establecimiento rusos, arrojar a éstos aun por la fuerza. Fue así que se llevaron a cabo tres expediciones.

Nuevas cédulas reales dieron origen a las siguientes tres expediciones, la de 1788, la de 1790 y la de 1792, coincidiendo esta última con el tercer centenario de la llegada de Colón a tierras americanas. La expedición de 1790 había logrado establecer precariamente un asentamiento español en Nutka, puerto de una pequeña isla, situada junto a la de Vancouver, al poniente. Tan precario era el asentamiento que la expedición del año del centenario, dos años después, compuesta de las goletas “Sutil” y “Mexicana” que en un gran esfuerzo los españoles lograron capturar la fragata “Columbia” y la balandra “Washington” a los norteamericanos; pero fue lo último. Estos territorios estaban irremisiblemente perdidos para la corona española. La Colonia y la Nueva España estaban por concluir después de un titánico esfuerzo de 300 años.

En octubre de 1792, en Francia, Luis XVI tiene muchos meses en prisión y su cabeza está muy cerca de ser sometida a la guillotina. De hecho, lo llevarán al cadalso en enero de 1793. Para entonces, claro, ya había rodado la testa de María Antonieta. Danton, Robespierre y Marat eran acusados por los girondinos de constituir un nuevo triunvirato.

Y mientras en Francia se vive la gran convulsión de la Revolución, en Alemania están vivos para entonces Goethe, Schiller, Mozart, Beethoven y, por cierto alguien muy entrañable relacionado con México, el barón Alexander von Humboldt, quien habló largamente en los recién formados Estados Unidos, con Thomas Jefferson, acerca del destino de las colonias americanas de España, siendo partidarios ambos de extender la influencia del mundo sajón hasta Panamá, por lo menos. Ya opera para entonces plena-

mente en aquellas latitudes el postulado del “destino manifiesto” que tanto mal causó y sigue causando a los pueblos iberoamericanos.

En España reina en ese tercer centenario, dominado por su esposa y por su ministro Manuel Godoy, el débil Carlos IV de Borbón; en la Nueva España, el virreinato está en manos de Juan Vicente de Güemes Pacheco y Padilla, mejor conocido como Segundo Conde de Revillagigedo, uno de los más ilustrados virreyes que tuvo.

Antonio Alzate (1733-1799) es la gran figura de la ciencia y la cultura en la Nueva España de aquellos años.

1892: cuarto centenario

Históricamente es interesante analizar este centenario, porque es el más cercano a nosotros en el tiempo. Probablemente los interesados en el asunto hace 100 años tenían muy diversos pensamientos acerca de las posibilidades de seguir celebrando centenarios indefinidamente. Quiero considerar que hubo algunos pensadores audaces que se atrevieron a conjeturar cómo sería el siguiente centenario, o sea este quinto que nos trae todavía en polémicas fundamentales que ojalá estuvieran superadas. No es así y hay razones abundantes para ello.

Me pregunto si nuestros bisabuelos hubieran sido capaces de adivinar cómo sería ya no sólo España, Portugal y la comunidad iberoamericana cien años después, sino el mundo en general. ¿Serían capaces de adivinar que ocurrirían dos guerras mundiales y que nacerían la Sociedad de Naciones, y la Organización de las Naciones Unidas? ¿Serían capaces de prever la Revolución mexicana cuando don Porfirio apeas iba a la mitad de su dictadura?

¿Qué habrían pensado si se les hubiera dicho que el mundo iba a transformarse radicalmente al grado que mucho antes del quinto centenario el hombre pisaría la Luna? Tal vez Julio Verne habría sido el único e creerlo. Tenía 64 años en el 92.

Roberto Koch, Louis Pasteur, Roentgen, Einstein, etc., ya estaban vivos y actuantes, aunque faltaba lo más importante de sus descubrimientos y de sus aportaciones.

Tomás Alva Edison, Samuel Morse, Graham Bell, Henry Ford y otros ya estaban

contribuyendo a configurar un mundo nuevo. Santiago Ramón y Cajal, los miembros de la “Generación del 98” y otros... eran puros jovencitos.

1992: quinto centenario

Cuando los cronistas de épocas futuras vuelvan sus ojos hacia la conmemoración del quinto centenario, probablemente harán lo mismo que he intentado al recordar, como descripción de la época, a algunas personas que viven en la actualidad.

Recordarán también las polémicas acerca de si se trata de un descubrimiento, de un encuentro, del inicio de la colonización y la conquista, de si todo el asunto ha sido bueno o malo para América, Europa y la humanidad en general.

Como quiera, ahora hay cosas que no existían hace 100 años, como los premios Nobel, las Olimpiadas –a celebrarse, por cierto, la de este año en Barcelona–, el radio, la televisión, las ciudades de 10, 15 y hasta 20 millones de habitantes, la guerra de las galaxias y las máquinas atómicas, los antibióticos y los trasplantes de corazón, los problemas ecológicos, la drogadicción y sus consecuencias, etc.

Históricamente, el hecho dominante de esta década de los noventa es, sin duda, el derrumbe del socialismo real en Europa Central y del Este, así como la búsqueda de nuevas soluciones.

Comentar demasiado de lo actual distorsionaría la visión que he pretendido ofrecer en este escrito. Por eso dejo la descripción y la crónica a los analistas e historiadores del año 2092 o 2192, cuando se celebren el sexto y séptimo centenarios.

No cabe duda que en un rápido repaso como éste, de las escenografías históricas y políticas en que han ocurrido los centenarios considerados, se logra lo cambiante de nuestra civilización.

Los cortes hechos tienen la probable utilidad de mostrar que todo cambia o puede cambiar radicalmente en cien años. La gloria y majestad de los monarcas se cubre rápidamente de polvo; el esplendor se convierte en ruina lastimosa; terminan unas dinastías y nacen otras; los imperios se derrumban; los conocimientos se expanden; el ruido de las más sonadas polémicas se apaga; las guerras se convierten en tumbas, documentos

y archivos. Y claro, las consecuencias –especialmente el odio y el rencor– permanecen vivos más tiempo, aunque no eternamente.

Y en medio de esta transformación podemos intentar descubrir el sentido último de la historia; de los afanes del hombre sobre la faz de la Tierra.

Podemos terminar nuestro recorrido con la vieja meditación de don Jorge Manrique:

“Recuerde el alma dormida
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida
cómo se llega la muerte
tan callando.

“Cuán presto se va el placer
cómo después de acordado
da dolor;
cómo a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor...

“¿Qué se hizo el rey Don Juan?
Los infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué fue de tanta invención
como trujeron?”

Por mi parte, si se me da a escoger, prefiero creer que Miguel de Cervantes sí alzó en alto su copa de vino el 12 de octubre de 1592 y se llenó de sueños buenos para España, América y el mundo. Son los mismos sueños que mantienen viva la lucha por los más elevados ideales.

Al soltar amarras

Me reincorporo a esta querida publicación de *Palabra* en un nuevo contexto, con un gusto verdaderamente especial porque es doble: la revista pasa la prueba de fuego de sobrevivir el cambio de jefatura nacional y pienso que así habría sido también en el caso de que Carlos Castillo Peraza no hubiese resultado electo. Por mi parte me congratulo de estar presente en este número después del tropiezo serio de salud que tuve a finales del años pasado.

Es justamente por lo anteriormente expresado que deseo compartir con nuestros lectores algunas impresiones y experiencias que tienen que ver con los cambios aludidos.

Sometido a una singular situación acudí el primer sábado de marzo a la reunión de Consejo Nacional del PAN que eligió nuevo jefe, esto es, Presidente el CEN. Singular situación digo porque los contenientes en tan ilustre jornada son personas muy cercanas a mí. Algunas personas me han preguntado si estaba emocionado y les he tenido que contestar que sí; mas trataba de valorar cada momento, porque presentía que resultaría histórica la elección, más aun de lo que suelen serlo tales jornadas.

* Texto publicado en la revista *Palabra*, año 6, número 25, julio-septiembre de 1993.

En tanto se dejaban escuchar las emocionadas palabras de Rodolfo Elizondo Torres en el nuevo Auditorio “Josefina Uranga”, defendiendo su candidatura y programa de trabajo como posible jefe nacional, y al verlo actuar con gran convicción, proyectando hacia los consejeros nacionales esa renovada fuerza interior que lo llevaba a buscar el honor y la responsabilidad más altas del Partido, desfilaban en mi imaginación con tremenda fuerza evocadora, las escenas y los hechos del 9 de agosto de 1986 en la Plaza IV Centenario de la ciudad de Durango; volví a oír silbar cerca de nosotros las balas que nos disparaban los esbirros del sistema pertrechados en la Cámara de Diputados, en esos momentos oficialmente “Colegio Electoral” aunque realmente convertida e cantina de tercera; volví a ver a los nuestros defenderse con piedras y echar en corrida por toda la calle de 5 de febrero a los rufianes, mientras nuestros dos diputados duranguenses eran brutalmente golpeados en sus propias curules por la enardecida y acobardada muchedumbre de la CTM que retacó el Congreso.

Desfilaban sin embargo también los momentos de gloria y esplendor cívicos. Volví a verme codo con codo con Rodolfo en nuestra tribuna de la Plaza IV Centenario ante 20,000 duranguenses con cirios de esperanza en las manos haciendo arder la tibia noche en nuestro querido Valle de Guadiana con una levantada convicción por la democracia. Esto en 1986; pero tres años antes, aquel triunfo sin igual, aquella entrega de la Constancia de Mayoría para el PAN en la capital del Estado en presencia de D. Jesús H. Elizondo quien gozó como nadie la ocasión. Era como si la constancia que le entregaban a Rodolfo fuese la que le negaron tres ocasiones en 1952, cuando arrasó en las elecciones municipales.

Entonces, ahí en medio de numerosos consejeros, testigos algunos de nuestra lucha, sentí la satisfacción de haber sido yo, uno de los que impulsaron a Elizondo, que le ayudaron a decidirse a entrarle “con todo” a la causa de Acción Nacional, y no podía menos que desear que los señores consejeros apreciaran a mi amigo y compañero de lucha.

Después, al escuchar con los músculos tensos y la respiración contenida las palabras de Alfredo, mi hermano, para hacer su propuesta de viva voz (ya minutos antes el caballeroso gobernador de Guanajuato, Carlos Medina, había hecho la presentación de Alfredo con una intervención muy inteligente y pulida) me convencía del extraordinario

crecimiento que ha tenido como dirigente talentoso y aun como orador. Su intervención, hecha con una precisión matemática y una habilidad quirúrgica, volvía a abrir las inteligencias y las voluntades de los consejeros hacia la propuesta de un plan de trabajo concreto para hacer crecer y consolidar los logros del Partido.

Entonces volví a ver al estratega de Guanajuato mover las piezas del tablero político. Volví a vivir un episodio de los que me tocó presenciar en la histórica campaña del 91 en tierras del Bajío. Volví a vivir aquel día en que tuvimos que ir a la ciudad de Guanajuato donde la Cámara de Diputados estaba cerrada a piedra y lodo y custodiada la entrada por policías antimotines. Mientras centenares de panistas hacían guardia ante el Congreso, Alfredo Ling y Vicente Fox, junto con los incomparables luchadores “del Cubilete” –como los calificó algún periodista creyendo que con eso los ofende– se movían con la celeridad del relámpago en todos los frentes para tratar de echar abajo el infame dispositivo legal conocido como “ley anti-fox”, revanchista y torpe, que estaba implementando la Cámara local de mayoría gobiernista para bloquear una segunda participación de Vicente como candidato. Había que lograr derribar el dispositivo por medio del único recurso jurídico disponible: el veto del gobernador Corrales Ayala. Había que movilizar al pueblo masivamente y se hizo a través de un gigantesco mitin en la ciudad de León; había que presionar en los cabildos para que no ratificaran el engendro y había que hablar con el gobernador. Recuerdo haber corrido escaleras arriba en Palacio de Gobierno en medio de una nube de periodistas, tras Alfredo, quien llamó en voz alta aunque en forma correcta a Corrales Ayala, quien se negó a salir aunque probablemente estaba escuchando tras la puerta; ...y recordaba a docenas de panistas subir tras Vicente Fox hasta la sala de cabildo del Ayuntamiento de Guanajuato para echar en cara a los incondicionales del PRI, su proceder (la ley fue aprobada y ratificada por la mayoría de ayuntamientos; pero finalmente fue congelada por el “veto” de Corrales Ayala; el PAN se anotaba una victoria más bajo la guía de Alfredo y de Vicente).

Pero más allá de estas cosas volvían a mi memoria las cenas tranquilas, pero llenas de vida en casa de mis padres, en que íbamos cincelandos en roca nuestras convicciones; entre ellas, aquellos códigos familiares que son verdaderas leyes de conducta: “un Ling, un Altamirano –decían mi papá y mi mamá– no se considera a sí mismo más que

nadie, pero tampoco menos que nadie”; “un Ling Altamirano lucha, compite sin bajeza y triunfa sin favor”...

Y ahora yo veía a Alfredo, a quien tuve el gusto de invitar al PAN desde que él era un niño, en pleno esfuerzo y a punto de conseguir el triunfo, entre pares y lucha ejemplar.

Minutos después triunfaba Carlos Castillo Peraza

Con Carlos es otra cosa. Él lo sabe bien porque es poeta. Sabe que esto de las jefaturas es como las corridas de toros: cornadas, claveles y mentadas son gratuitas y abundantes. Como quiera que sea, durante el Consejo procuré estar cerca de él, como aquella tarde que comimos unos camarones increíbles –tal vez el hambre nos lo hacía pensar así– a orillas del Río Champotón, con Julio Paz, fidelísimo amigo, a un lado. En medio de aquel vertiginoso viaje por tierra a Mérida –22 horas de ida y 23 de regreso– para entrenar en la fecha pactada el curso básico del recién fundado Instituto de Capacitación. Viaje que resultó un éxito en muchos sentidos, pues nos dio oportunidad de recordar y recopilar todas las canciones picarescas aprendidas por los tres viajeros desde el kinder hasta el momento de soltarlas a voz en cuello por las ventanillas abiertas del Datsun de Julio Paz, ante cuyas letras de exuberancia tropical se sumergían avergonzados los caimanes del Usumacinta.

O en ocasión de aquel viaje relámpago a Chihuahua en que fuimos por instrucciones de Abel Vicencio a convencer a los “bárbaros” para que volvieran a participar en elecciones; viaje durante el cual cayó un rayo en el ala del avión y Carlos enmudecía –lo que ya es decir– mientras que yo como ingeniero le explicaba que normalmente los rayos le hacen a los aviones “lo que el viento al prócer de Guelatao”. O aquella vez que vino a Durango con Julieta para bautizar a mi hijo Federico Alonso; o como cuando construíamos juntos las “cartas de navegación” de las que hablaron en el Consejo Esteban Zamora y Felipe Calderón, para hacer posibles los viajes y las trayectorias que entonces solamente soñábamos.

Dicen los analistas que existe ahora una situación política nacional retadora como

nunca para Acción Nacional y su nuevo presidente. Pero que yo recuerde, la situación en cada relevo siempre ha sido “retadora como nunca”. Más bien, la vida del PAN ha sido desde su nacimiento un desafío permanente; el de hoy en el fondo es el mismo de siempre: generar bien común en medio de un ambiente político y social muy dañado éticamente, así como construir la democracia desde sus rudimentos en medio de conspiraciones antidemocráticas.

Pensemos por un momento ¿cuál de los jefes nacionales tomó el timón de esta nave en situación bonancible y favorable? ¿Gómez Morin en pleno caos cardenista y el reto de la participación almazanista?, ¿o Gutiérrez Lascuráin, a quien le tocó sustituir al fundador del Partido y conducir la primera campaña presidencial del PAN con don Efraín González Luna a la cabeza?

¿Y qué tal las circunstancias que le tocaron a González Torres –electo jefe un Domingo de Ramos como presagio de tormentas– y quien por cierto terminó su mandato con la candidatura a la Presidencia de la República, dando una campaña que requirió de un esfuerzo humano apenas creíble?

Y de los siguientes jefes, los timoneles ulteriores, se puede decir lo mismo. Christlieb y Limón; González Hinojosa y Conchello; Efraín y Raúl; Vivencio, Madero y Álvarez. Algunas de las horas que les tocó vivir a todos y cada uno son dignas de narrarse y sobre todo de ser apreciadas por los dirigentes y militantes de Acción Nacional.

Me parece que el nuevo comité nacional, con la inclusión de Rodolfo Elizondo, Alfredo Ling y otras personas que reflejan el pluralismo interno, tiene todas las probabilidades de salir adelante y hacer de esta jefatura de Castillo Peraza, o para mejor decir, de esta época del PAN, unos años de oro.

La vorágine de circunstancias exteriores no la podemos controlar. Corren tiempos tempestuosos; basta considerar el asesinato del cardenal Posadas para percartarnos de lo que casi seguramente vendrá en materia de seguridad, vigencia de derechos humanos, respeto preferencial por los 40 millones de miserables que viven en México; respeto a los derechos políticos de los electores mexicanos, etc. Pero en el interior del Partido tenemos y tendremos siempre la oportunidad de seguir avanzando en nuestro camino, a cambio de cumplir dos condiciones fundamentales:

que nunca falten motivos espirituales que nos permitan mantener niveles éticos de comportamiento político y social que prestigien a nuestros grupos y nuestras acciones. Esta ha sido condición permanente desde nuestro origen.

La otra condición es cerrar filas en torno al jefe nacional; a tal grado que nadie tenga razón para dudar que existe una lealtad total hacia los dirigentes y nuestra institución.

Carlos Castillo está ahora en el timón. ¡Buena suerte, capitán, estamos contigo!

Globalización y solidaridad

Para dar un tratamiento adecuado a una cuestión tan amplia como la propuesta “Globalización y solidaridad” es necesario decidirse hacer una pausa en medio del incesante fluir de los acontecimientos que estremecen a la humanidad en la actualidad. En el vértigo de cambios mundiales que ocurren a una velocidad que no sería considerada creíble hace apenas unos lustros, es necesario tomar algunas referencias para no perder la orientación. Y surge la pregunta acerca de si los acontecimientos mencionados nos indican que vamos en dirección de una gran globalización mundial o si nos dirigimos, por el contrario, hacia una desintegración generalizada.

¿Hacia dónde vamos? ¿Hacia dónde se dirigen las convulsionadas sociedades de nuestro tiempo? ¿Existe la posibilidad de lograr una solidaridad amplia y generalizada? Las preguntas, hay que reconocerlo, introducen cierto grado de incertidumbre entre numerosos analistas y filósofos sociales y en un gran número de personas preocupadas por el propio porvenir y el de sus hijos. ¿En qué forma terminaremos el presente siglo y cuáles puertas históricas se abrirán a partir del año 2001?

* Texto publicado en la revista *Palabra*, año 7, número 27, enero-marzo de 1994.

Una vez planteada la cuestión, comienza uno a reunir los datos que alcanza a conocer o que están disponibles acerca de las macro tendencias en lo político, social y económico de nuestro mundo actual, pensando que de ahí ha de sacar conclusiones válidas. Mas no es así de sencillo porque las tendencias nacionales, internacionales y mundiales no son tan claras como han parecido a los futurólogos en el pasado reciente; y no solamente no son claras sino que algunas son evidentemente contradictorias. Pareciera que marchamos así por un callejón sin salida. En efecto, la relativa estabilidad en la que Alvin Toffier escribió en los pasados lustros sus obras ha desaparecido.

Profetas y utopías

El oficio del profeta en nuestros días es altamente riesgoso. No porque se vaya a exponer la vida, sino porque no hay profeta que conserve su prestigio si no acierta en ninguna o acierta en muy pocas de sus predicciones. Así pues, para intentar estos comentarios me veo obligado primero a hacer una breve descripción de lo que ocurre cerca de nosotros y algo más allá, para después formular algunas hipótesis de trabajo probablemente útiles y terminar con la postulación de principios generales que pudieran servir como desiderátum, como meta u objetivo compartido ampliamente en el futuro próximo; y todo ello con el riesgo de que el torbellino de sucesos en marcha conviertan este ejercicio en gimnasia poco útil ante las nuevas condiciones que pueden surgir y nos quede en las manos sólo una utopía más desplumada por los hechos.

Podríamos comenzar por analizar la contradicción fundamental de nuestro tiempo; la tendencia evidente hacia la globalización contrapuesta a la tendencia hacia la disolución de algunos estados nacionales en micronacionalismos, con sus correspondientes e intensas microfobias y motivaciones rabiosamente radicales que claman por un orden nuevo, imposible de construir en plazos breves, aun a la velocidad con que ocurren los cambios en nuestros días. Tanto en un caso como en otro, la solidaridad que florece mejor en comunidades pequeñas de intereses parece tener poco lugar. Estando tan remota la solidaridad de la sociedad mundial, cabría esperar que esta solidaridad se diera y se manifestara a niveles nacionales o regionales siquiera. Mas vemos que no es así.

Declarar que marchamos hacia la globalización es por lo menos una impresión ya que lo que realmente ocurre a nivel supranacional es más bien la regionalización, es decir, la formación podría ser Europa, que ha logrado ir un poco más allá en materia de integración, pues se dan ya los pasos para lograr una integración social, cultural y judicial y más tarde política y aun militar. Pero el hecho es que lo identificable son los tres grandes bloques económicos: el bloque europeo, el asiático y el de América del Norte. Lo cual nos hace introducir una pregunta clave en todo este asunto: ¿quiénes son los protagonistas del nuevo orden?

Los protagonistas

Por una parte, conservando la larga tradición liberal y del pragmatismo inglés se diría que los protagonistas siguen siendo las personas, los individuos y por otra, siguiendo la tradición francesa y alemana, se diría que los protagonistas verdaderos son las comunidades de interés y las clases sociales. Además, crece la tendencia a considerar en el ámbito mundial como protagonistas a las naciones-estado, identificadas como los nuevos individuos sociales de nuestra época y, finalmente, abundan quienes opinan que son las nuevas regiones o bloques integrados así sea al nivel meramente económico; si bien esta última visión deja fuera de toda participación a las naciones-estado y sus correspondientes ciudadanos que no participan todavía en ningún bloque; y ese conjunto es ciertamente el más numeroso, probablemente las tres cuartas partes de la humanidad. Por si las complicaciones fueran pocas hay que advertir que ciertas culturas más atrasadas en el sentido que venimos hablando, especialmente las pulverizadas culturas africanas o casi todo el Islam, o bien todo el mosaico centro-asiático de la ex Unión Soviética, no sólo no participan en las modernas integraciones sino que resultan disfuncionales para tal objeto. Y aun puede apuntarse el inquietante y nada preciso papel que pueden jugar las ciudades fundamentalistas de corte religioso o dogmático.

Sólo que se pudiera considerar a la humanidad como un árbol que tiene raíces comunes y un destino trascendente podría establecerse una hipótesis de trabajo coherente. Pero bien sabemos que esto no es así, al menos no en el ámbito de la inmediatez que se puede verificar. Todo queda así en postulados fundamentales, probablemente valiosos, pero insuficientemente concretos para trabajar cotidianamente con ellos en la realidad angustiada y enfebrecida de nuestro mundo.

“Protagonistas” de una eventual globalización serían todos los elementos que son compartidos tan ampliamente como para crear una conciencia de sociedad a escala planetaria y existan esos elementos. Desgraciadamente todos ellos, son problemas; problemas suficientemente generalizados como para atribuirles poder en la formación de esa conciencia universal. Entre ellos desde luego está la ecología en peligro, el narcotráfico, la pérdida de la cohesión familiar, el SIDA, la violación de derechos humanos, etc.

Declarar sin embargo que marchamos hacia la globalización, en el sentido de que sólo habrá una sociedad global, una sociedad a escala planetaria unida culturalmente y con estructura jurídico-política, sigue siendo una utopía embriagadora para algunos universalistas y una visión dantesca para otros. Para bien o para mal, esa no es la tendencia a la que se le llama inapropiadamente en nuestros días “globalización”. Tomarlo en serio y hacer planes y cálculos sobre un futuro tan incierto es simplemente correr hacia el impenetrable muro de hechos necios que no ceden a fuerza de bañarlos en retórica idealista. Si alguna vez tendremos realmente esa sociedad planetaria plenamente integrada es algo que nadie sabe ahora; y si tuviéramos que apostar y escoger la posibilidad de que ocurra o no, ciertamente tendríamos que optar por lo segundo. Esto no quiere decir que no pueda ni deba postularse tal acontecimiento; pero por el momento todo eso pertenece a la sociología ficción y a la política ficción. Osea, a la ficción y punto.

Quienes consideran que la Organización de las Naciones Unidas es el antecedente inmediato de un gobierno mundial no han caído en la cuenta de la inoperatividad de tal organismo, como inoperativa fue en su tiempo la Sociedad de las Naciones que no pudo impedir la Segunda Guerra Mundial. Basta ver que el peso del costo operativo de tal organización recae en los Estados Unidos y ver que las acciones prácticas que puede llevar a cabo tienen alcances sumamente limitados, como se vio en el caso de la Guerra del Golfo, donde las Naciones Unidas se vieron obligadas a limitar el

conflicto bélico y lograr la salida de los iraquíes del ocupado territorio de Kuwait para no verse en la necesidad de extender y generalizar el problema si hubiesen querido derrocar a Saddam Hussein y ocupar “temporalmente” Irak. Ya la experiencia había demostrado en qué se convierten esas ocupaciones de territorios tan ajenos al mundo occidental, como en Vietnam. Además, está el caso de Somalia, en donde ni siquiera con una buena causa como es la de proporcionar, contra viento y marea, alimentos a somalíes, se ha logrado así fuese medianamente el objetivo. De hecho, ya les urge salir a los americanos y a las tropas de la ONU de Somalia, dejando el problema que obligó a intervenir en las mismas condiciones de antes y no deja de ser ominoso este fracaso; porque bien pudiera suceder que se tuviera una proliferación de casos de hambre extrema en África, como ya se vio en Biafra, Sudan, Etiopía y otros lugares africanos arriba de la línea ecuatorial. Como remate, el resto de África y la misma India con más de 800 millones de habitantes no están participando en ninguna clase de proceso integrador.

El egoísmo pulverizador

Otros pensadores sociales, más pragmáticos atribuyen un papel preponderante, como motor de la historia actual, al egoísmo pulverizador, capaz de fragmentar –a la manera de dinamita social– los basaltos más fuertes de nuestras estructuras heredadas del capitalismo semisalvaje y el socialismo real; ambos de origen decimonónico. Sin embargo, esta visión radicalmente pesimista de la condición humana y el escepticismo acerca de las instituciones que la humanidad ha construido lentamente a lo largo de muchos siglos no se sostiene automáticamente. La historia, por poco que enseñe, nos quita la ceguera respecto a ciertos peligros que ya se vivieron, como el de los totalitarismos de los años treinta, los genocidios, las fobias desatadas, etc., y se puede afirmar que por violentas que sean esas manifestaciones, son controlables y son temporales.

Vistas las cosas así, no hay lugar de ninguna especie ni para la globalización con su teórico gobierno mundial, ni mucho menos por la solidaridad, desgraciadamente. Así es como nos vemos obligados a postular lo imposible para poder sobrevivir, lo cual no

dejaría de ser una paradoja trágica si no existiesen otros hechos que también están en la vanguardia de los acontecimientos.

Baste un ejemplo sencillo para explicar lo anterior: el de la ecología. Todos sabemos que en este ámbito tan complejo de los sistemas ecológicos, los conceptos se han ido aclarando en forma más acelerada desde las primeras advertencias hechas hace ya casi treinta años en zonas de países desarrollados; como la contaminación de los ríos en California, la del aire en el área conurbada de Los Ángeles, la térmica de la cuenca del río San Lorenzo en la frontera entre Canadá y los Estados Unidos, mientras ocurría otro tanto en la cuenca industrial del Ruhr, en Alemania, o en la cuenca carbonífera del Sarre en la frontera franco-alemana. Aquellos fueron los preliminares de una amplia toma de conciencia aunque al principio eran “voces que clamaban en el desierto”. Recuerdo al respecto a aquel político mexicano, de cuyo nombre no quiero acordarme, que declaró a principios de los setenta que el “smog” no existía, sino que era un mito de la cultura anglosajona. Probablemente declaró tal cosa con los ajos arrasados en lágrimas por el “smog” de la ciudad de México. Hoy día las cosas son bastante diferentes; si bien no se logran resultados espectaculares, existen muchas cosas que se hacen para defender el hábitat de muchas especies.

Atrás quedaron los días en que una compañía industrial o las empresas trasnacionales podían explotar al extremo y sin freno algunos recursos naturales. Ahora es otra cosa. Tal vez esa trasnacional o esa potencia puedan seguir haciéndolo, pero con plena denuncia general de que se trata de un ecocidio. Parte de esa conciencia se debe también a los pioneros del uso limitado de nuestros recursos, como los autores de *Los Límites del Crecimiento*, *Una sola Tierra*, *El Planeta Azul*, *La Sociedad planetaria*, etc.

Está también el hecho de esas extrañas coagulaciones de intereses, especialmente económicos pero comunes, llamados mercados comunes. Su majestad el Mercado más o menos libre que genera grandes ganancias para unos y solamente empleo mal pagado o regularmente retribuido para otros, no deja de ser un factor aglutinante en nuestro tiempo. Realidad que da origen a entidades protagónicas con conciencia de grupo. El fenómeno también ha sido rápido, especialmente en Europa y en el sureste asiático y China, y algo menos acelerado en América del Norte, debido a la reticencia estadounidense a renunciar

a su condición de potencia mundial poco efectiva para pasar a ser líder de una de las regiones o bloques económicos de la actualidad y del futuro cercano. Como quiera que sea y por endeble que sea la motivación en cuanto a contenido de auténtica solidaridad, algo ayuda también.

Más allá de lo que está en la superficie y por ello se muestra como evidente, existen otros factores que proporcionan de muy variadas maneras algo de cemento social para sostener la cohesión de los tejidos de nuestras sociedades actuales. Entre esos factores podemos mencionar la familias culturales con sistemas normativos, representativos y de expresión compartidos y que dotan de raíz y sentido de destino a sus miembros, es decir una conciencia de identidad y de pertenencia que resultan muy útiles y naturales. Corolario de esas afinidades ideológicas y culturales son las afinidades políticas que de ellas se desprenden. Por ejemplo, en lo político las grandes internacionales ideológicas tenían y tienen –en la medida que están vigentes– esa utilidad. Así la internacional comunista o la socialdemócrata, o la de la democracia cristiana, o la de la democracia liberal, etc.

Solidarismo

En vista de la decadencia de algunas de estas familias hasta llegar casi a la extinción, y tomando en cuenta que no han sido reformuladas, se tiende a creer que se tiene a la familia de los liberalismos como opción única, lo cual no es muy cierto debido a las diferentes ramificaciones en que deviene en la práctica tal ideología; es necesario por lo mismo, sacar a la luz y desarrollar, como se hace en buena técnica minera, esa prolífica y fértil veta ideológica que proviene de la solidaridad social, como ha sido concebida modernamente por pensadores de la talla de Johannes Messner, Oswald von Neil Breuning o Nicolás Monzel; y por supuesto debiésemos entrar a explorar en las nuevas circunstancias históricas a la doctrina que se desprende del conjunto de principios que dan sentido y sustento a la auténtica solidaridad: el solidarismo. Y debemos hacerlo en Acción Nacional de manera especial porque es nuestro sello distintivo y porque hay dos elementos nuevos a considerar, respecto a los desarrollos que se tuvieron hasta 1988; la ulterior entrada en operación del Programa Nacional de Solidaridad, que tiene

un aceptable contenido humano y es relativamente práctico para atender lo pobreza extrema en nuestro país, pero que es de poca profundidad ideológica al nivel en que trabaja, pues lo hace más como un programa sexenal de emergencia con tendencias a institucionalizarse –lo cual sería institucionalizar también la crisis– que como inspiración que llegue a la filosofía social y la convivencia misma.

El solidarismo es el principio social fundamental del ser y del deber ser. Solidarismo significa la indisoluble interpretación óptica del individuo y la sociedad; la imposibilidad de partir primero de un individuo no-comunitario y solo después pasar a la comunidad, preguntando qué provecho puede sacar todavía de ella el individuo no-comunitario, o qué es lo que todavía le debe. No hay, a pesar de todo, individuo que no sea comunitario.

Solidarismo significa además la imposibilidad de partir de la comunidad como una entidad independiente del individuo, para luego preguntar: ¿qué queda todavía para el individuo? Sin individuo no hay comunidad. El individuo y la sociedad son igualmente primigenios e igualmente esenciales para la vida humana personal. Esta relación de yo y nosotros no es casual ni puramente empírica, sino esencial, “una relación inalienable de saber, sentir y ser humano”, como dijo acertadamente hace ya tiempo Goetz Briefs, en *Zur Kritik sozialer Grundprinzipen* dentro de “Archiv für Socialwissenschaften und Sozialpolitik”.

Los cuatro hechos esenciales que se pueden conocer ya naturalmente y mostrar filosóficamente, de los cuales resulta el solidarismo son:

- 1) la individualidad primigenia de la esencia de cada ser humano,
- 2) la igualmente primigenia conciencia de comunidad,
- 3) la íntima esfera del alma, propia de cada individuo, y
- 4) el inmenso e incalculable complejo de influencias de alma y espíritu entre todos los hombres.

Estos cuatro hechos esenciales tienen su más seguro apoyo en la revelación y en la religión cristianas; en efecto, la humanidad he estado de hecho casi siempre ciega para no ver el principio del solidarismo y ha caído más o menos en las concepciones extremas

del individualismo o del colectivismo, en la medida en que era, o volvía a hacerse ajena a esta religión.

Y se me podrá argüir que la Iglesia no tiene la suficiente cercanía con los fenómenos meramente sociales y políticos y que por ello no debe ser tomada en cuenta en estas cuestiones que se dan en el plano meramente humano y debiera concretarse a atender el plano sobrenatural. Mas no es así, porque el hambre, por antitético que parezca y sea entre su aspecto material o corporal y su aspecto espiritual, mantiene su calidad de cuerpo espiritual y espíritu corporizado tan natural y simultáneamente que no se puede pedir a quien trata con seres humanos que haga esas artificiales dicotomías; como también se pretende hacer la separación entre la naturaleza que es al mismo tiempo individual y social.

Además, la Iglesia católica o universal es casi la única institución que en nuestros días conserva la amplitud suficiente sobre el planeta como para orientarnos hacia lo que pueden ser los vínculos solidarios que en el futuro le den cohesión y destino común al género humano.

Para el cristiano el trasfondo divino de la cuestión es clave, ya que toda sociedad en que el hombre se halla de hecho, ya sea matrimonio, familia, amistad asociación de intereses, Estado-nación, un Estado mundial realizado quizá temporalmente, o la que fuere; de todas estas sociedades efectivas sabe el hombre en el fondo que ninguna de ellas puede dar plena satisfacción a las aspiraciones sociales de su corazón. La predisposición social del hombre sólo puede hallar plena satisfacción en una persona suprema que es a la vez fuente y origen de todas las comunidades, siendo ella misma trinitaria. Desde este trasfondo divino aparece a su vez todavía más claro el eterno principio de la solidaridad, y ello en tres sentidos:

- a) como solidaridad de los particulares entre sí,
- b) como solidaridad del particular y de las unidades sociales a las que pertenece, y
- c) algo que es de especial importancia para nuestro tema: como solidaridad de las unidades sociales entre sí.

Por la experiencia del hombre particular, de que su capacidad de vivencia social va más allá de todas las efectivas relaciones comunitarias de la tierra, por esta experiencia posible en todo tiempo, también sabe toda unidad social terrena en cuanto tal, que ella misma es miembro de una comunidad todavía mas amplia, pues sabe que el objeto de la intención de esa misma unidad social no puede ser universal. Pero todas ellas están incluidas en el inmenso complejo de influencias que liga toda vida humana del espíritu. Si una agrupación social no recusa intencionadamente las consecuencias de este conocimiento de su relatividad ligado constantemente con la conciencia de sí misma, sabe que su corresponsabilidad tiene sus grados pero nunca baja hasta el grado cero en relación con ninguna sociedad. Es especialmente grande con respecto a unidades sociales de análoga índole formal, sobre todo si se hallan en proximidad espacial o psíquica, como es el caso de los sindicatos entre sí, pues en este caso adquiere la mayor densidad el insuprimible conjunto de influencias recíprocas, de alma y espíritu.

Pero pasemos ahora a explicar estas conclusiones a la relación de las naciones entre sí, limitándolas al campo cultural que puede parecer más abordable en el nivel teórico en que estamos.

La relación de las naciones

Esta cuestión equivale a la de la verdadera paz entre ellas, a saber: ¿Cómo se logrará que las naciones persigan sus diferentes ideales culturales nacidos de sus disposiciones, de sus aptitudes y de la historia, sin desperdiciar ni odiarse mutuamente, sin cerrarse unas frente a otras sino contribuyendo con su auténtica identidad a la entera vida cultural de la humanidad, sirviéndose a sí mismas y al conjunto?

¿Habrá que erigir a este objeto un Estado mundial que cree una cultura también mundial? Respondemos: a este objeto, no. En efecto, un Estado no puede crear ninguna cultura sino únicamente crear y asegurar las condiciones externas de la vida cultural, y ello únicamente si la forma del Estado responde al espíritu de la nación o

de las pocas naciones estrechamente emparentadas y comprendidas por él. Un Estado mundial que se planteara quehaceres directamente culturales y erigiera un ministerio de cultura mundial en Ginebra o Nueva York, en Moscú o en Berlín o en Nueva Delhi, aplastaría toda auténtica vida cultural, que nunca puede ser realidad sino en formas típicamente nacionales. Este reparo se dirige también contra la idea de hacer de la UNESCO como la “célula germinal de un Estado de educación mundial” en forma de dependencia estatal mundial o interestatal (en el sentido internacional); sólo puede crear condiciones externas, favorables para el contacto y el enriquecimiento recíproco de las culturas nacionales. Esto ya es mucho. Pero aspirar a más en estos momentos sería perjudicial para la vida cultural. El mismo fortalecimiento y desarrollo conjunto de tendencias culturales comunes a diversas naciones afines, por ejemplo, en la cultura occidental cristiana, sólo puede fomentarse externamente mediante convenios internacionales de instancias estatales con vistas a suprimir obstáculos e impedimentos, pero no puede realizarse directamente.

División material

Del creciente entrelazamiento de intereses económicos de los pueblos, ¿se puede esperar la promoción del espíritu de solidaridad para la vida cultural de las naciones? Respondemos negativamente. En nuestra era, dada la sobrepoblación de una gran zona de nuestro planeta, si se quiere conservar el nivel de vida son de urgente necesidad agrupaciones económicas internacionales. Pero los intereses económicos no sólo unen a los hombres sino que también los separan. Su fuerza de separación es mayor que la de unión; en efecto, los bienes materiales de consumo y de producción son los menos comunicables de todos los bienes, ya que no se pueden comunicar sin dividirse. Si los hombres quieren repartirse en forma justa los bienes económicos, deben antes estar ligados por otros vínculos comunes referidos a valores superiores. Cuanto más extensas hayan de ser las agrupaciones económicas, tanto más profundos deben ser los aspectos comunes en que se basen; de lo contrario no tendrán consistencia. Es contrario a la esencia de las cosas basar la paz cultural entre las naciones

en sus intereses económicos. Los bienes económicos separan aún más que los ideales culturales específicos.

¿Puede la religión o la Iglesia mundial establecer la paz entre las naciones? También aquí debemos responder directamente, no. La Iglesia mundial no tiene, sobre la base de la revelación cristiana, ningún criterio para valorar el grado y la validez de los diferentes ideales culturales típicamente nacionales y conforme a ello prescribir a las naciones un orden concreto de paz. Sólo dispone del criterio negativo de la compatibilidad de una idea y forma cultural con la verdad cristiana revelada y con la ética sobrenatural. Lo que no sea compatible con esto, debe reprobárselo. Pero no tiene normas positivas para evaluar, según la jerarquía de valores existentes a los ojos de Dios, las culturas compatibles con el cristianismo, cuya posible riqueza es seguramente mayor que la que nos muestra la historia de los dos primeros milenios cristianos. Esto no puede hacerlo, ni ha recibido tal encargo.

Para la consideración siguiente suponemos que las naciones seguirán siendo actores o protagonistas ya que no desaparecerán como tales en un plazo corto o mediano. La reflexión, tomada del libro del N. Monzel sobre Doctrina Social, mientras no se disuelvan en mayor grado las naciones-estado, considero tiene validez general.

La nación

La paz entre las naciones y formas culturales sólo se puede lograr si las naciones mismas recapacitan sobre la cuestión esencial: ¿Qué es la nación?, y conforme a esto estructurar su propia vida y su convivencia. Reflexionando así darán con los cuatro hechos esenciales que hemos designado como la base de todo solidarismo. Estos cuatro principios fundamentales, trasladados de la relación entre persona particular y sociedad a la relación entre nación y naciones, se traducen así:

- 1) Cada nación es sujeto y portador de una idea individual de cultura. Viene individualizada por su propia idea de cultura como un individuo colectivo cuasi personal, que sólo existe una vez.

- 2) Si la nación sabe de la singularidad de su ideal cultural, sabe también que además son posibles otras formas de cultura, con cuyo contacto podría ser ampliada y enriquecida.
- 3) Como la nación, en tanto que individualidad colectiva, sabe de su íntima esfera anímica, puede también saber que cualquier otra nación posee igualmente un ser propio que sólo Dios puede penetrar perfectamente y que sólo Él puede juzgar.
- 4) La nación debe tener presente que su propia meta no consiste en cultivar conscientemente una cultura típicamente nacional, aislándose artificialmente de toda otra nación y cultura. La intensión de cultivar, digamos, una ciencia o una filosofía típicamente mexicana, de practicar un arte mexicano, sería forzada, afectada y falsearía el auténtico empeño cultural. Este pone siempre la mira en lo verdadero, lo bueno y lo bello en sí; que esto se realice en cada caso en una forma específica, es cosa obvia y de hecho se verifica “de por sí” cuando es para la intensión cultural. En el empeño universal, sin exclusivismos, de las naciones, por realizar el mundo objetivo de valores culturales, todos los auténticos esfuerzos culturales de las diferentes naciones tienen, no obstante, su respectiva impronta típicamente nacional, un supremo fin común, y en el camino hacia este fin se encuentran y se fecundan mutuamente en un inmenso complejo de influjos mutuos, de alma y de espíritu.

Aportar lo nuestro

Sobre estos cuatro hechos fundamentales se base el solidarismo cultural óptico y ético de todas las naciones.

Ahora bien, pareciera que nos dejamos llevar por el pesimismo en el sentido de que a cada paso se nos convierte la realidad en utopía cuando tratamos de avizorar lo que sería una sociedad universal unificada, o cuando tratamos de imaginar un mundo pleno de solidaridad. Pero por otra parte y, paradójicamente, el aportar las diferencias específicas de cada pueblo o sociedad y no semejanzas obligadas; aportar lo que sólo nosotros podemos aportar nos hace más solidarios auténticamente que si aportáramos nuestra docilidad para lograr una unificación global, tal vez indeseable. Aportemos pues, lo específicamente nuestro, como prenda de espíritu solidario.

Ingreso del PAN a la Internacional Demócrata Cristiana

El día 24 de octubre de 1998, el Consejo Nacional del Partido Acción Nacional (PAN) decidió aceptar la invitación de buró político de la Internacional Demócrata Cristiana (IDC) para cambiar su actual estatus de miembro observador al de miembro de pleno derecho de la IDC.

Una vez tomada la resolución, en el Consejo panista se siguen las consecuencias naturales de tal decisión y la participación de Acción Nacional en tal organismo con el carácter mencionado. En vista de que la discusión quedó prácticamente terminada con la votación de los consejeros favorable a la afiliación en una proporción de dos a uno, mas queriendo dar satisfacción a quienes no participaron en el debate y quieren saber más del asunto, me permito escribir estas líneas, no con objeto de pretender dar por liquidada la discusión al respecto, que puede seguir siendo muy rica, ya que tal decisión amerita que haya un seguimiento, sino para compartir los pensamientos y consideraciones que llevaron a la mayor parte de los consejeros nacionales a resolver a favor de la afiliación.

* Texto publicado en la revista *Palabra*, año 12, número 47, enero-marzo de 1999.

Este asunto de la agenda panista actual, que ahora parece sencillo y natural, no lo es tanto, y lo fue menos en el curso de los últimos 40 años debido a la forma en que originalmente fue planteada la cuestión dentro del PAN, y también a las precisas circunstancias históricas de los años 60.

Se puede decir que la cuestión de nuestras relaciones con la Democracia Cristiana surge ya en forma apreciable a partir de 1960, hace ya casi 40 años, en un contexto social y político muy de la época. Y es el propio fundador Manuel Gómez Morin, quien expone razones para no establecer compromisos con quienes, debido a la denominación “cristiana”, podrían ocasionar que el Partido entrara en conflicto con la legislación vigente y, además, porque él consideraba que nuestras tesis y principios doctrinarios eran mejor fundados y anteriores incluso a las tesis de la democracia cristiana venezolana o chilena. Aquellos jóvenes que insistían en incorporar al partido a las filas de la IDC “no advierten –decía don Manuel– que ya ese término específico implica no sólo principios, sino conductas políticas concretas de cuya justicia u oportunidad no tenemos por qué hacernos solidarios... Ni siquiera advierten, porque no quieren leer, que lo nuestro es anterior a lo que ellos ahora pretenden presentar como novedoso; anterior y más hondo, más completo, armonioso y equilibrado. Los ‘principios’ sirvieron de base a muchos de los movimientos en el continente. Rafael Caldera los tuvo en cuenta y, como él, otros en Chile, en Perú y en Colombia”.¹

Pero había una faceta que incomodaba más al maestro Gómez Morin: eran los signos externos que utilizaban algunos de aquellos jóvenes, semejantes a los desplantes falangistas o fascistas.²

Don Efraín, por su parte, dos años más tarde y en ocasión de la Convención Nacional en la que habló como invitado Rafael Caldera, quien habría de llegar a ser presidente de Venezuela, no contradice, pero ofrece una generosa opción de acercamiento y amistad. Y “relaciones de cultura e información con los partidos auténticos, existentes en otras partes, a fin de que, sin perjuicio de la autonomía jurídica y práctica de todos ellos, concurren a favorecer el progreso de la democracia en el mundo”.³

¹ Carta de don Manuel Gómez Morin, citada en el documento *Acción Nacional y Democracia Cristiana*, del doctor Fernando Estrada Sámano, junio de 1998.

² *Ibid.*

³ Resolución de la Convención Nacional del PAN, de noviembre de 1962, propuesta por don Efraín González Luna.

Sin embargo, seguían activos algunos elementos jóvenes del Partido a quienes parecía insuficiente aquella manifestación oficial del PAN. El licenciado Christlieb hizo una excelente distinción entre el campo de la acción política y el campo de la acción religiosa. Oportuna, clara y útil tal distinción, si tomamos en cuenta que el sujeto y protagonista de ambas acciones es el mismo: el hombre.

Visto en perspectiva el conflicto al interior de Partido puede parecer pequeño; pero no lo era tanto en aquellos años en que un reducido grupo de líderes juveniles, más o menos arropados por algunos adultos, produjo bastante ruido. Y una de las causas más importantes de orden práctico era, sin duda, la forma desordenada de todo aquel impulso. En efecto, no era la misma actitud la de Hugo Gutiérrez Vega que la de Manuel Rodríguez Lapuente, que la de Enrique Thiessen, que la de los hermanos Arriola en Jalisco, o los hermanos Treviezo, en Chihuahua, entre los jóvenes; o la de Horacio Guajardo o Alejandro Avilés, entre los adultos. Para unos era adopción de programas de la Internacional, para otros era el cambio del nombre del PAN, para otros más era afiliación; algunos tenían contacto directo con líderes de otras latitudes y actuaban por su cuenta, otros no, pero el asunto nunca fue tratado formalmente en órganos del Partido.

El tratamiento de la cuestión evolucionó, desde luego, al paso de los años; sobre todo, a partir de la separación del grupo de jóvenes ya mencionado. Ya para mayo del año siguiente, 1963, estaban fuera de Acción Nacional. Y vale la pena decir que no todos por la misma razón. Prueba de ello es que algunos fueron a dar a campos políticos e ideológicos muy diversos y no necesariamente al mismo “partido” demócrata cristiano, que se redujo a una infortunada fase germinal llena de discordias internas.

En todo caso, según testimonio reciente de Hugo Gutiérrez Vega,⁴ líder juvenil de aquellos muchachos, él mismo participó poco en el proyecto, y cuando salió de Acción Nacional tomó el rumbo, según afirma, de la “democracia social”, aunque —digo yo— cerca de puestos políticos y diplomáticos por el mundo oficial. Por su parte, Manuel Rodríguez Lapuente marchó, firmemente, hacia la izquierda, bastante lejos, por cierto, de la democracia cristiana a la que los malévolos analistas oficiales colgaban todos los sambenitos atribuibles a la derecha. Otros, simplemente se dispersaron.

⁴ Entrevista con Hugo Gutiérrez Vega, realizada en la ciudad de Guadalajara durante el Seminario Internacional del Pensamiento de don Efraín González Luna, octubre de 1998.

Por mi parte, sin juzgar personas ni intenciones, defendiendo simplemente y de pasada a la generación de los jóvenes panistas del 58, a la que pertenezco, que decidimos seguir dentro de las filas de Acción Nacional a pesar de haber visto salir a algunos destacados compañeros. Dolorosa experiencia que tuvimos que repetir, por cierto, en 1976 y de manera menos dramática en 1992. En cada ocasión por diferentes motivos.

Desde entonces el camino ha sido largo y con temporadas prolongadas en que el asunto ni siquiera se planteó al interior del Partido, ni entre los panistas en lo personal, ni mucho menos en los órganos competentes, como el Consejo Nacional o el Comité Ejecutivo Nacional (CEN), se planteó el asunto. Se volvía de inmediato a la tesis de “mantener solamente relaciones de amistad”.

En tiempos de la jefatura –me disculpo por utilizar el nombre “jefatura” en lugar de “presidencia”, lo cual me delata como veteropanista– de Abel Vicencio, el Consejo revivió la polémica posición. Para entonces, las relaciones internacionales del PAN y las relaciones con otros partidos de inspiración democrática, y más allá del ámbito de la democracia cristiana, se habían ido estableciendo. Eran los tiempos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, cuyos partidos estaban en apogeo. Los dirigentes nacionales del PAN asistían regularmente, de manera informal, a los frecuentes congresos y cursos, como los de IFEDEC, en Venezuela; INCEP, en Centroamérica o la Fundación Konrad Adenauer, en Alemania, o eventos de la Unión Popular de España.

Más adelante, a partir del mes de mayo de 1994, por decisión tomada en el CEN, el Partido ingresó a la IDC como miembro observador y comenzó a asistir formalmente a los congresos de la Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA) y de la IDC, con ese limitado carácter.

Así se mantuvo el carácter del partido ante estos organismos internacionales, dentro del marco de relaciones de amistad. Al paso del tiempo se volvió cosa común que Acción Nacional, a través de observadores, fuese visto en ODCA e IDC como un miembro sin credencial. Pero se trataba a los presidentes del Partido, cuando asistían a los Congresos, con gran admiración y, en muchos casos, como en Centroamérica y otros países latinoamericanos, se hiciera referencia al PAN como un hermano mayor.

En tiempos más recientes, en marzo de 1998, llegó la invitación formal para pertenecer a la IDC y el ofrecimiento para que un dirigente del PAN ocupase un alto puesto en la organización.

Esto obligó a que el Partido preparara una respuesta bien pensada y discutida en los órganos competentes. Por ellos se tuvieron que remontar diversos miembros del CEN, durante una memorable discusión del tema, a los antecedentes históricos de la cuestión y a estudiar, con la seriedad que el caso merece, los pros y los contras.

El asunto se discutió de manera abierta y amplia en el seno del CEN a mediados de 1998. Se pretendía pulsar el sentir de los miembros de este órgano colegiado y terminar con una votación que implicase una decisión formal en el caso de que se tomase por unanimidad. Como es natural, hubo dudas y se tomó solamente una votación indicativa, la cual resultó sumamente cerrada: sólo un voto de diferencia a favor. Lógico era, pues, que el asunto remitiese a una instancia más alta para tener más tiempo de despejar dudas y revisar el grado de compromiso que se adquiriría.

En primer lugar, había que resolver el debate, que podría llamarse “denominalista”, ya que ahí podríamos topar con la prohibición constitucional y de la Ley Electoral del hacer uso indebido de emblemas o denominaciones religiosas en política, específicamente la eleccionaria. Y para mayor seguridad, el asunto se resolvería cuando Acción Nacional no se viera precisado a cambiar su nombre –más bien su “apellido”– por algún apellido o adjetivo de cristiano, en vista de que no somos un partido confesional; o bien, cuando la IDC dejara de tener esa especificidad obligatoria de “cristiana” y se cambiase el apellido por alguno otro que no entrañase por obligación una opción de conciencia libre, como es la religiosa. Y dada la casualidad de que ambas cosas se han estado cumpliendo hoy día en tres terrenos:

- a) El PAN no se ve precisado a cambiar su nombre para afiliarse como miembro de pleno derecho a la democracia cristiana; de hecho, muchos partidos miembros de la misma continúan con su nombre original; tal es el caso del Partido Conservador de Colombia o el Justicialista de Argentina.
- b) La versión europea de la democracia cristiana ha tenido que evolucionar en su

intento de constituir un partido de alcance europeo capaz de participar homogéneamente en las elecciones de diputados continentales y trabajar de manera más coherente en el Parlamento Europeo. Como se ve, la denominación “demócrata cristiano” desaparece. Y eso es un progreso lógico, por dos razones: primero, porque si bien puede haber una valoración de la “ética cristiana” entre alemanes y franceses en las provincias de Alsacia, Lorena y el Sarre, que fue donde comenzó toda la unificación en los tiempos de Adenauer y Schumann, no es lo mismo cuando intervienen en el asunto cristianos tan diferentes como los de Portugal, Finlandia o Grecia. Y segundo, porque al aceptar que puede haber una denominación demócrata cristiana, se tendría que aceptar como válida alguna eventual denominación demócrata budista o demócrata mahometana. Hacia finales del 98 parecía estarse resolviendo la cuestión con la utilización del nombre Internacional Popular, o bien Internacional de Partidos Demócratas Cristianos y Populares.

Un segundo nivel o enfoque en la discusión consistió en profundizar en la reflexión acerca de qué tanto han cambiado las circunstancias desde aquellos lejanos años de los sesenta hasta ahora.

En este sentido, puede decirse que el fenómeno dominante en las estructuras políticas y económicas en el mundo es la globalización. Con todas sus consecuencias buenas y malas. Me parece advertir en el enfoque de este asunto los mismos graves elementos que el doctor Fernando Estrada en su documento.⁵ “La fuerza del argumento tiene bases e indicios tan serios como variados... Piénsese sólo de momento en la situación real de estados nacionales y de sus gobiernos ante fenómenos de flujos instantáneos de capitales y de información; de avances e innovaciones inimaginables hace apenas décadas, en el mundo de la cibernética; ante una nueva relación entre naciones, la vez unipolar y tribalizada; y, particularmente, en las posibilidades de una cultura humana global progresivamente unificada y compartida, pero también empobrecedoramente gestante de debilitamiento o eventual desaparición de las culturas regionales de grupos humanos enteros, reto central del siglo nuevo identificado recientemente por UNESCO y otras

⁵ *Acción Nacional y Democracia Cristiana*, doctor Fernando Estrada Sámano.

instancias internacionales: la humanidad en creciente unificación, dentro de la rica diversidad de expresiones de cultura; esto es, de vida y de sociedad humanas.

“Los retos en las comunicaciones globalizadas y los aún más inquietantes desafíos en biotecnología cuyo ingrediente principal será de carácter moral; y también qué tomar en cuenta la sustentabilidad del medio ambiente planetario y el verificar nuestra capacidad mundial de producción distribución adecuada de alimentos, así como el uso racional de recursos no-renovables importantísimos y todo ello después de que se haya mejorado el uso racional de ese inmenso bien que es el agua, pero cuyas limitaciones comienzan a manifestarse como muy inquietantes y hasta angustiantes en algunas partes del mundo.”⁶

“No hay que olvidar que globalizado es el extraño mundo financiero internacional, en donde va quedando evidencia que actúan algunas de las más poderosas mafias del planeta e imponen reglas para todos muy malas; pero para ella muy buenas y jugosas. Y ni qué decir del crimen organizado en varios rubros, que también está ampliamente internacionalizado, especialmente en materia de narcotráfico, filtrado hasta en las más altas esferas políticas nacionales en casi todas partes, pero también en materia de robo de automóviles y la industria del secuestro de seres humanos. Todo ellos, ¿se puede combatir desde instancias políticas nacionales y todavía plenamente soberanas como algunos quisieran?”⁷

Consideraciones de similar alcance se encuentran en otros documentos utilizados por el debate. Entre ellos, el de la Comisión ad hoc,⁸ y en otro estudio diverso del que escribe.⁹

Durante la exposición de argumentos pertinentes, introdujo el doctor Tarcisio Navarrete el encuadramiento de las relaciones interpartidarias en el ámbito general de la diplomacia, misma que, “como instrumento de poder, puede entenderse como el arte de lograr, mediante el uso del diálogo y la negociación, los propósitos que convienen al Estado. El conocer las modalidades de hacer diplomacia es tan cercano a nuestro objetivo, como saber descubrir lo que está a nuestro alcance y lo que por el momento no era una diplomacia accesible posible para el PAN”.

⁶ Ibid

⁷ Ibid.

⁸ Comisión ad hoc, octubre de 1998.

⁹ *El Asunto de la Afiliación a la Democracia Cristiana Internacional (un enfoque cultural)*, Federico Ling Altamirano, octubre de 1998.

Así, continúa el documento: “diplomacia clásica es la que desarrolla el Ejecutivo, absorbente, poderosa, omnipresente en consulados, embajadas, misiones, con enorme despliegue de recursos, generalmente con el monopolio de representatividad del Estado. Celosos de la intervención de otros. Diplomacia parlamentaria en crecimiento, emergente, dispuesta a competirle o, al menos, arrebatarle espacios que antes sólo usaba la diplomacia presidencial. Con recursos menores, pero no despreciables. Tiene mayor libertad de acción no es tan rígida ni almidonada. Muy flexible, algo nos llega al PAN, por mandato y a través de sus legisladores. Subutilizada hasta ahora por el Partido. Diplomacia civil: incipiente, muy pocos recursos a su alcance, pero una gran libertad para presionar. Presencia de grupos de la sociedad que demandan participación en toma de decisiones. Sus temas dominantes son los derechos humanos, lucha contra la pobreza. Abunda la denuncia de abusos. Y, finalmente, la diplomacia partidista, influyente, a veces diluida. Es el poder tras el trono cuando se está en el gobierno. Con estatuto constitucional llega a plantear con gran fuerza sus propuestas en la agenda nacional y en la agenda mundial. Agrupados en corrientes ideológicas afines, las internacionales de partidos logran peso y gran presencia en los foros multilaterales. Y con la pertenencia a la Internacional, más afín al PAN, está a nuestro alcance.¹⁰

“Con la revolución en la geopolítica mundial, con la evolución en la doctrina sobre soberanía y con la disminución de las fronteras, las Internacionales partidistas entran con más fuerza y señorío a la arena política internacional, que hoy en día es el sitio de las grandes batallas”.

Dejar sin asociación al PAN hubiera sido dejarlo fuera de un espacio natural, sacarlo de la jugada donde se toman la grandes decisiones”.¹¹ En un escenario de transición, con el PAN cerca de conseguir la Presidencia de la República, sería verdaderamente lamentable que esto ocurriese.

Hay en el mundo partidos políticos que forman una familia proveniente de la misma matriz cultural, entendida la cultura como el conjunto de significados y valores que dan sentido de origen y destino a una comunidad. Los rasgos identificatorios y los significados y valores comunes de esos partidos pueden rastrearse los linajes entre

¹⁰ Documento: *Discusión en torno de la Democracia Cristiana*, del doctor Tarcisio Navarrete Montes de Oca, octubre de 1998.

¹¹ Mismo documento de la nota anterior.

personas de la misma familia. Es el caso de los partidos europeos nacidos como populares en general y de algunos partidos de América nacidos como nacionales unos, o directamente democristianos, otros.

Por supuesto, como sugieren algunos autores, no todos los partidos populares de Europa, como el Popular Austriaco o el Popular Francés han tenido todo el tiempo actuaciones dignas de aplauso o que pudieran ser evaluadas por los panistas o por el resto de la Internacional. Por eso, cuando nos hemos referido varias veces en Acción Nacional a que los partidos democristianos o socialcristianos de América y Europa son nuestros “primos”, también podríamos haber agregado que algunos de ellos son solamente nuestros “primos segundos” o nuestros “primos terceros”. Políticamente algunos de estos primos han sido objeto de calificativos tales como “antesala del comunismo”, como en el caso de los chilenos, quienes gobernaron inmediatamente antes de Salvador Allende y luego no extremaron cerrarle el paso, pudiendo teóricamente hacerlo en el Parlamento de aquel país, aunque ciertamente las consecuencias políticas de hacerlo en aquel momento hubieran sido mayúsculas. Esto le acarrió al PAN críticas severas de personas de derecha extrema en México, debido a la simpatía mostrada por Acción Nacional hacia el régimen del mayor de los Frei.

Y, sin embargo, al paso del tiempo, pasados ya los difíciles años de la dictadura pinochetista, vemos ahora más cercanos a nosotros a los democristianos chilenos que a los de otras latitudes, incluidos los venezolanos, divididos respecto a su fundador Rafael Caldera y a punto de perder el poder en forma lamentable.

Habría que recordar también que la historia de la formación de este tipo de partidos en Europa hunde profundamente sus raíces en el desarrollo de cierto tipo de cultura. Así es como en Francia tenemos los casos de obispos y también de seculares que contribuyeron a hacer frente a las grandes interrogantes sociales de su siglo: Federico Ozanam, los padres Lammenais y Lacordaire, y el noble Montalembert, al mismo tiempo que con gran visión y adelantándose mucho a su tiempo van interviniendo con Alemania: Franz Reichensperger, el obispo Ketteler y el padre Kolping.

En el momento en que aquel poderoso “Canciller de Hierro”, Bismarck, desata la lucha por la cultura (*kulturkampf*) y el combate, específicamente contra los católicos

de la recientemente unificada Alemania, era natural que hubiese católicos deseosos de actuar precisamente en el campo de la política sin necesitar perder el distintivo de católicos. Así es como se forma el Zentrum católico alemán, con Luis Windthorst a la cabeza y seguido de personalidades que habrían de ser importantes, como los hermanos Hermann y Paulina von Malinckrodt, y otros.

A partir de ellos se desarrolla en medio de la opción liberal y la opción colectivista una tercera opción, que cobra fuerza en el momento en que se expide la importante encíclica *Rerum Novarum* (De las cosas nuevas, la cuestión social). Esta tercera opción se abre paso en medio de las convulsiones sociales de finales del siglo pasado y primeros años del actual. Convulsiones que terminan con la Primera Guerra Mundial y el desmoronamiento interno de Alemania, y la ulterior configuración de la República de Weimar, en donde la pulverización del antiguo Reich había conducido a la existencia de hasta 33 partidos políticos.

De esos partidos sólo “llegan a la final” el partido nazi y el Centro Católico alemán, único capaz de oponerse a la insania de Hitler y sus huestes con cierto éxito; de hecho, el candidato del Centro, Wilhelm Marx, logró sacar 14 millones de votos en oposición de los 15 millones con que fue electo Hitler en 1932. La historia estuvo a punto de ser diferente, totalmente diferente.

De hecho, tras los oscuros años de la Segunda Guerra Mundial, son los partidos demócrata cristianos, con De Gásperi en Italia y Konrad Adenauer en Alemania a la cabeza, quienes logran filtrar la luz de la esperanza entre los pueblos europeos, lastimadísimos moral y políticamente. Y así es como el propio Adenauer, antiguo alcalde de Colonia, quien junto con estadistas de la talla del francés Schumann inicia el largo camino de la reconciliación franco-alemana y la más notable empresa de la unificación económica y política de Europa. Recientemente, Helmut Kohl pudo culminar sobre la base descrita la colosal empresa de reunificar al país teutón.

El caso de la Democracia Cristiana en (DC) en Chile nos provee de un rico material de estudio y reflexión. Baste decir, por vía de ejemplo, que su papel de protagonista fundamental está en el alfa y el omega de la transición chilena. La DC está ahí en el momento en que llega al poder Salvador Allende, y está ahí en la gran coalición que

lleva a Patricio Aylwin a la Presidencia, llamada de la transición, y luego a Eduardo Frei en estos días.

Las cosas hubieran ido, probablemente, mejor si desde mucho antes se hubiesen podido tener las Internacionales de partidos que tienen una inspiración semejante. La nuestra ciertamente, en esa matriz cultural judeo-cristiana, llamada occidental. Pero los hechos históricos ocurrieron de manera diferente. Las Internacionales de izquierda se adelantaron ciertamente e impidieron incluso, por medio de orquestación internacional, que prontamente sus adversarios políticos naturales pudieran avanzar. Lo importante es que la considerable fuerza panista en la actualidad haya dejado de ser, como algunas veces en el pasado, la voz profética que clama en el desierto.

Volviendo a octubre de 1998, por fin era un órgano competente del PAN el que tomaba la resolución. En un ambiente de serenidad, de categoría y de consideraciones profundas y oportunas transcurrió el debate. Como en natural, ante los argumentos de uno y otro lado la Asamblea de Consejeros parecía moverse alternadamente hacia una posición u otra. Sin embargo, y a diferencia de ocasiones pasadas en que este asunto de la pertenencia a la IDC se había tratado en órganos diferentes del Partido, quienes tuvimos la oportunidad de participar desde años atrás en el tratamiento de esta cuestión tuvimos la impresión de que las circunstancias habían hecho madurar los planteamientos, y esta vez se pudo juzgar con mayor serenidad. Pronto se dejó sentir que el dictamen sería aprobado.

Lo anterior no quiere decir, en mi opinión, que no hubiera consideraciones de peso por el lado del no. Todo lo contrario, las hubo y de buena calidad. Sin embargo, dominó un espíritu más abierto y de menor temor que en otras ocasiones respecto de un aspecto muy importante para Acción Nacional: la autonomía. Es natural que este aspecto del Partido, tan valioso a lo largo de su historia, nadie quisiera que quedase comprometida su independencia por una decisión de este tipo.

Ahora cuenta el PAN con un alto puesto en el directorio de la Internacional; esto es, una vicepresidencia, ocupada inicialmente por el licenciado Felipe Calderón Hinojosa y probablemente más adelante por algún otro alto funcionario del Partido.

En todo caso, es importante que estemos atentos a las derivaciones prácticas de la decisión adoptada. Es muy necesario hacerlo para confirmar, en su caso, que la determinación elegida haya valido la pena.

Los siguientes 40 años del PAN

En las huellas de sus fundadores, jefes y candidatos, Acción Nacional celebra sus 60 años de vida fecunda. Ideas, ideales y esperanza que miles, quizá millones de personas han compartido, y cuando llegamos al umbral del nuevo siglo, la esfinge de la historia plantea las nuevas preguntas que una generación, intrépida como la primera, tiene que contestar.

Hagamos un esfuerzo para intentar entrever las siguientes décadas en que tendrá que actuar el Partido Acción Nacional (PAN) en la vida pública mexicana, y como actor de la mayor importancia dentro del conjunto de partidos afines en el ámbito latinoamericano e internacional. Por simple simetría podría proponer que tendamos la mirada para avizorar otro tanto de los 60 años de vida de esta institución, pero me parece algo demasiado difícil de conseguir y, por lo mismo, propongo que intentemos saber lo que sigue rumbo al centenario del PAN, que tendrá lugar en el año 2039, fecha que seguramente alcanzarán a ver los jóvenes que hoy militan en el partido de Gómez Morin, González Luna y Preciado Hernández.

Sin lugar a dudas que el año 61 de vida de esta histórica y aun legendaria institución, será uno de los más importantes de su vida. Sobra decir por qué. A nadie se le escapa que por sí solo, o como miembro de una posible coalición opositora –que en estos momentos se intenta explorar para definir si es posible o conveniente–, Acción Nacional jugará un papel protagónico. Y ello por varias razones.

* Texto publicado en la revista *Palabra*, año 12, número 49, julio-septiembre de 1999.

Primera. ¿Se puede pensar en una transición democrática en México sin el concurso de esta institución política que ha realizado la parte fundamental de la tarea de construir y desarrollar los rudimentos mismos de la democracia? Debemos recordar que durante los primeros 50 años de vida del Partido, éste estuvo prácticamente solo en el desempeño de las tareas que cívica, política y electoralmente hoy realizan decenas de actores emanados de la antigua clandestinidad, o como desprendimiento del sistema PRI-gobierno, o de las áreas del mundo académico, de los medios de comunicación, de la sociedad civil, del mundo empresarial, de asociaciones de vecinos, padres de familia, de asistencia social, etc. Y estar solos significaba la no-colaboración, la no-solidaridad, el desinterés, el silencio y hasta el repudio de quienes veían en aquel gigantesco esfuerzo un reproche para las actitudes de indiferencia, de soslayo que hacían los más, y el deber cumplido representaba una bofetada para la complicidad servil. Había que vencer el miedo, la desesperación y el asco que la intervención en política despertaba en muchas almas mexicanas para dejar a unas fortalecidas en el cumplimiento del deber y a otras, aminoradas por la deserción y el miedo.

Las orugas doctas se permitían enjuiciar a quienes insistían con tesón en cumplir el deber político, aun en vísperas de la tragedia y el naufragio generalizado de hombres y de valores. Los decentes procuraban encontrar la utópica llave de una cerradura inexistente. De alguna parte habían heredado tales personas la idea incorregible de que la política es para otros, aunque esos otros les estuviesen devorando las entrañas. Olvidaban la antigua sentencia de Pericles: “El que no se interese por los asuntos de la ciudad, debe abandonar la ciudad”; o la de Platón: “El castigo de las personas capaces que no quieren participar en política es tener que sufrir el gobierno de los incapaces”.

Por otra parte, existían ciertamente quienes proponían desde la perspectiva marxista-leninista (en México, más bien desde la praxis síndico-estalinista) el cambio, la revolución, pues; e intentaban, con base en sus hipótesis favoritas, crear las condiciones prerrevolucionarias aprendidas en el catecismo de Vladimir Illich Lenin. Otros, más proteicos, proponían las tácticas de lucha del frente populista, al estilo europeo de los años treinta y cuarenta, que se consideraban el vértice de la historia y soñaban que el frente popular, amplio y patriótico, arrastraría tras de ellos a los progresistas enquis-

tados en el gobierno. Y todo para que éste sacara de la clandestinidad a los primeros y usaran como comisión de insultos parlamentarios a los segundos. Para eso y más daba la firme estabilidad del PRI-gobierno.

Habría que recordar también cómo todo el coro de la izquierda vociferaba contra el PAN por participar en las elecciones. Cómo nos acusaba de utópicos, místicos del voto, ilusos, reaccionarios, banqueros, proyanquis, fascistas, etc. Y todo para venir todos ellos en fila india a participar en política a través del camino que ya el PAN había trillado por motivos superiores. La relativa eficacia del Partido en aquellos años tuvo el mérito histórico –hoy indiscutido– de haber marchado por el moderno y universal camino de la transición hacia la democracia por medios democráticos.

Numerosas crónicas existen acerca de aquellos tiempos y aquellas vicisitudes de un partido democrático que insertó su trabajo en un medio muy antidemocrático para transformarlo. Pero es mucho más lo que se ha quedado en el tintero y vive como tradición oral. Como historia viviente en las tertulias de los amigos y de los dirigentes del Partido, así como entre los innúmeros seguidores humildes que a su manera guardan como piezas valiosas de sus vidas sus años con Acción Nacional. Muchos de ellos, por cierto, héroes anónimos.

No dudo que en la nueva generación de panistas –por decir algo, los que han llegado durante los últimos diez años– se conocen esas historias y méritos, que son la base sobre la que estamos parados quienes arribamos hasta este último año del siglo dentro de las filas blanquiazules de Manuel Gómez Morin, José González Torres, Abel Vicencio Tovar, Carlos Castillo Peraza.

Hoy día, las campañas electorales y gran parte de la acción política son mediáticas; es decir, que los vehículos del mensaje son actores también. Sirva como muestra lo ocurrido durante el V Informe de Gobierno del Presidente Zedillo y la propuesta al mismo por parte del diputado panista Carlos Medina Plascencia, en que, adelantándose a cualquier juicio del auditorio, las cadenas Televisión Azteca y Televisa condenaron la valerosa actitud de Medina, quien respondió críticamente al mensaje presidencial, mientras que en la calle la mayor parte de ciudadanos festejaban la actitud firme del diputado, presidente en ese momento del Congreso de la Unión. Otro punto que

levanta polémica actualmente es la participación de los precandidatos presidenciales de los partidos en programas cómicos de televisión. Los ciudadanos piensan que eso les trae popularidad y conocimiento del público, pero desmerece su imagen como posibles presidentes de la República.

Y así, en medio del carnavalesco espectáculo de identidades y roles ocultos por las máscaras que los medios de comunicación imponen, los partidos y sus candidatos se ven obligados a abrirse paso para que su verdadera fisonomía y propuesta sean conocidas. Todos parecen bailar descaradamente la danza de la búsqueda del poder. Los ideales sublimes se mezclan en una cruda *Realpolitik* con los apetitos de poder y de mando. Y en este cuadro, sin tener certeza de que estamos a la mitad de una transición democrática –postulada por todos y verificada por nadie–, el partido en el poder no acierta a aprender a ser oposición, y los partidos que hemos sido largamente de oposición no acertamos siempre con los comportamientos debidos cuando ya son muchos los municipios o estados en los que somos gobierno. El arte del diálogo y la negociación, tan propio de la vida política en países más desarrollados democráticamente, está en la etapa de parvulitos o jardín de niños. Y tal vez por ello ocurre que las probabilidades de lograr una coalición completa, una alianza opositora que tenga muchas probabilidades de desalojar del poder al priísmo, se ven reducidas por obstáculos que parecen insuperables por muchas y variadas razones. El resultado de la negociación es por estas fechas incierto.

En Acción Nacional, por nuestra parte, intentaremos, por su puesto, desbancar al PRI del poder, intentaremos ganar la Presidencia de la República pero con gobernabilidad, realizando desde el poder el cambio democrático de estructuras y conservando un Partido fuerte en la otra orilla de la transición. Cualesquiera de estos elementos mencionados que quedase soslayado en nuestro objetivo, haría prácticamente inútil el esfuerzo.

Se puede afirmar que los partidos políticos tienen una función parecida a la de los puntos de encuentro de los aeropuertos o grandes terminales, porque en él se encuentran o identifican quienes vienen de diversos rumbos, pero quieren ir hacia un mismo destino. Son los partidos el lugar privilegiado de identificación de los ciudadanos en marcha al mismo fin y quieren –en el caso del PAN– participar en la gestión del Bien

común. Por esa razón, la identidad partidaria es un bien de primer orden y debe ser protegido.

Doctrina, programa, personas, procedimientos y valores son cinco de los elementos principales constitutivos del ADN institucional; código genético capaz de sostener una identidad dinámica, evolutiva y benéfica. Testimonio, memoria y ejemplo han sido para el PAN y los panistas las vidas de don Miguel Estrada Iturbide, Luis Calderón Vega, Manuel Ulloa, Jesús Elizondo, Jesús Sanz Cerrada, Luis H. Álvarez, Guillermo Prieto, Manuel Clouthier y muchos más.

Pero la identidad de los partidos es una identidad que a veces muestra síntomas de esquizofrenia en algunos institutos políticos, porque no saben en qué medida son oposición y en qué medida son gobierno. Tal vez sea México el único país sobre la Tierra en que el grupo de partidos que suma el 52 por ciento de curules en la Cámara de Diputados se refiere a sí mismo como mayoría opositora, como si no acabaran de entender el papel que les toda desempeñar, al menos en esa Cámara. Pero esto tiene una explicación en varios aspectos.

En primer lugar, este grupo no es una coalición, sino un agregado coyuntural de grupos parlamentarios. En segundo lugar, son mayoría en la Cámara de Diputados, pero son minoría en la de Senadores. En tercer lugar, el poderoso Ejecutivo federal sigue siendo del PRI. Y en cuarto término, hay que recordar que a lo largo de 69 años de partido oficial, el papel de “gobierno” se ha vuelto una segunda naturaleza para el PRI, y ser oposición, una segunda naturaleza para los demás. Todo ello nos lleva a considerar estos aspectos de la vida de los partidos en una perspectiva mucho más amplia que la transitoria situación de estos años del 99 y 2000.

La alternancia en el poder, que es un fenómeno propio de la normalidad en países democráticos, es obviamente un camino de doble sentido. Sin embargo, en el discurso de oposición se maneja como una arma de un filo tremendo, que llega a afirmar, con visos de veracidad incontestables, que no se puede hablar de vigencia de un sistema democrático mientras no haya alternancia en el poder. Casi se dice que la verificación más plena de que ya arribamos a la democracia plena es que el PRI pierde el poder por vía electoral. Dadas las condiciones en las que ha tenido lugar la competencia política

en México, es difícil negar tal afirmación. No obstante, la alternancia ha comenzado a operar hasta hacer perder al PRI numerosas gubernaturas (12 hasta el momento de escribir estas líneas); pero el fenómeno vale también en sentido contrario: si la normalidad democrática implica que el PRI pierda el poder, a nadie debe sorprender que en algunos de los estados ganado por la oposición los triunfos se refrenden o no gracias a las feroces revanchas desatadas con todos los medios a su alcance por el PRI-gobierno.

La alternancia, por definición, no es unidireccional. Es el caso de Chihuahua, que tanto preocupó en su momento a los dirigentes del PAN en el estado y en el nivel nacional, porque parecía en aquellos momentos que la roca de Sísifo rodaba una vez más monte abajo. Lo que se había logrado con gran esfuerzo y muchos años parecía desmoronarse en 1992 en unos cuantos días.

Sin embargo, un pueblo como el de Chihuahua, al que el PAN forjó de mil maneras en la construcción de la democracia, lo único que ha hecho es seguir las enseñanzas de los maestros panistas: “que el pueblo se acostumbre a poner y quitar gobiernos que sean o no de su agrado”. Más adelante se verá, en otra coyuntura, si continúa la alternancia en forma inmediata o diferida. El ciclo se cerraría, a mi ver, cuando el PAN recupere esa gubernatura por medio de la tenacidad política y con la postulación de candidatos adecuados al nivel de la competencia.

Una lección parecida, en materia de alternancia, nos la ofrecen en el orden municipal los casos de León, en Guanajuato; Tehuacán en Puebla, o San Pedro Garza García, en Nuevo León; y otros, como Tijuana, en Baja California; Mérida, en Yucatán; Hermosillo, en Sonora, o Monclova en Coahuila. En todos ellos el ciclo de ser inicialmente oposición, luego poder, luego otra vez oposición y finalmente conquistar el poder por segunda ocasión, está completo; de manera que los papeles que hay que desempeñar se han cumplido, así como los aprendizajes correspondientes. En todos estos casos mencionados el PAN fue una temporada larga el principal opositor, hasta que un buen día se ganó. Marcados triunfos fueron en 1967 las victorias electorales de Hermosillo y Mérida en plenos años de autoritarismo de la presidencia imperial de Díaz Ordaz. En poco lugares se podía repetir en forma inmediata, pero a la postre se pudo. En los lapsos intermedios, los panistas y los priistas tuvieron que compartir la

cultura de la alternancia. Cuando fueron por primera vez gobierno los panistas, tuvieron que adaptarse a la nueva situación y hablar el lenguaje hasta entonces inédito en que para referirse al PRI tuvieron que decir “la oposición” y despojarse de los hábitos de preferenciar la crítica simple sobre los planes del gobierno. Un poco más traumático resultó el ejercicio para los priístas que seguían teniendo “usos y costumbres” oficiales, cuando en realidad estaban en la oposición.

Cuando la alternancia cambió de signo, el trago amargo fue para los panistas y el regusto fue para los priístas. En esta etapa, se vio que el pueblo era el que salía ganando, porque se obligó a los partidos a postular sus mejores cartas. Después se cerró el ciclo y se ha producido en todos los casos mencionados una madurez política. Se gana o se pierde no según los deseos de los partidos sino del pueblo: en especial cuando se decide éste a ser protagonista y no mero espectador.

No me cabe duda que los partidos han estado aprendiendo el axioma de que ningún triunfo o derrota electorales son para siempre. Y esto que ya está bien entendido en el orden municipal comienza a verse en el nivel estatal. Me parece del todo probable que Chihuahua volverá a tener gobierno panista pronto. Pero la experiencia al nivel Gobierno federal y con él la Presidencia de la República, no se ha dado. Es posible que se dé en el año 2000, en que con alternancia o sin ella el Presidente de la República estará más acotado dentro de sus amplias facultades constitucionales; de hecho, el próximo primer magistrado de la nación tendrá que tomar en cuenta la pluralidad política de México y sus partidos; y más aún, es casi seguro que tenga que gobernarse por medio de una coalición, ya sea ésta explícita o tácita.

El gran ciclo de un partido se cerraría cuando hubiese tenido que pasar por estas cuatro etapas: ser oposición, ser gobierno, perder el gobierno y recuperarlo. En teoría, esto se llevaría un mínimo de 24 años, ya que los períodos de gobierno son sexenales en México. Y no es garantía para ningún partido que habrá de llegar necesariamente al poder, ni siquiera en coalición.

En el caso del PAN, pudiera darse por primera vez en nuestro sistema político que un partido complete a nivel estatal el ciclo teórico; y lo más cercano que tenemos a la vista es Chihuahua; y entonces estaríamos hablando del 2004.

Pero en el nivel nacional, lo previsible es que tengamos un gobierno claramente de transición, gane quien gane la Presidencia. Este hecho nos llevaría hasta el 2006, sin que un partido, o el Presidente, puedan decir que tienen todo el poder; ni siquiera con propiedad que el partido está en el poder; más bien el escenario es que varios partidos estarán simultáneamente en el poder y en la oposición.

Luego vendrían los años en que —a la manera en que ocurrió en Chile— un partido, tal vez en coalición, pueda tener el Poder Ejecutivo en forma más clara; y lo normal sería que en el 2012 comenzara el largo camino de las alternancias, hasta que el pueblo mexicano se sienta en capacidad plena de quitar y poner gobernantes por vía electoral o a través de los mecanismos de la llamada democracia directa, como son el plebiscito y el referéndum.

Y para que el fenómeno que describo complete un ciclo se necesitaría que varios partidos hubieran tenido la oportunidad de ser gobierno y de ser oposición al menos dos veces. Entonces estaríamos en la madurez y normalidad democráticas. Pero entonces ya estamos hablando de un proceso que se puede llevar 20 o 30 años, lo que es un horizonte que difícilmente pueden discernir los más agudos vigías y analistas.

Para considerar debidamente el significado de la realidad que viene para Acción Nacional en los próximos años, es necesario situarse en una perspectiva de gran alcance. Escudriñar el futuro en un horizonte de décadas es tarea siempre difícil: hacerlo cuando está de por medio una transición cuyo desenlace parece imprevisible en estos días, es tarea de verdaderos visionarios. Se necesita que nuestros vigías, desde la atalaya más alta, oteen con cuidado el horizonte, agucen su mirada y puedan formular lo que ven con palabras sencillas, no cabalísticas. Para profecías confusas ya tuvimos bastante con las de Nostradamus.

Lo prudente es, pues, atender con gran resolución las tareas que lo cotidiano impone al hombre y a la mujer que hacen política. Verificar con precisión de estrategias las hipótesis de trabajo que se hacen en los gabinetes de los que piensan, hablan de estas cuestiones. Comprometerse en los hechos con lo que se postula: el acercamiento al pueblo para ayudar a generar el bien del pueblo. Conseguir el poder para hacer lo que hemos dicho y proclamado en plataformas y programas. Convencer a muchísimas personas de trabajar conjuntamente en los objetivos a largo plazo, comenzando hoy.

El dirigente político verdadero, como pretendemos desde hace 60 años en Acción Nacional, tendrá que ser simultáneamente el hombre capaz de combatir en las humildes trincheras y pueda saber el curso general de las acciones. Estar en los medios de comunicación día a día y en la meditación profunda noche a noche, con verdadero temple y con visiones amplias, incluyentes, victoriosas.

Un acercamiento hacia estas dimensiones es el discurso pronunciado por el licenciado Luis Felipe Bravo durante las ceremonias conmemorativas del aniversario 60. Con los pies bien asentados sobre lo que somos y lo que hemos sido en el pasado, discurre por los riesgos y oportunidades que nos presenta el porvenir.

“El PAN no se agota en lo electoral ni en las fechas mágicas, como la del 2000; sin embargo, toma en cuenta todo. En ese sentido, nuestra vocación pluralista nos reafirma para proclamar que tenemos la fortaleza necesaria para encabezar la transición. Tenemos la capacidad de no diluirnos con otros, en otros, pero entendemos que tenemos que caminar con otros.

“Hace diez años, en ceremonia similar a la presente, el presidente nacional Luis H. Álvarez dijo: ‘El PAN de año 2000 lo harán quienes, desde la fidelidad a la persona y al Bien común, sean capaces de asumir riesgos, de encarnar la esperanza, de mirar lejos, como fue capaz de hacerlo el distinguido mexicano que llamó a los hombres de su tiempo en generación de militantes del deber político y mediante su correcto ejercicio edificar la anhelada Patria Ordenada y Generosa, cálido acogedor albergue de sus hijos, hogar común en la paz y la justicia.

“Y quien no sea capaz de tener esa fe, quien no tenga siempre en mente esta idea de México; quien no sienta cordialmente, entrañablemente, la necesidad de poner esa fe en actos, de ver cumplida su idea, no debe estar en Acción Nacional.

“Si hace 60 años los fundadores pudieron prefigurar el México de hoy, en nuestros días nos toca a nosotros mostrar lo que será la patria del tercer milenio. No debemos temer, pues hemos vencido otros vientos y otras tempestades.

“Mientras tanto, callemos nuestras voces, callemos el latido de nuestros corazones para escuchar el suave murmullo que producen las almas en movimiento”.

La singular ruta de Acción Nacional

Les habla un sobreviviente de la “brega de eternidad”, primera etapa. Me parece que es mi primer deber esta noche rendir un testimonio de homenaje para quienes, durante esta prolongada lucha en la gestión del Bien común, en la que hemos participado la mayoría de nosotros, los reunidos aquí, y entre quienes veo a nuestros veteranos, han partido de este mundo. Especialmente, aludo a mi entrañable amigo Carlos Castillo Peraza, a quien despedimos justamente el día de hoy en la tarde en la ciudad de México.¹ Pero también quisiera mencionar a otros compañeros que, a diferencia de Carlos, no alcanzaron a ver el triunfo del 2 de julio. Entre ellos, desde luego a mi maestro José González Torres, quien me invitó a participar en política y de quien recibí las primeras enseñanzas concretas, al lado de muchas otras personas que aprendimos de su palabra, pero sobre todo de su ejemplo, los conocimientos fundamentales en materia de doctrina y también de acción política. Don José fue un seglar católico ejemplar, distinguido y fiel, que supo combinar el deber político con las convicciones de conciencia religiosa.

¹ Los restos del Licenciado Castillo Peraza, fallecido en Bonn, Alemania, el día 9 de septiembre de 2000, tardaron casi seis días en ser traídos a México y fueron velados la noche del 14 al 15 del mismo mes.

* Texto publicado en la revista *Palabra*, año 13, número 53, julio-septiembre de 2000. Conferencia pronunciada la noche del 15 de septiembre de 2000 en el Teatro Victoria de la ciudad de Durango, en la velada celebrada para conmemorar los 61 años de vida del Partido Acción Nacional.

Y también nuestro compañero Carlos Garcinava Veyán, de quien tuve la fortuna de recibir, como tantos más, testimonios de amistad insuperables así como colaboración vigorosa y fecunda en aquellos días que me tocó, por circunstancias especiales, dirigir el PAN aquí en Durango. Tuve dos cosas a mi favor, haberme engarzado en la sociedad duranguense a través del matrimonio con una muchacha de familia apreciada en todas partes, como es, Mercedes, mi esposa; y haber contado con la ayuda de Carlos Garcinava, tras cuya ausencia apreciamos más y más su apoyo en la realización de trabajo intenso y en armonía.

Ellos, junto con una lista bastante grande de luchadores, participaron de manera importante en esto que llamo primera etapa de lo que en Acción Nacional hemos conocido a lo largo del tiempo como “brega de eternidad”. Carlos Castillo acostumbraba decir, cuando algunos se sentían tentados a marchar lentamente por tener la eternidad como plazo, que había que ponerle agenda y plazos.

Cumplido este deber, paso a referir que estas pláticas sobre historia del Partido establecen el reto de espigar entre episodios de la vida de Acción Nacional, que den idea de lo que ha sido este camino que ya lleva seis décadas. Y se ve uno tentado a pintar el cuadro dando algunas pinceladas por décadas, o por sexenios, o por jefaturas. Ahora también puede hacerse en términos de la conquista del poder, veta por demás interesante. Puede hacerse también en términos de población gobernada o de la historia de las iniciativas de ley presentadas en el Congreso de la Unión y en las legislaturas locales. El material es abundante e ilustrativo. A veces, se puede tomar como hilo conductor la secuencia de los ocho candidatos a la Presidencia de la República. Hoy, como se verá, seguiré otro camino.

En realidad, el principal trabajo fundacional se llevó a cabo en 1938 y la primera mitad de 1939, año de la asamblea fundacional. Pero el año 38 está marcado por los trabajos de comité organizador, los cuales son conocidos en los anales del PAN como “las históricas jornadas”. Ya podemos imaginar los esfuerzos titánicos de ese reducido, aunque entusiasta grupo, que integraba el comité mencionado para llegar lo más pronto posible a la constitución formal y al registro del nuevo y original partido político. Entre los sucesos que merecen comentarse de ese periodo, quiero destacar que fue en

este año cuando personas como Tita Turnbull y María Luisa Garcinava consiguieron colocar entre las tesis y propuestas de Acción Nacional la exigencia del voto para la mujer (quince años antes de la iniciativa presidencial que fue aplaudida como avance político debido a la “inteligencia visionaria” del presidente de la República en turno). Y también cabe subrayar que durante aquel lejano año 38, el PAN propuso la creación en México del Seguro Social, a lo que se opuso terminantemente –adivinen quién– la mismísima CTM.

Diez años después, en 1948, habrían pasado, desde luego, hechos relevantes. Acción Nacional había conquistado sus primeros diputados federales en 1946, luego de haber dejado atrás los episodios de 1940, en que se había dejado a los panistas de apoyar, en lo personal, la candidatura del general Almazán; y teniendo el antecedente del colegio electoral de 1943, al que acudieron a defender sus casos nada menos que Manuel Gómez Morin, Manuel Herrera y Lasso y Carlos Septién García.

Aquel grupo de los “Tres Mosqueteros” –Ramírez Munguía, Antonio Luis Rodríguez y Juan Gutiérrez Lascurain– ya había presentado un notable paquete de iniciativas de ley, bajo la cercana asesoría de don Manuel Gómez Morin. Entre las propuestas esenciales de aquellos intentos serios por generar Bien común para México, se cuenta una que había de triunfar 50 años después: la ciudadanización del órgano supremo de elecciones, que entonces era la Comisión Federal Electoral, dependiente de la Secretaría de Gobernación, y que ahora es el Instituto Federal Electoral, cuyo consejo ciudadanizado tuvo singular importancia en las elecciones de este 2000. La propuesta del 48 era que existiera un consejo ciudadano como máxima autoridad electoral.

El primer intento por lazar candidato propio a la presidencia de la República, en 1946, había terminado con la propuesta que hizo la Convención nacional a favor de la candidatura de don Luis Cabrera y la caballerosa declinación de este, agradeciendo la propuesta hecha en su favor como “el honor más grande que he tenido en mi vida”. Vendría en 1952 la postulación de don Efraín González Luna como candidato a la primera magistratura y cuya campaña se convirtió en una verdadera tarea de siembra doctrinal. En muchos rincones del país fue ocasión de aprender el pensamiento doctrinal y programático de Acción Nacional, de boca de uno de sus principales autores.

Pero pasemos al año 1958, el cual está marcado en los anales de nuestra historia por la campaña presidencial de Luis H. Álvarez y el desenlace de la misma, cuyas consecuencias habrían de tener un impacto importante para la vida política nacional. A finales de los años cincuenta surgía Álvarez como una nueva figura política nacional.

Luis no venía del grupo fundador inicial, sino de una generación algo posterior, que habría de aportar un nutrido contingente de dirigentes y militantes nuevos. Con ocasión de su candidatura a gobernador de Chihuahua, en 1956, había dado mucho de que hablar. Pero en realidad la cosa había empezado en 1955, cuando el PAN comenzó a tener triunfos en Ciudad Juárez; primero, la mayoría de Jesús Sanz Cerrada como diputado federal, y después, el mismo grupo de entusiastas panistas dio una batalla frontal por el gobierno del estado –aunque fue Alfonso Arronte quien ganó la alcaldía de Juárez en las urnas, misma que le fue arrebatada con burdo fraude en unas cuantas casillas, validado por el corrupto comité municipal electoral–. Y convencidos los panistas de que Luis Álvarez había sufrido fraude semejante en su contra, organizaron como protesta una memorable caravana de automóviles que recorrió el camino desde la frontera norte hasta el Zócalo de la ciudad de México. Con Carlos Chavira y Guillermo Prieto, entre otros, pasaron por memorables episodios de amenazas, hambre y molestias que fueron superadas con entusiasmo. Memorable fue el desfile de aquellos autos, muchos de ellos carcachas milagrosas, por la calle de Madero para desembocar en el Zócalo. *La Nación* dio cuenta de ello: los demás periódicos y revistas apenas registraron el hecho. La televisión estaba en pañales.

Debido a la fama ganada, a finales de 1957 Álvarez venció a otra figura importante del Partido, José González Torres, en la Convención nacional que postuló candidato a la Presidencia. El grado de competencia de esa campaña subió mucho. Sin experiencia alguna del poder de la maquinaria oficial que enfrentábamos, los jóvenes que engrosamos las filas de Acción Nacional en esa ocasión creíamos que si bien no habíamos ganado en 1952, podríamos hacerlo en 58. Sin embargo, se realizó uno de los fraudes más extendido, más fuerte y más descarado de la triste historia electoral de México en esa etapa. La reacción ante tal afrenta variaba entre nosotros, desde quienes pretendían armar una revolución hasta aquellos que deseaban el retiro del Partido de esas contiendas para desenmascarar al sistema.

El Consejo Nacional ordenó a los candidatos a diputado federales –a quienes, en número de 6, el gobierno había reconocido el triunfo– no aceptar el cargo y así evitar la legitimación de las desprestigiadas elecciones que habían llevado a Adolfo López Mateos a la primera magistratura. La medida resultó un arma de doble filo, ya que algunos de los aludidos (cuatro) aceptaron finalmente el cargo; mientras que otros dos propietarios (Jaime Haro de Zacatecas y Felipe Gómez Mont del Distrito Federal) y sus respectivos suplentes se negaron, cumpliendo así el acuerdo del Consejo. Empate técnico pues.

En todo caso, se evidenciaron las limitaciones de nuestro sistema electoral, que producirían en un corto plazo reformas como la de “diputados de partido”: un parche en la Constitución que prefiguraba el sistema de representación proporcional. Vale la pena mencionar que en 1959 la democracia fue dirigida “con ametralladoras” en Baja California. Pero de esos episodios hablaremos en otra ocasión.

1968. Aunque el movimiento político estudiantil ocurrido en ese año es muy conocido y ha sido analizado como fenómeno político y social, caracterizado por la llamada crisis conciencia, para la historia del PAN se pueden rescatar varios hechos significativos. El primero de ellos fue la cerrazón mostrada por el gobierno de Días Ordaz en materia electoral en Baja California. Nuevamente el PAN había ganado las elecciones locales para ayuntamiento. Sin embargo, se ordenó la más arbitraria anulación de los comicios, nombrar consejos municipales en forma por demás anticonstitucional y evitar que Acción Nacional gobernara ciudades tan importantes como Tijuana y Mexicali. ¡Claro!, un año antes el PAN había ganado capitales de estado por primera vez. Hermosillo y Mérida eran un buen ejemplo para el pueblo democrático y mal ejemplo de demostración para el gobierno; así, se tomó la decisión de ir poniendo todo bajo control férreo.

Naturalmente es uno de los momentos clave del movimiento estudiantil, la ocupación que hizo el ejército, incluso con tanques y blindados, de las instalaciones universitarias en CU, y ante la indignación de unos, la sumisión de otros y el azoro de casi todos, los diputados de Acción Nacional defendieron nuestra casa de estudios. Son memorables los discursos en la tribuna de la Cámara de don Rafael Preciado Hernández y

Gerardo Medina Valdés, quienes refutaron con éxito a los serviles diputados oficiales que pretendían cubrir semejante atropello con el manto de la legalidad. También son de recordarse las polémicas que en la misma Cámara tuvieron Efraín González Morfín y Carlos Sánchez Cárdenas, intelectual de izquierda; y no olvidemos las expresiones de José Ángel Conchello y otros en esa Legislatura. Diego Fernández de Cevallos participaba como tribuno en los mítines de la explanada de Rectoría.

En el fondo estaba la alternativa de realizar los cambios necesarios en México por vía de la reforma gradual de instituciones, en la que pocos creían en esos días, o por la vía de la revolución armada. En Acción Nacional habíamos vivido intensamente los acontecimientos que precedieron a la crisis mencionada. Pocos años atrás había ocurrido la revolución cubana, que vino a cambiar las expectativas de las izquierdas en Latinoamérica y a provocar una fuerte sensación de amenaza de revoluciones encadenadas para los países de la región, especialmente para México. Pero debemos recordar que también habían corrido los tiempos del Concilio Ecuménico Vaticano Segundo, mismo que durante la puesta en día de la Iglesia católica sacudió hasta lo más profundo la conciencia social de los católicos. Entre jerarcas eclesiásticos progresistas y conservadores, los seculares encontraron muchas dificultades para orientarse. En 1965 pudo superarse esta situación, con la publicación de la constitución pastoral *Gaudium et Spes* acerca de la situación de la Iglesia en el mundo de hoy. En ese mismo año, Efraín González Morfín y Adolfo Christlieb Ibarrola, con apoyo de algunos compañeros del Partido, realizaban la llamada “proyección” de los Principios de Doctrina de Acción Nacional. El mundo parecía cambiar muy rápido, y seguramente lo hacía.

Sin embargo, entonces parecía que la única vía disponible, en términos de política realista, era la del cambio por la vía de hacer manifiestas las contradicciones del sistema y, de acuerdo con las teorías de Lenin, establecer las condiciones prerrevolucionarias para pasar enseguida a la revolución armada. Y hasta llegó a sentirse en el ambiente general cómo se cimbraba y bamboleaba la “presidencia imperial”, de la que ha hablado Krauze, hasta sus cimientos. Días Ordaz optó por el uso de la represión sangrienta, decisión de la que sin duda fue partícipe su secretario de Gobernación, Luis Echeverría Álvarez. El ejército, por su parte, sostuvo las instituciones por la fuerza y la

violencia; pero el baño de sangre del 2 de octubre, en el que murieron varios cientos de estudiantes y manifestantes a cambio de algunos militares, había de dejar una cicatriz imborrable en el cuerpo social.

Aunque sofocado el movimiento 10 días antes de la inauguración de los Juegos olímpicos en la misma Ciudad Universitaria, y con una paz artificial, en realidad habían quedado abiertas las puertas de la discusión de todos los temas, fuesen estos tabú o no.

Pude notar en mi condición de panista y de universitario el cambio en las condiciones en que desarrollábamos las tareas de proselitismo. Antes del 68 no se podía hablar de política en muchas de las escuelas de la Universidad; sencillamente era algo ajeno a los intereses de mis compañeros. Luego, no solamente se pudo hablar y discutir sino que algunos profesores y alumnos de la Facultad de Ingeniería se convirtieron en líderes del movimiento y siguieron mucho tiempo en política; un buen ejemplo de ello es el ingeniero Heberto Castillo.

Mientras tanto, puede decirse que fue entonces cuando el partido llegó a su máxima expresión de radicalidad: en febrero de 1969, sólo cuatro meses después de aquel octubre mencionado, se aprobaba en Convención Nacional el documento político conocido como Cambio Democrático de Estructuras, mismo que luego de discutir las alternativas y entendiendo la gravedad de la situación nacional, optaba por la vía de la reforma, pero reforma profunda, radical, estructural y, lo más importante, “a paso de revolución”. Los autores, Efraín González Morfín y Adolfo Christlieb Ibarrola, habían tenido una destacada labor doctrinal e intelectual de análisis y orientación durante la década que terminaba por esos días. Las consecuencias de la toma de posiciones en aquel final de década estarían muy pronto a la vista. Para empezar, la campaña presidencial de 1970 ya incluía la reforma de una reducción de la edad ciudadana de 21 a 18 años, con miras a captar y dar cauce a las inquietudes de numerosos contingentes jóvenes.

Para 1978 ya había ocurrido la mayor crisis que hemos tenido en Acción Nacional: las divisiones internas imposibilitaron el lanzamiento de un candidato a la presidencia en 1976. De hecho, López Portillo fue candidato único, dado que fue apoyado por los partidos satélite de siempre: el PPS y el PARM. Por supuesto, el PRI ganó con toda facilidad aquellas elecciones. En cambio, la legitimidad de la democracia en México

había llegado a su punto más bajo. ¿Con qué cara podía presentarse en el concierto internacional de las naciones democráticas?

Así fue como se concibió la llamada reforma política, que era en realidad una reforma electoral con ciertos alcances. En la práctica, había de tener una influencia benéfica que marcó la vida electoral mexicana durante varias décadas, y hasta hoy perduran sus efectos: me refiero a la introducción parcial de las elecciones bajo el principio de representación proporcional.

Inicialmente, la atención se centró en lo más llamativo: el campo de la representación proporcional en la Cámara de Diputados. Se eligieron 300 diputados por el principio de mayoría relativa, combinando la elección de 100 diputados bajo el principio de representación proporcional; tras 15 años consecutivos en que el Partido había tenido de 20 a 25 diputados, pasamos a tener de 40 a 50. Asimismo, se había sacado de la clandestinidad a la izquierda más radical, que había sido extremosamente antisistémica y ahora, viniendo algunos prácticamente de la cárcel, actuaban cerca de 20 diputados agrupados en lo que se llamó Partido Comunista-Coalición de Izquierda.

Luego se vio que la elección de diputados locales plurinominales o de representación proporcional constituía una aportación igual o mayor a las prácticas democráticas. Hasta ese entonces, muchas cámaras de diputados locales eran parecidas a la que tuvimos aquí en Durango hasta antes de 1980, en la que conseguimos nuestro primer diputado local: el licenciado José Ángel Luna Mijares. Antes, se dice, no había siquiera sesiones y el pequeño grupo de legisladores “despachaba”, analizaba iniciativas y firmaba dictámenes en un conocido café de la Plaza de Armas. Es de pensarse que algunos de estos documentos deben tener manchas de café y de chilaquiles.

Pero a partir de aquel 1980, en que tuvimos, por cierto, como candidata a gobernadora a la profesora Beatriz Garcinava, Acción Nacional consiguió un diputado y varios regidores de representación proporcional. Ese diputado, con el que comenzamos, el único de oposición, hizo cambiar los usos y costumbres de los señores legisladores. En el nuevo edificio del Congreso por primera vez se abrieron debates, se presentaron denuncias, se dictaminaron leyes, se revisaron las cuentas de ejecutivo y de los municipios; las prensa asistía a las sencillas sesiones y daba noticia de lo que ahí ocurría.

Los dirigentes del Partido estaban atentos a la evolución de las gestiones realizadas por nuestro diputado; y lo mismo ocurrió en todos los estados de la República. Parecía que habían llegado nuevos tiempos; y así era, a pesar de algunas regresiones brutales en los años ochenta.

Algo parecido, pero en mi opinión de mayores consecuencias, fue la representación proporcional en los ayuntamientos. Aquí en Durango, por ejemplo, a partir de 1980 tuvimos nuestros primeros cuatro regidores plurinominales: uno en Durango, Juan Carrillo; otro en Lerdo, Jesús Martínez; otro más en Gómez Palacio, David Arzola, y uno más en Cuencamé, doña Pepa.

Cabe recordar que eran los tiempos en que todavía no aceptábamos financiamiento público y por lo mismo, las cuotas de nuestros funcionarios de elección popular serían mucho, aunque fueran modestas, porque de verdad estábamos muy pobres en el nivel de comité estatal y mucho más en el nivel de comités municipales. Además, las pérdidas electorales, que seguían siendo abundantes, no nos dejaban en “ceros”, porque siempre había la posibilidad de conseguir 1, 2 o más regidores en cada elección municipal. En segundo lugar, el número de regidores en todo el país fue aumentando más y más, para pasar de centenares a varios miles. Había, pues, manera de encauzar las aspiraciones legítimas de muchos militantes. Tercero, teníamos por fin la fortuna de que más mujeres participaran como candidatas, ya que para muchas se volvió atractivo por no tener que alejarse de la familia durante las campañas y durante el desempeño del cargo. Finalmente, lo que me parece más importante, se estaba cerca de las decisiones ejecutivas; porque visto de manera muy crítica, ¿de qué nos servía ganar, en el mejor de los casos, los debates y discusiones, si nos aplastaban en todos los poderes legislativos, en las votaciones, las mayorías mecánicas? De hecho, las regidurías se convirtieron en escuela práctica de gobierno para personas sencillas que comenzaron a participar en las decisiones colegiadas, en las reuniones de cabildo y en la discusión y aprobación de las cuentas públicas para enviarlas luego al Congreso; aprendieron a hacer gestorías y a mantener contacto cotidiano con los medios de comunicación.

También resultó valioso para nosotros como Partido el hecho de que comenzaran a desatacar nuevas figuras políticas y, en consecuencia, posibles candidatos conocidos.

Ya para 1988 habían acaecido algunas experiencias estremecedoras. Referiré solamente unas cuantas. Para ese año ya habíamos pasado por la prolongada serie de medidas de resistencia civil, implementadas en el norte del país. El heroísmo de numerosas personas en Chihuahua, Durango y Sinaloa pusieron la muestra a otros lugares. Igualmente, las medidas de defensa se tuvieron que llevar a extremos pocas veces vistos. Los observadores internacionales fueron testigos del cinismo y la impunidad con que actuaban mapaches y alquimistas del gobierno y su partido.

Por otra parte, el PRI declinaba lenta pero constantemente. Las dificultades económicas se agravaban sexenio tras sexenio de manera recurrente y habían llegado a su tope con la mal llevada estatización de la banca y una inflación que en 1987 alcanzó su máximo de 160 por ciento, seguida del “crack” de la bolsa de valores y otros problemas como el desempleo, la corrupción y la impunidad.

Ante la candidatura de Carlos Salinas de Gortari surgieron las de Manuel Clouthier, Rosario Ibarra y la de Cuauhtémoc Cárdenas. El clima electoral ardía tras la resistencia civil. Los límites del fraude electoral eran alcanzados. En Chihuahua, los corifeos del sistema llegaron al extremo curioso de proponer el “fraude patriótico” (sic) con tal de evitar la llegada del PAN al gobierno. El proceso electoral tuvo el conocido desenlace de la caída del sistema cibernético informativo de la Secretaría de Gobernación, y se produjo un clima de asombro y desconfianza que aumentó aún más durante las reuniones del colegio electoral, cuando se volvió a ocultar la información y a negar el acceso a los paquetes electorales custodiados por el ejército en los sótanos de la Cámara de Diputados.

En consecuencia, aunque Salinas llegó a Los Pinos, su legitimidad era prácticamente de cero. El PAN declaró que ese gobierno sería para siempre ilegítimo en su origen y no le quedaba más que intentar legitimarse en el ejercicio. Y si bien Carlos Salinas lo intentó en serio, terminó por ser repudiado al final de su mandato, en especial por la crisis económica que se desataría a finales del 94, por el levantamiento en armas del EZLN en Chiapas, el asesinato del candidato del PRI Luis Donaldo Colosio, y el del secretario general del PRI, José Francisco Ruiz Massieu.

Antes de llegar al 98, año de nuestro triunfo en Aguascalientes y nuestra derrota

en Chihuahua, así como el anuncio de Vicente Fox de que buscaría la postulación de Acción Nacional y luego la presidencia de la República, habría que mencionar los años 94 y 95, que fueron muy intensos en materia política y, por ende, en la vida del Partido.

El PRI ganó con un candidato mediano como Ernesto Zedillo, pero apoyado generosamente por abundantísimos recursos económicos, así como por la gran inequidad en el acceso a los medios de comunicación electrónicos y también gracias a la promoción del voto del miedo que se expresaba de la manera siguiente: “Nosotros, o el caos”. En todo caso, Acción Nacional tuvo un gran repunte a partir de mediados de la campaña y con Diego Fernández de Cevallos, su candidato a la cabeza, consiguió más de 9 millones de votos, dejando sin oportunidad de crecimiento a Cuauhtémoc Cárdenas.

En 1995 ya se había visto venir una ola blanquiazul de gran fuerza. El PAN ganó en fila india muchas posiciones importantes: Jalisco, Guanajuato, Aguascalientes, Oaxaca, Tuxtla Gutiérrez, y otras más. Comenzó entonces a hablarse en el Partido de que el triunfo estaba virtualmente garantizado en todo el país. Pero como lo demostró el caso de Chihuahua, aún había escollos muy serios que sortear. En 1997, la izquierda repuntó fuertemente ganando la jefatura de gobierno en el Distrito Federal. Nosotros logramos ganar, no sin esfuerzo, Nuevo León y Querétaro.

En aquel entonces Carlos Castillo expresó en una conferencia de aniversario del Partido que a veces nos pasa, cuando vamos en la cresta de una pequeña ola, sentirnos protagonistas y hasta llegamos a pensar, gracias a nuestra pequeña ola, que nosotros somos los que movemos el océano y hasta los que producimos los tifones en China y los huracanes en el Caribe. Pero “cuando recibimos de arriba la orden que no se discute, dejamos de ser cresta de ola y volvemos a ser simplemente gota de mar”, ustedes saben por qué lo digo.

Comencé esta conferencia haciendo un recuerdo de quienes ya se marcharon; justo es que la termine teniendo la mirada hacia los nuevos horizontes y hacia quienes en el futuro tendrán la responsabilidad de seguir moviendo las almas y las voluntades hacia el Bien común, los que tendrán que librar las nuevas batallas, que en su momento serán memorables como inicio de lo que sigue: la brega de eternidad en su segunda etapa.

Muchas gracias.

Santo Tomás Moro, patrono de los políticos

Como una muestra de afecto, aprecio y estímulo hacia los políticos católicos de todo el mundo, Su Santidad Juan Pablo II designó a Santo Tomás Moro como santo patrono de quienes se dedican –especialmente de quienes lo hacen de manera profesional– a tan comprometida e importante tarea.

Tal nombramiento, efectuado durante las múltiples actividades, reuniones, congresos y peregrinaciones a Roma con motivo del año jubilar del 2000, ha desatado una ola de beneplácito en la mayoría de políticos creyentes, algunas críticas entre los otros y muchos comentarios de todos. Es natural. En nuestro medio la primera pregunta que surge es: ¿acaso ha existido un político capaz de llegar a la santidad?, ¿puede ser tan virtuoso un hombre dedicado a seguir los consejos de Nicolás Maquiavelo y del cardenal Mazarino?; o, para no poner ejemplos tan extremos si, como se dice, la política es “sucia por naturaleza”, llena de pasiones e intrigas, realismo descarnado, fuerzas desatadas en torno a la consecución y conservación del poder, labor a cargo de “lobos” y “tiburones” poco escrupulosos, ¿en dónde ha encontrado Juan Pablo II a alguien que, según la ética cristiana, haya llegado a los altares como ejemplo?

* Texto publicado en la revista *Palabra*, año 14, núm. 56 / 57, abril-junio y julio-septiembre de 2001.

Otras preguntas que se han estado formulando son: ¿qué propósito persigue Su Santidad al realizar tal acción?, ¿es un nuevo desafío lanzado a los católicos que trabajan en la política? En tercer lugar, ¿tiene algún significado especial haberlo hecho al comenzar el nuevo siglo y el nuevo milenio?

Otra serie de preguntas brotan en torno de este singular santo: ¿quién fue Tomás Moro?, ¿qué hizo?, ¿cuál es su importancia para nosotros?

Vayamos por partes. El primer serial de cuestionamientos se origina en la experiencia mexicana de muchos años, que hace colocar a la profesión política entre las menos apreciadas por la población. La vinculación políticos-corrupción está suficientemente documentada como para hacerse ilusiones. La generalización es casi automática y se expresa en aquello de que “el poder corrompe”; expresión que tiene las conocidas modulaciones de “el no-poder también corrompe”, así como su contraparte “pero el poder absoluto corrompe en forma absolutamente”, según se esté en el poder o en la oposición. En todo caso, para la gran mayoría de ciudadanos el paso de la premisa “la política es sucia”, a la conclusión “todos los políticos son corruptos”, es un paso corto. Dadas las condiciones de nuestro medio político mexicano y de otros, donde los escándalos son cotidianos, no es fácil luchar para revertir esa percepción.

Asimismo, es necesario advertir que en las nuevas condiciones en que se da a política en México, cuando se están buscando con bastante seriedad cambios sociales importantes, un ejemplo como el de Tomás Moro, Lord Canciller de Inglaterra, puede alentar al menos a los políticos de raigambre cristiana para conservar altas las miras de su actuación.

“Tal vez si Tomás Moro no hubiese sido mártir, nadie o muy pocos lo recordarían hoy, a pesar de que la palabra “utopía” fue invención suya y a pesar de que fue un humanista muy notable. Pero justamente con esto, Tomás Moro fue un héroe de la fe católica contra las usurpaciones de los derechos del Papa y supo morir antes que doblegarse al capricho de un rey soberbio que exigía de sus vasallos el reconocimiento de su poder supremo en materia de religión, como “Cabeza de la Iglesia de Inglaterra”, valora Carlos de María y Campos.¹

¹ Carlos de María y Campos, Anotaciones, en *Santo Tomás Moro*. Colecciones de vidas ejemplares.

En los días en que Cristóbal Colón y su tripulación ponían la planta del pie en la costa de la isla de Guaraní, en América, un joven inglés cumplía sus deberes de estudiante. Tenía 14 años, era hijo de un hombre de leyes, John More, y de su esposa Agnes Granger; el joven le seguía los pasos a su padre poco a poco. De él había aprendido las actitudes fundamentales sobre la vida. Lo estimaba cortés, afable, inocente, gentil, compasivo, justo e incorrupto; el nombre del estudiante: Tomás Moro.

Huérfano de madre a sus cinco años, Tomás vivió prácticamente su infancia y juventud bajo la tutela de tres madrastras sucesivas. Se inició en estudio del *Trivium*, base de la educación en la Edad Media y que incluía los rudimentos de la gramática latina, la lógica y la destreza en el debate (retórica). Su padre lo colocó desde temprano bajo la tutela del Cardenal Morton, que además era Arzobispo de Canterbury y Lord Canciller. Éste le abrió las puertas de la Universidad de Oxford, en donde fue completando su formación con el *Quadrivium*, que comprendía la aritmética, la música, la geometría y la astronomía. Muchos se pregunta por qué interrumpió este hombre singular sus estudios de humanidades. Después de dos años en Oxford, parece ser que su padre lo alejó de los estudios “propios de clérigos” y lo condujo a estudiar Derecho, lo que podría proporcionarle, como a él mismo, una posición más estable.

Este hombre singular era también un auténtico hijo de su tiempo. Un poco menor de edad que Martín Lutero o el humanista genial del Renacimiento a quien había decidido tomar como modelo, Pico de la Mirandola, Tomás era amigo personal y cercano de Erasmo de Rotterdam, a quien trató y estimó mucho; amigo también del pintor suizo Hans Holbein, e incluso, mientras la vida no los distanció, del rey Enrique VIII, con quien la historia lo habría de vincular fuertemente.

Es hacia el final de sus estudios de Derecho en Londres que aparece Erasmo de Rotterdam (1465-1536) de forma inesperada y providencial en la vida de Moro. Se conocieron en aquella ciudad en el verano de 1499; el encuentro sería decisivo para ambos. Moro tenía 22 años y Erasmo 33. Se dice que en su primer encuentro los dos hombres conversaron en latín durante algún tiempo y que Erasmo exclamó: “Entonces, o sois Moro o no sois nadie”. A lo que éste replicó: “Y tú eres Dios, el diablo o Erasmo”. Puede ser leyenda, pero es cierto que nació una amistad que duraría toda la vida.

Erasmus hizo de Inglaterra su “segunda patria”, y de la casa de Moro, su hogar; Moro sería su anfitrión y su casa un centro de estudio. Desde aquí irradiaría la obra de ambos por toda Inglaterra y por toda Europa. Una divina locura se apoderó de ellos, dispuestos como estaban a transformar el mundo y a renovar la Iglesia. “Nosotros dos –diría Moro más tarde– somos una muchedumbre”. Sin embargo, a pasar de los proyectos, a partir de 1501 Moro “se entregó a la devoción y la oración en la Cartuja de Londres, en la que vivió sin votos, religiosamente, unos cuatro años”, según confiesa su yerno Roper. Todas las personas y testigos del entorno de Moro acusan la crisis sufrida por él.

Luego, al inclinarse por la vida en el mundo, Moro decidió ponerse ante los ojos el ejemplo de algún seglar famoso que facilitara un modelo a su vida; hizo pasar por su mente a todos los personajes de su época que, en la nación o en el extranjero, gozaban de reputación por su ciencia y por su piedad, hasta que finalmente se detuvo en Giovanni Pico, Conde de la Mirandola (1464-1493), renombrado en toda Europa a causa de su sabiduría enciclopédica y no menos estimado por su santidad de vida. Pico había escrito el *Discurso sobre la dignidad del hombre*, el manifiesto del humanismo cristiano.

Los dos libros que mejor resumen la actividad y los propósitos de Moro y Erasmo en el máximo momento de su creación literaria y dentro del movimiento humanista son el *Elogio de la locura* (1511) de Erasmo y *Utopía* (1516) de Moro. Uno y otro libros son la flor de este periodo de entusiasmo, de esperanza, de embriagada inteligencia que va desde 1500 a 1520, lapso en el que se daba la batalla contra la ignorancia, la superstición, el materialismo, las opresiones, la política de ambición de los príncipes, la guerra, la desproporción de las fortunas, la miseria y la suciedad.

La trama de *Utopía* es bastante conocida; pero digamos aquí, al menos, que utopía, palabra inventada por Moro, representa lo mejor que se pudiera imaginar bajo la ley natural, sin la gracia de la Revelación cristiana. El significado le viene del mismo título: *La mejor forma de comunidad política y la nueva isla de Utopía*.

El pensamiento subyacente en toda *Utopía* es éste: “Al hacer esto y aquello los utopianos siguen la razón, y sin embargo, nosotros, los cristianos de Europa...” Las virtudes de la pagana utopía ponen de relieve los vicios, pero las virtudes naturales no pueden suplir a la fe, a la esperanza y a la caridad cristianas. Recuérdese que una de

las preocupaciones de Moro en el momento en que escribió la obra fue educar a los cristianos; Utopía es un espejo donde mirarse.

Toda la biografía del hoy santo, toma como base la primera y más original de ellas: la escrita por su yerno y discípulo, William Roper, casado con su hija Margarita, la debilidad de Sir Thomas. Tal biografía fue admirablemente traducida al francés por Pierre Leyris, en su obra *Ecrits de Prison*, en 1953.²

Pero hay que recordar que la biografía moderna clásica de Moro es la de R.W. Chambers, *Saint Thomas More*, publicada en 1935, año de su canonización.

Para entender mejor la situación histórica de las decisiones morales de Santo Tomás Moro, es conveniente repasar su relación con Enrique VIII y el Cisma de Inglaterra.

Al comenzar el siglo XVI, Inglaterra era uno de los países más católicos de Europa y su rey, Enrique VIII (1509-1547), creyente sincero y aun piadoso, escribió un libro contra Lutero que le granjeó del Papa el título de Defensor de la Fe. La ruptura con la Iglesia católica tuvo su origen en un incidente hasta cierto punto sin importancia, como fue el empeño apasionado del monarca por obtener la nulidad de su matrimonio con Catalina de Aragón.

El rey de Inglaterra estaba casado con Catalina, hija de los reyes católicos de España. Siendo muy niña fue dada en matrimonio al heredero de Inglaterra, Arturo, quien era también casi un niño. Arturo murió pronto y entonces su padre pidió y obtuvo dispensa para que Catalina se casara con Enrique, hermano del difunto, a quien pasaba el derecho al trono inglés.

Enrique y Catalina no vieron más que una hija con vida: todos sus hijos murieron al nacer. Esta hija se llamaba María Tudor. Pero el rey Enrique, infiel a sus deberes conyugales, se enamoró de una dama de honor de la reina, llamada Ana Bolena. De ahí nació el empeño de Enrique VIII en conseguir que su matrimonio con Catalina fuese declarado nulo. Se hicieron toda clase de gestiones para obtener la declaración, pero el Papa, habiendo mandado que se le remitiera todo el expediente, prohibió, finalmente, que Enrique contrajera nuevas nupcias mientras no se decidiera su caso.

Enrique, en tanto, había puesto toda su confianza en Tomás Cromwell, cuyos consejos terminaron por impulsarlo a romper con el Papa, como acababan de hacerlo varios príncipes alemanes.

² Pierre Leyris, *Ecrits de Prison*, 1953, a la que siguieron los trabajos Biográficos de Germain Mar Hadour en 1971.

En febrero de 1531, Enrique consiguió que el clero lo proclamara “Suprema Cabeza de la Iglesia en Inglaterra”, con la única salvedad de “en cuanto lo permitiera la Ley de Cristo”, insinuada por el Arzobispo de Canterbury, llamado Warham. Entonces Tomás Moro era canciller y renunció a su puesto.

Poco después, Tomás Cranmer, servidor de la Bolena y luterano oculto, logró ganarse el corazón del rey, quien lo propuso para Arzobispo sucesor de Warham. El Papa creyó conveniente acceder y Cranmer, una vez colocado en la sede primaria, extremó su abyección hasta suplicar al rey que lo declarara único juez competente, y en mayo de 1533 declaró solemnemente que era nulo el matrimonio de Enrique y Catalina. Ana dio al rey una hija: la famosísima reina Isabel.

El Papa declaró válido el matrimonio con Catalina y excomulgó al rey, pero éste forzó al parlamento a votar el “Acta de Supremacía”, en la cual se reconocía a Enrique como depositario de todo poder temporal y espiritual en el reino. No aceptar esta supremacía, o la legitimidad del matrimonio con Ana, fue declarado crimen de lesa majestad.

Desgraciadamente casi nadie protestó contra esa usurpación hecha por el rey y entre las contadísimas personas que lo hicieron se encuentran: el obispo de Rochester, Juan Fisher y el excanciller Tomás Moro, 18 cartujos y algunos sacerdotes más que murieron en el patíbulo.

Después, aconsejado por Cromwell y por Cranmer, el rey incautó los bienes de la Iglesia y se convirtió en un tirano sanguinario; se calculan en cincuenta mil las víctimas ahorcadas, decapitadas o descuartizadas so pretexto de traición al rey. Su vida matrimonial fue también un escándalo perenne; en 1536 hizo decapitar a Ana Bolena y se caso con Juana Seymour, quien murió pronto dejando un heredero varón, Eduardo. Después de casó con Ana de Cleves, a quien repudió al poco tiempo, y tomó por esposa a Catalina Howard, decapitada después por su orden. Su última mujer, Catalina Parr, se libró de morir como las anteriores porque Enrique la precedió bajando a la tumba en 1547.

Santo Tomás Moro, el abogado católico, fue canonizado como mártir.

El legado de un humanista mártir

Como atestigua el drama más o menos shakesperiano titulado *Enrique VIII*, no solamente durante el breve retorno de Inglaterra al catolicismo con María Tudor, sino también en el reinado de Isabel y de sus sucesores, anglicanos y católicos y católicos consideraron a Moro como dechado de jurista integérrimo, de juez incorruptible, de consejero real capaz de combinar, incluso con un Enrique VIII, la fidelidad más absoluta con la franqueza más intransigente.

“Los puritanos del siglo XVII, y sobre todo Fox en su *Libro de los Mártires*, fueron los primeros que, por el contrario, describieron a Moro, en sus tiempos de Canciller, como torturador de los más evangélicos pioneros del protestantismo en Inglaterra”, dice Louis Bouyer.³ Desde entonces no faltaron respuestas razonadas que obligaron al mismo Fox a suprimir, en las últimas ediciones de su libro, muchos hechos presentados inicialmente como ciertos. No obstante, en el siglo XIX, los grandes historiadores liberales, desde el incrédulo Froude hasta el católico Lord Acton, volverían a renovar esa acusación. La gran biografía de Chambers parecía haberla disipado, al dejar comprobada la exactitud de la afirmación de Erasmo según la cual “nadie en Inglaterra había sufrido realmente por la fe protestante durante el tiempo en que Moro ocupó la cancillería”.

“En estos últimos años parecía que la canonización de Moro y de Fisher había restablecido la unanimidad entre los ingleses. Los católicos reconocían en la persona de Moro a un santo; los mismos protestantes a un héroe de la conciencia y de la fe, y los juristas y políticos, cualquiera que fuese su creencia o increencia, a uno de los mayores representantes de las tradiciones tanto jurídicas como políticas, de las que Inglaterra se siente orgullosa con todo derecho. Como testimonios de esa unanimidad se podría aducir el volumen en colaboración, editado por el vicario anglicano de la iglesia de Chelsea, que fue la parroquia de Moro, sobre este feligrés de talla evidentemente un tanto excepcional. Más aún: un escritor, perteneciente al protestantismo llamado no-conformista, le dedicaba no hace mucho una biografía popular no menos elogiosa. Sin

³ Louis Bouyer, *Tomás Moro. Humanista y Mártir*.

embargo, una obra reciente ha tratado de denunciar este acuerdo, exaltando a Wolsey como el hombre de Estado abierto al cambio, si lo hubo en esa época, y rebajando a Moro al nivel de “un simple fanático empeñado en mantener a toda costa, adulando al soberano, una imposible supervivencia del catolicismo medieval”. Ha habido diversas respuestas.

En cambio, sobre la libertad de conciencia no podría hallarse en la historia de ninguna época postura más firme y clara que la suya. Hablar de conciencia individual y de inalienable libertad, no significa de ningún modo que esté permitido tomar caprichosamente cualquier decisión, sino más bien la aptitud y obligación de buscar la verdad en cualquier asunto, según los medios de que se disponga, con la reserva de callar y retirarse cuando, después de todo, uno cree no poder aprobar la actitud de la autoridad que se insiste en considerar como legítima.

Sabido es cómo Newman no se mostraba dispuesto a contraponer como único soberano ni a la conciencia del Papa, ni al Papa contra la conciencia, sino a la conciencia primero y al Papa después. Nada podría expresar mejor el fondo de la propia posición de Moro.

Y por eso fue al suplicio sin hacer concesiones, cuando le hubiera bastado aceptar un compromiso equívoco, que todo mundo esperaba de él, para hallarse de nuevo en el *oïtum cum dignitate*.

Su visión de la vida y toda su existencia tienden esencialmente a demostrar, de una manera progresiva y sobre todo por el final que tuvo, que la cruz de Cristo no significa disminución de lo humano sino la posibilidad concreta y definitiva de conseguir, después de pagar el precio necesario, la vida verdadera, es decir, la vida del hijo de Dios en Jesucristo, y esa vida de plenitud.

Desde esta perspectiva, son en él una misma cosa el jurista profesional, el hombre de Estado, el padre de familia, el amigo, el pensador, el contemplativo, el mártir, en fin, así como el hombre de cada día, hombre de corazón si los hubo, con su perspicacia, su sensibilidad, su generosidad, sobre todo su humor que pone cada cosa en su sitio, apartando con dulzura y a la vez con firmeza toda falsa apariencia.

Lo que sucedió, por consiguiente, en el caso de Tomás Moro, no es algo extraño: es la verificación del adagio de San Agustín: *Veritas magna et prevalet*, “la verdad es grande y sale vencedora”.

Bibliografía

- Santidrián, Pedro R. *Vida de Santo Tomás Moro*, editorial San Pablo, 1997.
- *Un hombre para todas las horas*. La correspondencia de Tomás Moro (1499-1534)
- Vázquez de Prada, Andrés. *Sir Tomás Moro. Lord Canciller de Inglaterra*. Madrid, Ediciones RIALP, 1999.

Verdad y valores en el ejercicio del poder

Muchas personas tenemos asimilado que más allá de las innumerables definiciones que admite la actividad política, que realiza la persona humana en sociedad, postulamos que esa actividad es la gestión del Bien común, la generación de las condiciones económicas, sociales, políticas y culturales que optimizan las posibilidades de desarrollo integral de las personas. Y también que si el fin fuese otro, entonces no serviría, sería una obra vacía y sin utilidad alguna; sería nada.

Pero resulta que no nos movemos en un mundo ideal y las utopías pasan una tras otra ante nosotros, como espejismos en el desierto, como ejercicios de la razón derrotados sistemáticamente por la realidad del mundo. Y dentro de ello, lo antitético de la naturaleza sujeta a pasiones muy poderosas que nos recuerdan aquello de San Pablo: “Veo el bien y sin embargo obro el mal”.

Por otra parte, viendo con ojo agudo los avances de la posmodernidad y un relativismo que amenaza con convertirse, de manera paradójica, en absoluto, la demolición de valores, la globalización de la mediocridad, me pregunto cómo fue que lograron los maestros que nos educaron hace treinta o cuarenta años formarnos en valores. Se puede

* Texto publicado en la revista *Palabra*, año 16, número 65, julio-septiembre de 2003.

decir, según el ensayo de Alberto Ling sobre lo que sigue a la posmodernidad: “no es que las brújulas no funcionen, sino que han desmantelado el Norte”.

En su tiempo, el jurista austríaco Hans Kelsen y Richard Rorty hicieron entradas vigorosas, casi de golpe, al relativismo.

En el momento en que se vacía a la democracia de todo contenido axiológico –como se lee en el ensayo kelseniano sobre el juicio de Jesús ante Pilato, cuando éste pregunta a aquél ¿qué es la verdad? No tiene que esperar respuesta alguna; en los Evangelios no aparece y en consecuencia Pilato entrega al justo a las furiosas mayorías para ser crucificado–, en pleno relativismo, en donde coexisten tu verdad con mi verdad y la verdad individual de los demás, no hay necesidad de esperar respuesta alguna porque ahí están las mayorías –que muchas veces son simples muchedumbres vociferantes–, quienes decidirán cuál verdad individual o grupal debe ser sacrificada.

Después de haber desmantelado el polo, hace su inevitable mutis del escenario, la ética, matrona austera, regañona y siempre vestida de negro; mientras de una cueva lateral surge en color morado la flacucha esquelética: la moral. Y todo ello en el trasfondo iluminado en azul por la diosa razón, tan prolífica en crear monstruos. Y uno se pregunta en consecuencia: ¿de qué lado estuvo todo este tiempo la luz de la razón? ¿Del lado del humanista Erasmo de Rotterdam y su entrañable amigo Santo Tomás Moro, o del príncipe ilustrado y rey defensor del Papa en su primera etapa de reinado en Inglaterra, Enrique VIII, quien habría de transformarse en alguien que terminó degollando a 80 mil católicos en nombre de la razón y de la ley? ¿De qué lado situarse entre el iluminado y apasionado rey y el moralista utópico, cuya cabeza rueda después de haber subido al cadalso y haber perdonado a su verdug, como firma de que hay motivos y valores superiores como para dar la vida?

Más bien, piensa Rorty, la frivolidad y la broma deben acompañar a la democracia, no “ese par de anoréxicas”, la ética y la moral. Y en ese teatro donde desfilan pueblos, razas, ideas, escuelas filosóficas, revoluciones y movimientos políticos, en donde todo tiene derecho y revés, como monedas y medallas y como el día y la noche. Por ejemplo, algo que puede ser visto como una amenaza potencial –a veces muy fuerte– es la consciencia de la propia identidad. ¿De dónde proviene el temor a que las personas tomen

consciencia de que son como son en cuanto a raza, creencias y cultura?, ¿por qué temer a que las personas quieran ser lo que son? El intento de conservar la identidad propia conlleva el combate de la identidad de los demás. Y nace el odio al diferente. Para no mencionar algunas antinomias muy conocidas que han producido baños de sangre.

Aclaremos, de paso, cómo la identidad acendradamente cultivada, tanto de palestinos como de israelitas, ha producido una roca que no cede ante nada y nadie ha descubierto hasta ahora el “ábrete sésamo” de la intransigencia. Y sin embargo, cuando uno vuelve a pensar lo que significa en nuestros días la reconciliación franco alemana, casi inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, se inclina a creer que aún las rocas de los agravios y enconos más dolorosos entre pueblos pueden volverse –ojala que para siempre– polvo que se volvió simplemente una mala sombra histórica.

Por otra parte, si se habla de compromiso serio con valores, la democracia se pondría delante de la filosofía y entonces se obligaría a renunciar a los valores. “La artificiosa enemistad entre moral y democracia descansa en un profundo desconocimiento de la esencia de la ética, que es la forma genuinamente humana de habérselas con el tiempo. El hombre es ético porque es constitutivamente temporal. Y contemplada como singularidad impar de la existencia temporal, la ética es el modo humano de ganar tiempo. Vivir éticamente significa sentirse calurosamente invitado a no retrasar de manera innecesaria la tarea de llegar a ser lo que somos, a no dejarlo pasar lerdamente –actitud que suele ir acompañada del deseo banal de recuperarlo–, a no gastarlo en cosas inútiles para realizar la gran faena de la existencia”.

La eticidad humana convierte al hombre en un ser abierto a amplísimas posibilidades. Lo bueno, el valor en general, es un horizonte de incondicionalidad. De otra manera, en el relativismo, cualquier programa de entendimiento ecuménico resulta irrealizable cuando se ignora la perspectiva incondicional de lo bueno.

La crítica contundente de Alexander Solshenitzin y de Andrei Sajarov acerca de la responsabilidad moral del mundo occidental, acerca del vaciamiento de valores humanos, se vuelve dramática una vez que la monopolaridad hegemónica ha quedado manifiesta y esa responsabilidad se vuelve inexcusable.

Dice Joseph Ratzinger en su pequeño libro *Verdad, valores, poder*, acerca de los

entrelazamientos entre la libertad y la autoridad: ¿puede operar correctamente la libertad del hombre sin la guía de la autoridad moral y sin dogma enseñado o fe? He ahí una de las cuestiones más abstrusas y difíciles de discernir.

Y se ha vuelto recurrente el debate acerca de la función o misión de las iglesias y su intervención y opinión política, lo más lejos posible de los compromisos ideológicos de los partidos y del poder mismo, tan llenos de vericuetos y de acciones que no muchas de ellas pueden calificarse de blancas; abundan también los tonos grises y oscuros. Pero para la democracia –aún contaminada de relativismo posmoderno–, está de por medio la verdad. No puede dejarse de lado por ello la función de las iglesias cristianas en el mundo de hoy. Está de conformidad con la esencia de la Iglesia mantenerse separada del Estado, claramente separada del Estado; pero también que éste no pretenda imponer la fe, que debe descansar en convicciones libres. Sobre este punto existen palabras de Orígenes a las que por desgracia no siempre se ha hecho demasiado caso. “Cristo no vence al que no se quiere dejar vencer: Él vence sólo por convicción. Él es la Palabra de Dios”. No es propio de la Iglesia ser Estado o una parte del Estado, sino una comunidad de convicciones. Pero también es propio de ella reconocer que tiene responsabilidad en todo y no puede limitarse a sí misma. En uso de su libertad, debo participar en la libertad de todos para que las fuerzas morales de la historia continúen siendo fuerzas morales del presente y para que surja con fuerza renovada aquella evidencia de los valores sin la que no es posible la libertad común.

Junto con algunos conocedores de la Doctrina Social Cristiana, me permito introducir en el escenario, ya de por sí complejo, un par de valores íntimamente vinculados y que también resulta un par discutido y combatido de mil modos –uno de los más recientes, es que tal verdad depende de si hay petróleo o armas de destrucción masiva en el campo llamado enemigo–. La afirmación puede formularse así: “Si quieres la paz, respeta la conciencia de cada hombre”.

El problema de la conciencia se ha convertido actualmente, sobre todo en el ámbito de la Teología moral católica, en un punto esencial de la moral y el conocimiento moral. La disputa gira en torno a los conceptos “libertad” y “norma”; “autonomía” y “heteronomía”; “autodeterminación” y “heterodeterminación” por la autoridad. La

conciencia aparece en todo ello como el baluarte de la libertad frente a las constricciones de la existencia causadas por la autoridad. En la controversia se contraponen dos concepciones de lo católico; un entendimiento renovado de su esencia, que despliega la fe cristiana desde el fondo de la libertad y como principio de la libertad, y un anticuado modelo “preconciliar”, que subordina la existencia cristiana a la autoridad, la cual regula la vida hasta en sus más íntimos recintos, tratando de mantener su poder sobre los hombres. De ese modo, la moral de la conciencia y la moral de la autoridad parecen enfrentarse como dos morales contrapuestas en lucha recíproca. La libertad del hombre quedaría a salvo gracias a la proposición original de la tradición moral: la conciencia es la norma suprema que el hombre ha de seguir incluso contra la autoridad. Cuando la autoridad, en este caso el Magisterio de la Iglesia, hable sobre problemas de moral, podrá suministrar el material a la conciencia que se reserva siempre la última palabra, para que forme su propio juicio. La concepción de la conciencia como instancia última es recogida por algunos autores en la fórmula “la conciencia es infalible”.

Esta idea puede despertar oposición. Es incuestionable que debemos seguir siempre el veredicto evidente de la conciencia, al menos no contravenirlo al obrar. Cosa muy distinta es saber si el fallo de la conciencia o lo que consideramos como tal, tiene razón siempre, si es infalible. Decir que lo es significaría tanto como establecer que no hay verdad alguna, al menos en asuntos de moral y religión, es decir, en ese ámbito que constituye el fundamento de nuestra existencia. Como los juicios de conciencia se contradicen unos a otros, sólo habría una verdad de cada quien –del sujeto– que se reduciría a su veracidad. Ninguna puerta ni ventana permitiría pasar del sujeto al todo y a lo común. Quien piense esta tesis hasta sus últimas consecuencias, llegará a la conclusión de que de ese modo no existe tampoco verdadera libertad y que los pretendidos dictámenes de la conciencia son sólo reflejos de hechos sociales previos. Esta conclusión debería llevar, por su parte, a la idea de que tiene algún sentido la confrontación entre libertad y autoridad, de que debe haber algo más profundo –aun para la libertad, y con ella el ser humano–.

Consideraciones similares se pueden hacer y muy largas, acerca de la conciencia, aun la errónea, que al final de cuentas puede ser utilizada y se utiliza como parapeto

de decisiones supuestamente últimas e inapelables, como pararrayos contra cualquier sentimiento de culpa. El psicólogo Alberto Görres tiene al respecto algunas cortas pero brillantes páginas. Indica que el sentimiento de culpabilidad o capacidad para sentir culpa, pertenece de forma esencial al patrimonio anímico del hombre. El sentimiento de culpa, que rompe la falsa tranquilidad de la conciencia —y que puede denominarse petición de palabra por parte de la conciencia contra la existencia autocomplacida—, es una señal tan necesaria para el hombre como el dolor corporal, el cual permite conocer la alteración de las funciones vitales normales. Quien no es capaz de sentir culpa está espiritualmente enfermo, es un cadáver viviente, una “máscara del carácter”. “Las bestias y los monstruos carecen de sentimientos de culpa”; y afirma el autor en otra parte: “tal vez Himmler o Stalin no los tuvieran, o también los patrones de la mafia. Pero lo que tal vez ocurra es que sus cadáveres morales están muy en el fondo de los sótanos. También lo están los rechazados sentimientos de culpa... Todos los hombres necesitan una sensibilidad de la culpa”.

Ahora podemos decir: ya no es posible identificar la conciencia humana con la autoconciencia del yo, con la certeza subjetiva de sí y del propio comportamiento moral. Esta conciencia puede ser un mero reflejo del entorno social y de las opiniones difundidas en él; otras veces puede estar relacionada con una pobreza autocrítica, con no escuchar suficientemente la profundidad del alma.

Tal vez por ello, desde el Antiguo Testamento ya se decía, con profunda sabiduría humana: “¿Quién será capaz de reconocer los deslices?” Negarse a ver la culpa, el enmudecimiento de la conciencia en tantas cosas, es una enfermedad del alma, más peligrosa que la culpa reconocida como culpa. En este último caso, el camino puede llegar a la reconciliación porque, como decía Carlos Castillo Peraza: “el único acto verdaderamente fundacional, porque todos tenemos necesidad de ser perdonados”. Recordemos, como ejemplo, la parábola del fariseo y el publicano. Y esto es válido no sólo para las relaciones interpersonales, sino también para las complejas relaciones sociales y políticas.

A la luz de este razonamiento, me permito insistir en el asunto de la reconciliación entre franceses y alemanes, cuyo beneficio mínimo es haber producido una paz que ha

durado ya 60 años, y una colaboración entre ambas naciones que produce frutos desde hace 10 años.

Hace pocas semanas, hablando con un grupo de empresarios franceses, con edades entre los cincuenta y sesenta años, me decían que tal vez ellos serán la primera generación en mucho tiempo que pueda vivir su vida completa sin entrar en guerra, especialmente porque, narraban, sus bisabuelos habían luchado en la guerra franco-prusiana de 1870; sus abuelos, en la Primera Guerra Mundial; y sus padres en la Segunda Guerra Mundial, justamente contra los alemanes, quienes a su vez tienen historias parecidas que contar.

Pero es necesario que la reconciliación tenga como base que, con plena conciencia, se reconozca como verdad la necesidad de perdonar y ser perdonados. Por supuesto que en la conciencia colectiva de francos y germanos existieron –y aún hoy existen, aunque cada vez menos– las naturales reticencias para dar ese paso. Podría decirse, sin temor a equivocarse, que si la decisión de iniciar la etapa nueva hubiera sido sometida al plebiscito, se hubiera rechazado ampliamente en ambos lados del Rhin. Tuvo que ser necesariamente, en un principio, un asunto de muy pocas personas con gran calidad moral y estatura política para iniciarlo poco a poco; y dando aquel histórico paso de establecer la comunidad europea del carbón y del acero, que liquidó la inmemorial disputa por el territorio del Sarre, y luego el inicio de la comunidad económica del llamado Benelux de Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Y así seguir creciendo para formar en poco tiempo, a escala histórica, una especie de Federación Europea, cuya constitución está en trance de elaboración en estos tiempos.

Por lo tanto, sigue siendo verdad que lo más poderoso que hay en el mundo, como dice el filósofo, es una idea a la que le llega su tiempo. Y así es como la verdad, la conciencia, la justicia, la libertad, la autoridad y otros valores, juegan, un papel de primerísima importancia en el ejercicio del poder; y ello no debe ser perdido de vista por nuestros políticos ni por nadie.

No sería inútil hacer un ejercicio de reflexión acerca de los eventos o situaciones de primera magnitud en el mundo en las últimas décadas y tratar de verificar sus efectos en las naciones que constituyeron, hasta principios de los noventa, los sistemas de poder y modelos económicos y culturales más importantes.

Quien haya tenido oportunidad de viajar recientemente por el Este de Europa y parte de Asia, puede informarnos de los enormes derrumbes de construcciones sociales que parecían ser el destino final de la humanidad en marcha; por ejemplo, aquello de la Sociedad sin Clases. Un buen amigo ruso me dijo hace poco que tendrían que volver a edificar prácticamente todas las viviendas colectivas de Moscú y otros lugares, porque ahora ni siquiera se sabe quién debe dar el mantenimiento, ni si hay propiedad privada, ni si existen responsables de los servicios, amén de la mala calidad de la construcción y el tamaño de las viviendas que ya no satisface a los cada vez más exigentes moscovitas. Y explicaba: “cuando se caen las ideologías, se derrumban también los edificios”. Y no lo afirmaba un ideólogo, sino un urbanista.

Pero lo anterior no es más que el reflejo de fenómenos más profundos; lo que ha aparecido en la Europa del Este después del hundimiento de los sistemas marxistas confirma este diagnóstico. Los espíritus más claros y despiertos de los pueblos liberados hablan de un inmenso abandono moral, producido tras muchos años de degradación espiritual y de un embotamiento del sentido moral, cuya pérdida y los peligros que entraña pesarían aún más que los daños económicos que produjo. El nuevo patriarca de Moscú lo puso enérgicamente de manifiesto al comienzo de su actividad, en el verano de 1990: Las facultades perceptivas de hombre que viven en un sistema de engaño se nublan ineludiblemente. La sociedad pierde la capacidad de misericordia y los sentimientos humanos desaparecen. Una o varias generaciones enteras estarían perdidas para el bien y las obras humanitarias. “Tenemos que conducir de nuevo a la humanidad a los valores morales eternos”, es decir, desarrollar de nuevo el oído casi extinguido para escuchar el consejo de Dios en el corazón del hombre. El error, la conciencia errónea, son cómodos sólo en un primer momento. Después, el enmudecimiento de la conciencia se convierte en deshumanización del mundo y en peligro moral si no se reacciona contra ellos.

Y resulta ocioso que el liberalismo, la ideología contraria y “triumfante”, se jacte de su triunfo. La monopolaridad y el imperio incontrastable, basado en la ley del mercado, se ha ido encargando, a veces sin darse cuenta, de hacer polvo a su clientela. Y uno se ve obligado a preguntarse si la falta de verdad y de valores en las edificaciones

doctrinales ideológicas del capitalismo y del comunismo conducen o no a cosas bastante semejantes: pobreza e injusticia crecientes.

El dogma de la diosa razón, adorada incluso en templos newtonianos, que produjo el siglo de las luces, después de haber dismantelado durante el Renacimiento, se dice los oscuros dogmas, formas sociales, fanatismos y etc., de la Edad Media, produjo también errores en el concepto del ser humano, como individuo autónomo, no vinculado con los demás hombres, sin solidaridad alguna para con ellos y, por supuesto, teniendo lejos del camino del “orden y el progreso” a Dios, como en el México mismo de mediados del siglo XIX en adelante.

Resulta cierto que la humanidad, para vivir en sociedad, necesita el reconocimiento generalizado de que la verdad existe, pero tenemos que buscarla entre todos y el instrumento humano adecuado para hacerlo es la razón. Sólo debido al dismantelamiento de los puntos de orientación, una constelación de valores como la vida en primer término, la libertad, la justicia, la solidaridad auténtica con el prójimo; todo un programa sensato de gobierno puede desarrollarse sobre estos empolvados valores.

Un buen ejemplo de ello es la revolución mediática y consideremos si los seres humanos de hoy en día, especialmente los jóvenes, se sentirían desvalidos para comunicarse sin los prodigiosos y potentes teléfonos celulares, que igualmente funcionan lo mismo dentro de la misma cuadra que de continente a continente. La trivialidad por razones de comercialización no les quita la utilidad sobre todo a los “móviles” que pueden transmitir y procesar vía internet no sólo signos o voz, sino también imágenes fotográficas listas para entrar en el disco duro de alguna computadora lejana.

Como se ve, el impacto sobre la vida y los valores que se tenían antes de los años sesenta a sesenta y cinco no es cosa menor. La perspectiva del mundo y del ser humano cambian con velocidad y profundidad suficientes como para llevar a reconsiderar los principios de doctrina en Acción Nacional, que se actualizó antes que nadie, al realizar con aceptable éxito la Proyección de sus principios de doctrina en septiembre de 2002. Y es que la influencia sobre la educación y la mercadotecnia electoral ha llevado a considerar, erróneamente, que esa técnica del mercadeo electoral era infalible y todopoderosa. Y no es así. Todos los partidos, y en especial Acción Nacional, vimos que

miles de millones de pesos invertidos en promover mediáticamente a sus candidatos fueron insuficientes para llevar a las urnas a electores poco interesados. Que nos sirva de ejemplo y de experiencia ya que nos costó, como partido que se dice en el poder, una dolorosa derrota.

Los seres humanos hemos inventado artes, artefactos y productos de gran utilidad para la vida como la conocemos en la actualidad. Al pasar a otro campo no menos importante que el de las comunicaciones y analizar, aunque sea someramente, el de la biología y la medicina, ya es poco lo que los avances técnicos nos hacen parecer como imposible. Uno de los hechos más notorios es el aumento de la esperanza de vida, especialmente a partir del descubrimiento de los antibióticos allá por los años treinta y cuarenta del siglo pasado. Para algunas naciones, esa esperanza se ha duplicado; y en los países más adelantados en este sentido, no podemos dejar de admirar a los muchos japoneses y japonesas de ochenta y noventa años, que hacen ejercicio cotidiano en sus pocos lugares al aire libre. Las intervenciones con microcirugía, radiaciones y drogas mágicas contribuyen a todo ello.

Sin embargo, está también el reverso de la medalla, y es que la prolongación de la vida no es un asunto fácil de manejar socialmente. Los años extras que la ciencia nos promete no son necesariamente de alta calidad; al menos, no todavía. Ahora se hace verdad que los más exactos cálculos actuariales de cuando se fundaron los seguros sociales, eran un gran negocio; la gente se jubilaba a los 60 años, vivía un promedio de cinco años más y terminaba el compromiso. Al mismo tiempo, un gran contingente de trabajadores jóvenes sostenía con sus cuotas médicos, medicinas, pensiones y hasta equipos de fútbol, teatros y talleres de enseñanza de oficios.

Aquella bonanza se ha transformado en una pesadilla, en donde la prolongación de la vida significa en muchos casos conllevar largamente las enfermedades crónico-degenerativas, como la diabetes y las enfermedades coronarias, entre otras. Sin embargo, el problema se torna angustiante cuando la base de población que podría cotizar, se ha reducido en número y además no tiene empleo. Ello nos dice en reflexión baja, una vez más: no hay felicidad completa en este mundo.

El asunto se prolonga aún más cuando entramos al mundo de la bioética y a las

cuatro definiciones que son necesarias, al menos en trasplante de órganos y en clonación: órgano, trasplante, vida y muerte; cuáles son sus límites y cómo puede establecerse una legislación en aspectos tan sutiles como el proceso con el que comienza la vida y el proceso con el que se acaba.

En esta ansiosa búsqueda nuestra, llegamos a la conclusión de que aun antes que la justicia conmutativa está la verdad, misma que al actuar en el centro de la conciencia y de la inteligencia lo hace libre. Así de sencillo fue dicho: “La verdad os hará libres”. Este punto, en materia de valores y como herramienta del ejercicio del poder, es infranqueable e insuperable. Y todo ello en el plano de la razón. Pero aún hay más.

Al final sigue abierta la pregunta de la que partimos: ¿No es la verdad, al menos como nos la enseña la fe de la Iglesia, muy elevada y muy difícil para el hombre? Ahora, después de las anteriores reflexiones, podemos decir que el camino de altura hacia la verdad y el bien no es cómodo. Es un camino exigente para el hombre; pero no es el confortable encerrarse en sí mismo lo que vale. Cuando procede así, el hombre se atrofia y se pierde. “Disolveríamos el Cristianismo en moralismo –observa Ratzinger– si no se mostrase esa noticia suya que trasciende nuestro obrar”. La idea se nos puede hacer patente sin demasiadas palabras, recurriendo a una imagen tomada del mundo griego, en la que vemos cómo la anamnesis del Creador se dilata hasta el Redentor, que cualquier hombre puede concebir como redentor, pues responde a nuestras más hondas esperanzas.

Hans Urs von Baltasar ha expresado que la gracia, apaciguadora, es siempre co-fundadora del derecho; no del viejo derecho, sin perdón de otras épocas, sino de un derecho acompañado de la gracia. Hay varios mitos que emparentan mucho con las tragedias griegas, cuya destructora miseria interior deriva del deseo de que haya el poder de la gracia; una fuerza de la penitencia que haga desaparecer la culpa y convierta la verdad en realidad auténticamente liberadora. Es el anhelo de que la verdad no sea sólo exigencia sino también penitencia y perdón transformadores, y se transforme nuestro ser muy por encima de lo que permiten sus posibilidades. Esta es la verdadera novedad del cristianismo: el Logos, la verdad en persona, es también la experiencia, el poder transformador que supera nuestras capacidades e incapacidades.

En lo dicho reside lo verdaderamente nuevo, sobre lo que descansa la gran memoria cristiana y tal vez otras religiones, memoria que es a su vez la respuesta mas profunda que espera la anamnesis del Creador en nosotros. Cuando no se dice ese centro del mensaje cristiano ni se ve su verdad con suficiente claridad, se convierte efectivamente en un yugo para nuestros hombros, y del cual tendríamos que tratar de liberarnos. Pero la libertad alcanzada de ese modo es una libertad vacía, nos conduce al yermo de la nada y se descompone por sí sola. El yugo de la verdad es ligero, según dice San Mateo, cuando la verdad viva nos ama y consume nuestras culpas en su amor. Sólo cuando sepamos y experimentemos interiormente todo esto, seremos libres para oír alegremente y sin miedo el mensaje de la conciencia.

Hemos recorrido este paquete de reflexiones saltando del mundo de la racionalidad, de la posmodernidad y de la fe. Y se deja sentir, sin lugar a dudas, que podría haberse alargado alguno de los temas favoritos de nuestro lector o lectora, como por ejemplo la aparente y antiquísima antinomia entre justicia y libertad, razón y fe, fuerza e inteligencia. Para algunos otros, el principal interés en todo esto es establecer de la mejor manera posible alguna escala axiológica; cosa bastante difícil, habría que decir, en política, donde justamente las diferencias, aun las más sutiles, suelen producir partidos políticos totalmente irreconciliables.

Rabindranath Tagore

En un segundo o tercer oleaje de popularidad –qué importa el número de la ola si, como el conjunto de números naturales, merece ser infinito– conocí por primera vez algunas líneas trazadas por la mano de ese misterioso nombre que existía tan sólo en las listas de los primeros premios Nobel de literatura: Rabindranath Tagore, quien lo ganó en 1913.

Habría de resultar en realidad la vanguardia de una ola de autores hindúes o relacionados con aquella gran nación. Todos ellos, como es natural, de corte místico. Así, entre ellos, Mahatma Gandhi, el padre Anthony de Mello, la madre Teresa de Calcuta y G. Juriejevic. Adelantando Tagore, pues de esa pléyade de almas bellas y profundas como estrellas del cielo iluminado, aunque él mismo pisaba sobre las huellas del gran poeta Kalidasa.

Siendo tan representativo de su cultura –misma que, como toda cultura auténtica, algo tiene de universal–, pudo entrar en el alma de la cultura occidental porque, como decía Federico Schiller, “el que es de su tiempo es de todos los tiempos”. Y habría que agregar, digo yo, “el que es auténticamente de su tierra, es de toda la Tierra”.

El poeta bengalí Rabindranath Tagore, llamado por Gandhi el gran centinela de la India, llevó una larga y fecunda vida literaria, cuyo momento culminante lo constituyó

* Texto publicado en la revista *Palabra*, año 16, núm. 66, octubre-diciembre de 2003.

la obtención del Premio Nobel, cuando ese premio tenía muy poco de ser otorgado. A la sazón tenía 52 años, pues había nacido en Calcuta en 1861.

Resulta interesante saber que de niño era poco inclinado al estudio. A Tagore se le reprochó en vida, durante largo tiempo, su carencia de estudios primarios. Ante su reticencia a permanecer en la escuela, su padre confiaría su educación al tercero de sus 14 hermanos. A los 17 años de edad, fue enviado a Londres por su padre con el propósito de estudiar Derecho, idea que el joven pronto desecharía.

El camino del muchacho era la escritura, a la que se consagró desde muy temprana edad, produciendo cantidades ingentes de poemas, relatos, ensayos y reseñas que habrían de publicarse en numerosas revistas fundadas por sus hermanos y amigos. ¿Qué era lo que perseguía constantemente sin acabar de alcanzarlo nunca? Alguien diría: una quimera. Él la llamaba “ciervo dorado”.

“Sonreíd, amigos, si queréis, porque persigo al ciervo dorado; pero yo seguiré detrás de esta visión que me escapa.

A través de montes y valles, por tierras sin nombre, correré y correré detrás del ciervo dorado.

¡Venido vosotros, en buena hora al mercado, y volveréis cargados a vuestros hogares! A mí, no sé dónde ni cuándo, me ha aferrado el hechizo de los vientos sin guarida.

Cuanto tenía lo dejé caer en mi carrera. ¡Sólo me queda mi corazón libre!
¡Y montes y valles y tierras sin nombre, huyen de mí, que persigo al ciervo dorado!”

Pero lo más interesante de una existencia dedicada a la escritura es la evolución de su ideario. Uno de sus temas fundamentales es el de la recíproca necesidad de Oriente y Occidente, el de la exigencia, si se quiere construir una civilización superior, de fusionar la libertad de ideas de Europa con el sentimiento conservador de la India. Es esta una actitud constructiva, integradora.

Con este temperamento asistió a la invasión imperialista de su patria: nunca creyó

que la respuesta adecuada fuese el nacionalismo, pero tampoco la colaboración servil con el ocupante. Presentía que era necesario borrar esa hostilidad que escinde dramáticamente a la humanidad en dos mundos opuestos. El acercamiento daría como resultado una fecunda síntesis integradora del antagonismo secular. Nunca admitió las justificaciones del odio.

La literatura inglesa desde Shakespeare a Shelley, Keats y Browning, ejerció en su obra influencias perdurables en cuanto a las formas, pero su inspiración se remonta a fuentes mucho más entrañables y reivindica para sí la herencia de maestros venerables, en especial Kalidasa, como ya se ha dicho.

Su pensamiento filosófico se centra en una simpatía cósmica que envuelve a los seres y a las cosas. Se sintió frente a la misión de realizar su destino, su personalidad, fiel a su *jibandebata*, término creado por él mismo que significa “deidad de la vida”, y con el que aludía a una especie de *numen* custodio que vigila la obra y la conducta de cada individuo.

En la mitad de su vida, en 1900, se retiró a una legua de Bolpur y fundó Santiniketán, un hogar para el espíritu de la India, cuyo don más precioso era la serenidad reflexiva. Este paraje austero le fue propicio para el recogimiento y resultó un ensayo de humanismo práctico y de convivencia humana, de alcance universal. Tagore creía que la educación es la base de la sociedad y que los maestros de hoy son los árbitros del destino de la sociedad de mañana.

Santiniketán quedó establecido como escuela en 1901. Para hacerla posible vendió los derechos de propiedad literaria de todos sus libros. Tagore comenzó con una docena de alumnos, siendo uno su propio hijo, pero varios de ellos asistían por no haberse adaptado a las otras escuelas. En un comienzo, los niños eran a veces de los que sus familias no esperaban mucho; sin embargo, esos mismos niños han llegado a figurar entre los hijos más distinguidos de la India contemporánea.

Aunque él mismo había nacido en el seno de una familia acomodada, su temperamento se adaptaba mejor a las austeridades de quienes vivían en cercanía con una naturaleza simple. Su padre fue el filósofo Debendrenath Tagore. Sin ser especialmente precoz, Rabindranath escribió poesía desde niño y publicó su primer libro a los 17 años.

Sobre el amor no dicho tiene pinceladas maravillosas, como aquellas:

“...las flores de la primavera salen, como el apasionado dolor del amor no dicho, no expresado, y con su aliento vuelve el recuerdo de mis canciones antiguas”.

O bien...

“el amor no dicho es santo y luce como un diamante en la sombra del corazón oculto. Pero en la luz del día importuno, parece miserablemente negro. ¡Ay!, ¿por qué rasgaste el velo de mi corazón, por qué arrastraste por el sol mi amor tembloroso y destrozaste para siempre su nido sombrío?

Era mi esperanza que mi amor sin albergue no temblara de vergüenza; pero tú has vuelto tu cara y me has mirado. Tú tienes abierto el camino pero me has cortado el mío. ¡Y me dejas en desnudez ante el mundo que, con ojos sin párpados, me mira noche y día!”

La reflexión sobre el silencio tiene especial encanto para las almas tranquilas y para las que no lo son pero anhelan serlo:

“Cuando nuestros ojos se encontraron a través del seto, pensé que iba a decirle alguna cosa; pero ella se fue. Y la palabra que yo tenía que decirle, se mece día y noche, como una barca, sobre las olas de cada hora. Parece que navega en las nubes de otoño, en una ANSI sin fin; que florece en flores de anochecer y busca en la puesta del sol su momento partido. Chispea la palabra, como las luciérnagas, por mi corazón, buscando su sentido en el crepúsculo de la desesperanza; la palabra que yo tenía que decirle.

—*Mar, ¿qué estás hablando?*

—*Una pregunta eterna.*

—*Tú cielo, ¿qué respondes?*

—*El eterno silencio.*

Y al maravillarse del contacto entre humanos, exclama:

“La gente pasa deprisa ante mí, sin ver que mi cuerpo se ha hecho precioso con tu caricia; que llevo dentro tu beso, como el sol lleva en su orbe el fuego del divino contacto, resplandeciente para una eternidad”.

Los premios, el reconocimiento mundial, las numerosas traducciones, coronaron su obra con la fama perdurable. Llegó con serenidad a la vejez y al fin de la vida.

“La muerte es en la vida igual que el nacer; como el andar está lo mismo en alzar el pie que en volverlo a la tierra”, había dicho el poeta.

Para Tagore ante nuestros ojos “con la túnica de lino ondeando en el viento”, como diría el poeta de Jalisco Enrique González Martínez; y cuando se le ve alejado de los prójimos convertidos extraños, sin amor aparente, ni de mujer y tal vez ni de amigo, parece que la escuchamos contar aquella vieja canción tan suya: “Si a tu llamado nadie responde, camina solo, camina solo...” Para saber que al final el camino de cada persona humana se remonta más arriba de las últimas estrellas.

En momentos de bello arrebató místico, su pluma toca las fibras más sensibles del corazón humano. Dice el poeta: “El amor se enciende con el amor, como el fuego con el fuego; pero, ¿de dónde salió la primera llama?”. Y agrega: “¿Quién podrá comprar el amor sin pagarlo con la misma moneda? Cuando no das, haces avaro a todo el mundo”.

Tagore escribió en lengua bengalí. Ha tenido muchos traductores, entre los cuales destaca Zenobia Camprubí. Poco después de serle conferido el Nobel, en 1915, el rey Jorge V lo nombró caballero, título al que renuncia tras la matanza de Amritsar en 1919, cuando las tropas británicas mataron a 400 manifestantes indios.

Ya antes, en 1916, al recorrer el Japón y los Estados Unidos, el poeta hizo eloquentes llamados a favor de la paz, que en su concepto sólo podía lograrse mediante la cooperación intelectual entre las naciones. De acuerdo con esta noble idea, la escuela de Santiniketan recibió un nuevo nombre y adquirió al mismo tiempo una nueva categoría: la de Universidad Mundial. Como tal, se inauguró solemnemente en diciembre de 1918.

Los diez años siguientes de su vida, Tagore tuvo una amplia actividad. El deseo de viajar y la necesidad de recoger fondos para su universidad lo llevaron a todas partes del mundo y tanto en Oriente como en Occidente se le recibió con los brazos abiertos. En todos esos viajes insistió en su mensaje de paz. “Hay que recordar, decía que ninguna nación puede enorgullecerse de vivir aislada y sumida en su propia cultura”.

“En el mundo de los humanos no se da nada sino a cambio de algo que se reciba; dar no es un gesto unilateral. Mi fe no la pongo en institución alguna, sino en los hombres que piensan con claridad, sienten con nobleza y actúan rectamente, sean de donde sean; porque esos hombres son como canales por los que circula y se transmite la verdad moral que todos necesitamos”.

Es el autor del Himno Nacional de Bangladesh, llamado *Amár Sonár Bangala*, y que fue adoptado en 1972, mucho después de la Independencia de la India conseguida por Mahatma Gandhi en 1949, y después de la constitución de los estados occidental y oriental del Pakistán, pues murió en 1941.

Sus restos mortales fueron consumidos por el fuego, el cual no hubiera podido consumirse nunca, porque la herencia que ese hombre dejaba a la humanidad... Una herencia de palabras, música, poesía, es una herencia de ideas e ideales que tienen el poder de conmovernos por siempre. Porque su mensaje no podrá perderse nunca.

Tagore pasó los últimos años de su vida en su querido Santiniketán. Tenía varias casas pequeñas entre las cuales elegir, todas construidas para él, ya que no le gustaba permanecer en la misma casa y ni siquiera en la misma habitación por largo tiempo, actitud simbólica que caracteriza su vida entera.

A pesar de tener problemas de salud, durante estos años escribe varias de sus obras más importantes, originales y fuertes, sin dejar de escribir textos escolares y canciones infantiles.

El dramático final de tanto esfuerzo que parecía vano por el estallido de la guerra mundial, destroza la entereza de este anciano, casi octogenario, que dedicó buena parte

de su vida a predicar la compasión entre los hombres de todas las razas. En los momentos en que, por fin, sus compatriotas han reconocido en él la lealtad de su conducta, la elevación de sus ideas, la abnegación puesta en defensa de los verdaderos intereses de su pueblo; y en una auténtica peregrinación nacional, a la que no faltan los primeros mandatarios del país, con el propósito de rendir homenaje a quien alguien llama ya emperador sin corona de la India, éste se siente infinitamente solo y desalentado. Sus hermanos han ido muriendo y muchos de sus amigos predilectos también han desaparecido; su mensaje parece haber sido inútil. Frente a las atrocidades desencadenadas por todo el haz de la tierra, ya no es indignación, como antes, sino dolor, un lacerante dolor lo que siente. Un dolor que viene de lo mucho que ama; para Tagore, toda guerra es fratricida.

En 1940 experimenta, sin embargo, una alegría, su rehabilitación en Inglaterra, cuya incompreensión hacia él y hacia su pueblo tanto había contribuido a entenebrecerle estos últimos años. Le llega además en la forma que más le podía halagar, la concesión del título de doctor por la Universidad de Oxford. Esta situación moral reaviva un momento el rescoldo de su genio creador y hasta experimenta una mejoría en su delicada salud. Durante la convalecencia escribe dos libros de poemas –*Ronsaijav* y *Arogya*– y publica dos canciones, un volumen de cuentos y otro, *Chhelebel*, de deliciosas reminiscencias infantiles.

Pero está alcanzando el límite de sus energías. En 1941, el día de su cumpleaños, se publican simultáneamente una tremenda catilinaria contra los poderosos del mundo –*La crisis de la civilización*–, un último libro de versos –*Jamnadine* (“En mi cumpleaños”)– y otro de cuentos –*Galpa Saloa*–. Son sus últimas obras. El 5 de agosto pierde el sentido; el 7 se cierran para siempre los ojos del que Gandhi había llamado en insuperable homenaje Gran centinela de la India.

Con motivo de los festejos de su octogésimo cumpleaños expresaba en un mensaje:

“...No cometeré el pecado de perder la fe en el hombre. Espero el día en que termine el holocausto y el aire se vuelva puro, lleno de voluntad de sacrificio y deseo de servir a la humanidad. Quizás esa nueva aurora se anuncie en estos horizontes del Oriente, desde donde se levanta el sol.

“Ese día el hombre invicto volverá a retomar la senda de sus triunfos, atravesando todos los obstáculos para recuperar la herencia que ha perdido”.

En nuestro medio circulan algunas frases, aforismos y poemas, como si fuesen anónimos o de autores diversos. Mas son algunas tan conocidas como las siguientes:

“Si lloras por haber perdido el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas.
Si me está negando el amor, ¿por qué entonces amanece?
Leemos mal el mundo y decimos luego que nos engaña”.

“Dormía y soñaba
que la vida era alegría;
Desperté y vi
que la vida era servicio;
Serví y vi
que el servicio era alegría”.

Inmejorable resulta su alegoría del perfume en el que simboliza al alma humana, necesitada de saber su destino:

“El Perfume”:

“El perfume suspira el capullo.
¡Ay, se va el día feliz de primavera y yo estoy preso en estas hojas cerradas!
Espera, pobre perfume. Tu cárcel estallará, se abrirá en flor tu capullo; y muerto tú en lo mejor de tu vida, seguirá viviendo la primavera.
El perfume le grita desesperado a su oscuro porvenir: ¡Ay, quien

me ha dado esta vida sin razón! ¡Quién me diría lo que seré!
Espera, pobre perfume, ya está llegando la aurora perfecta. Y tu
vida se va a unir a la vida total, y vas a saber por qué has nacido”.

Su amor por la paz y la justicia le vino heredado de su abuelo, que participó en las campañas contra las castas, los matrimonios entre niños y la esclavitud femenina. Su padre continuaría luchando por la modernización del país, denunciando la situación de las clases más desfavorecidas.

Su apoyo a Gandhi y sus continuos viajes por el mundo como embajador de la paz y la cultura de su país, le hicieron merecedor del apelativo de “Emperador sin corona de la India”, como se dijo arriba.

Necesidad de la doctrina en el ejercicio del poder

Entre las cuestiones que más se debaten hoy en día y a la vez están entre las más antiguas de las pláticas y discusiones de toda la vida entre políticos, se encuentra la de doctrina o teoría versus práctica. La discusión es ordinaria en los países sajones, pero se vuelve muy sincera y apasionada entre políticos de países latinos. Los argumentos abundan en ambos sentidos. Tanto los teóricos como los pragmáticos suelen estar muy firmes en su posición. En el caso de los primeros, la posición es que sin doctrina y sin ideas políticas rectoras no hay modo de hablar de la actividad política; mientras que para los segundos la práctica es todo, la teoría y sus alrededores son sólo nubes de algodón que no sirven para nada. Es más, con frecuencia se afirma que éstas son un estorbo.

La polémica ha pasado por todas las fases de la historia, en donde los sucesos parecieran dar la razón a una u otra de las posiciones. Podrían citarse muchos ejemplos, algunos traídos de los lejanos tiempos del Imperio romano, de la época de las Cruzadas, del Despotismo ilustrado o de la Revolución francesa y, por supuesto, de la añeja disputa acerca de la real o supuesta ideología de la Revolución mexicana y su muy real y feroz pragmatismo. Todo un clásico.

* Texto publicado en la revista *Palabra*, año 17, núm. 70, octubre-diciembre de 2004.

Así, existen las dos versiones extremas acerca de las Cruzadas. Y no me refiero, aunque es algo muy interesante y ya tratado, al punto de vista histórico de los árabes en contraposición a las versiones cristianas de los mismos hechos. Más bien, a las dos vertientes extremas entre las predicaciones de Pedro el Ermitaño, llenas de idealismo por el rescate del Santo Sepulcro, acompañadas de un idealismo capaz de durar varios siglos, y contrapuestas al feroz pragmatismo y a la necesidad por dominar las rutas comerciales hacia el Oriente, impulsos y necesidades que fueron durante mucho tiempo tan propias de las potencias europeas. Y en medio, sin duda, las órdenes de Caballeros Templarios, del Santo Sepulcro, Teutones, etcétera, cuya historia está llena de vértigos que oscilan entre el idealismo sublime y una atroz práctica cotidiana. Habría que repasar ciertos episodios de los llamados “Reyes Malditos”, asunto que ha recibido recientemente alguna difusión importante. Excesos de uno y otro tipo abundaron, a no dudar. El mismo acontecimiento del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, igual puede atribuirse al idealismo de los Reyes católicos que a la necesidad por competir en rutas hacia las especias de Oriente.

Viendo la cuestión con algo de método, podemos remitirnos al terreno de las definiciones mismas, aunque considero que es poco lo que aportan algunas definiciones aceptadas en general como válidas en nuestro medio. Pienso, por ejemplo, que no aporta mayor cosa aquella de que “la política es el arte de lo posible a partir de lo real”. Definición demasiado suelta y ligera, que sirve más como consejo cuando los políticos nos encontramos con dificultades al parecer insuperables; “haz lo que puedas con lo que tengas”, podría ser el corolario y consejo, mas como definición carece de rigor.

Puede afirmarse con bastante seguridad que casi todas las actividades humanas vendrían a definirse como “arte de lo posible a partir de lo real”. Ello describiría muy bien un taller de carpintería, lo mismo que describe certeramente, decía un buen amigo, a la selección mexicana de fútbol; o bien, la exportación de productos agropecuarios a Japón, o bien los logros de los atletas paralímpicos... Arte de lo posible a partir de lo real...

Si se quiere, sin embargo, un poco de mayor certeza, nos vemos obligados a las definiciones conceptuales de persona, sociedad, poder, etcétera. Tal es el caso de la

definición de política como “la ciencia y el arte de la consecución, conservación y ejercicio del poder en sociedad”. Esto nos obliga a adentrarnos con aquélla en el mundo de las ideas, de las teorías y, finalmente, de un cuerpo doctrinal determinado; porque a los conceptos ya señalados más arriba, tenemos que agregar y entrar en las definiciones de proceso político, elecciones, derecho, ejercicio del poder, sistema político, alianzas entre partidos, políticas públicas, etcétera.

En el *Diccionario de Política*¹ de Norberto Bobbio leemos: “Otra manera de evitar las dificultades de una definición teleológica de la política es definirla como aquella forma de poder que no tiene otro fin que el poder en sí mismo”.

Pero vayamos más despacio. En el mismo diccionario entra desde el principio así: “Derivado del adjetivo de ‘polis’, que significa todo lo que se refiere a la ciudad, y en consecuencia ciudadano, civil, público y también sociable y social, el término política ha sido transmitido al influjo de la gran obra de Aristóteles titulada *Política*, que debe ser considerada como el primer tratado de la naturaleza, funciones, las divisiones del Estado y las diferentes formas de gobierno, predominantemente en el significado de arte o ciencia del gobierno, es decir, de reflexión, sin importar si tienen intenciones meramente descriptivas e incluso prescriptivas sobre las cosas de la ciudad”.

En la Edad moderna, el término perdió su significado original y poco a poco fue sustituido por expresiones como “ciencia del Estado”, “doctrina del Estado”, “ciencia política”, “filosofía política”, etcétera, y se emplea comúnmente para indicar la actividad o conjunto de actividades que de alguna manera tienen como término de referencia la ‘polis’, es decir, el Estado. De esta actividad, a veces la ‘polis’ es el sujeto, por lo cual pertenecen a la esfera de la política actos como el ordenar o el prohibir algo con efecto vinculante para todos los miembros de un determinado grupo social, el ejercicio de un dominio exclusivo sobre un territorio, el legislar con normas válidas la extracción y la distribución de recursos de un sector a otro de la sociedad; pero también llega a ser objeto, por lo cual pertenecen a la esfera de la política acciones tales como conquistar, mantener, defender, ampliar, reforzar, abatir, trastornar el poder estatal.

Siguiendo más de cerca nuestras propuestas, las de Acción Nacional, y estando un tanto sintonizados en la expresión de los valores teleológicos de la política y del

¹ Norberto Bobbio, *Diccionario de Política*, Siglo XXI, p. 1246 y ss.

poder, podemos recordar que entre nosotros definimos la política simplemente como la “gestión del Bien común”, lo cual resulta muy entendible... entre los panistas y también para los militantes de los partidos en todas las latitudes y regiones del mundo que se han enriquecido con las fuentes de nuestra doctrina, es decir, para quienes pertenecen a nuestra matriz cultural y política. Hay en ello algo de escolástica, de jusnaturalismo y de doctrina social de la Iglesia.

Pero debemos entender que nos movemos en un mundo político plural y globalizado, y que son más los que actúan sin saber lo que es el Bien común y, estrictamente, sin tener por qué saberlo, no nos entienden cabalmente e incluso nos hostigan por no usar la terminología y el herramental teórico de ellos. Otros van aún más lejos y pretenden hacer mofa de la expresión cuando se refieren a nosotros como “Partido del Bien Común”, lo cual, según parece, les ofende. En todo caso, no están familiarizados con el concepto. De manera que en lugar de confrontarnos con ellos, hemos de entrar en colaboración, así sea complementaria. Lo anterior es muy cierto, especialmente en el caso de quienes prefieren usar la expresión “Justicia Social”.

Mi opinión tiene que ver con la insuficientemente conocida definición que hace don Manuel Gómez Morin en su clarificador ensayo sobre seguridad social, acerca de lo que es la justicia social. Incluye en ella vívidos elementos de derecho romano cuando dice: “Voluntad constante y permanente de definir y realizar el Bien común”.²

Esta definición es prima hermana de la definición doctrinal de Bien común como “Conjunto de condiciones políticas, económicas, sociales y culturales que optimizan las posibilidades de desarrollo integral de los seres humanos”.³

De hecho, la mayor parte del tiempo y el esfuerzo dedicados a la política cuando ésta es tomada en serio, se van a consumir en encontrar esas configuraciones legales, estructurales y sociales que van haciendo posible la tarea de gestionar el Bien común. Se desprende, además de lo anterior, la necesidad de una voluntad constante y permanente para definir todo el tiempo y en todos los niveles tales condiciones. Me explico: el Bien común tiene tres niveles de alcance, por lo menos (Bien común municipal, Bien común estatal y Bien común nacional), que incluyen elementos políticos, sociales y

² Manuel Gómez Morin, *Ensayos de Acción Nacional*, p. 5 y ss. Tomo II de la recopilación de Adalberto Madero Quiroga, Senado de la República, 2004.

³ Cfr. Johannes Messner, *La Constitución Social*, p. 320 y ss.

económicos cambiantes, de ahí que sea cambiante el Bien común en el tiempo. Y es lógico, lo que es Bien común en el presente no necesariamente lo fue en el pasado, como por ejemplo el control de los medios electrónicos de comunicación, que durante la mayor parte de la historia jamás existieron, y aunque el Bien común del futuro ya está en germen en nuestras actuales definiciones, habrá cosas nuevas en el futuro de las cuales no tenemos la menor noción en nuestros días.

Habría que agregar que en la medida en que la realidad parece ofrecer dificultades graves para la realización del mencionado bien, se vuelve necesario que de manera prudente las definiciones doctrinales y programáticas pongan el acento y prioricen el impulso de los medios para superar dichas dificultades. Como se ve, no bastan nuestras modestas y cortas vidas para realizar la magna tarea de la gestión de esos bienes descritos. Y claro, para todo ello se necesitan mapas, guías, brújulas... doctrina, en síntesis.

No hace falta ir muy lejos para constatar los estragos que causa la tarea política en el seno de la sociedad, cuando ésta es llevada y traída como el fuego en llano abierto, al arbitrio de los vientos y sujeta a las pasiones humanas que no son pocas en el ámbito que le es propio a tales tareas.

Podemos repasar lo ocurrido cuando estuvo en trance de nacimiento el Estado moderno. De manera paradigmática rueda la cabeza de Carlos I de Inglaterra; pero mucho más, corre la sangre y no sólo del rey sino de amplísimos segmentos de población, en forma semejante a lo ocurrido durante la época del terror en la Revolución francesa. En este último caso podemos contrastar los ideales postulados de libertad, igualdad y fraternidad convertidos en verdadero aserrín de la carpintería de la historia, una vez desatada la furia inaudita del terror que causó, entre otras cosas, 600 mil muertos en La Vendée, especialmente de campesinos.

He ahí lo que puede producir el choque pragmático de fuerzas una vez que éstas se desatan y se deslindan de la fuerza orientadora de las ideas organizadas en un cuerpo filosófico. Porque los ideales orientan pero no conducen todas las fuerzas implicadas a lo largo de todo el camino.

En el caso de la Revolución mexicana, mucho se discutió y se sigue discutiendo si tuvo doctrina, programas, prácticas específicas. Al respecto, vale la pena mencionar al

senador panista Juan José Rodríguez Prats, quien considera que “la Revolución tuvo programas pero no tuvo principios”.⁴ José María Puig Casauranc, uno de sus ideólogos, señalaba que la Revolución, gastada por sus querellas, no tenía tiempo para sus principios. Generó una ideología que fue legitimadora del sistema político por muchas décadas”.⁵ Y hay que agregar: ideología, que no doctrina, valga la distinción.

En efecto, en esa ideología había, suele suceder, corrientes contradictorias, a saber, los residuos de un liberalismo triunfante en el siglo XIX pero ya muy desgastado por sus propias contradicciones y torpezas prácticas, visibles en los años en que desenlaza la lucha revolucionaria, por un lado; por el otro, una naciente y no muy bien configurada conciencia social. Por eso, cuando se llega a la elaboración de la Constitución de 1917, se encuentran dos inteligencias agudas como Luis Cabrera y Francisco Múgica, en representación de cada una. Los historiadores verán en qué momentos predominó el pragmatismo y en cuáles la ideología.

Otro aspecto que admitiría una nueva y larga discusión adicional a las ya tenidas es el de la política como función ejercida por un sistema político, y más precisamente en un régimen de partidos políticos. Ya no se trata de la simple actividad de seres humanos aislados o en conjuntos, sino alineados en partidos políticos, lo cual ya es harina de otro costal, aunque éstos son grupos humanos reunidos para hacer política. Y aquí pasamos a la política partidista.

Cuando se afirma que algo ya se echó a perder porque “se politizó”, más propiamente debería decirse que “se partidizó”. Y es natural que la connotación de esa expresión sea del todo peyorativa, porque los bordes de los partidos políticos son toscos aunque filosos para los demás. Y esto se debe a que esos bordes filosos y rugosos como la cuchilla de un bulldozer, sirven al mismo tiempo para fijarle límites definitorios a la propia institución y también para ser los dientes de los engranes que puedan hacer funcionar una maquinaria que contiene numerosos engranajes, que son los que contiene el pluralismo.

En efecto, cuando algo se “partidiza” es porque el asunto sale de las expresiones doctrinarias y de lo que conviene a la acción concertada con gran amplitud social y parece ir a merced de vientos tormentosos y en aguas procelosas. Estrictamente, no se

⁴ Expresado por el senador Rodríguez Prats en el discurso de aniversario de la Revolución mexicana, 23 noviembre de 2004.

⁵ Idem.

quiere significar que lo partidizado sea malo, pero sí se da a entender que es indigno de confianza.

Me limitaré a circunscribir la argumentación a elementos más sencillos, dado que existen dos facetas en la vida de los partidos políticos: la interna y la externa. Para todos los partidos, la primera se centra en la constitución de sus órganos, la elección y renovación de sus dirigentes, la elaboración de sus documentos básicos, etcétera; y la externa, que tiene que ver con las campañas electorales, la postulación de candidatos, el ejercicio del poder, la relación con toda suerte de actores sociales. Afortunadamente hay una especie de interfase entre ambas y es la que corresponde al lanzamiento de candidatos. Con interfase quiero decir que no se generan y actúan los candidatos de manera pública y abierta si no han pasado primero por la fase de precandidaturas internas y todo el proceso de revelación de nombres, que en ocasiones llegan a tener semejanza a pequeñas liturgias interiores; después se pasa a la actuación pública y a las campañas electorales. La postulación de personas, planillas, etcétera, es algo de primordial importancia.

Se siguen en esta materia las dos inclinaciones que venimos considerando en este trabajo: el lanzamiento práctico de quienes pueden alcanzar el poder, aunque sea para servir cualquier interés grupal; y por otro lado el lanzamiento de los mejores talentos para llevar la doctrina al mundo del poder político. Puede decirse, coloquialmente, que es en esto, más que en cualquier otra cosa, donde se mide a los partidos políticos y a sus gentes.

Tal momento, que se convierte en nuestro medio en algo prácticamente continuo, puesto que el calendario electoral así viene a determinarlo, en virtud de que se continúan y aun se traslapan las elecciones federales, estatales y municipales, sirve de piedra de toque para juzgar las intenciones y los proceder de los partidos políticos.

Y es que hay quienes, en nuestro medio y en todos los partidos, asumen que el único y prevaleciente criterio para todas las elecciones es maximizar las posibilidades de que todos los candidatos ganen las elecciones: el objeto ineludible, dicen, es ganar el poder. “Ya estando en el poder veremos sobre la marcha lo que se hace con él, probablemente lo mejor será dedicarse a conservarlo”. La argumentación marcha en paralelo con la que expresaba el célebre Vince Lombardi, entrenador de fútbol americano: “la

victoria no es lo más importante, es lo único”; y con lo que afirmaba “El Tigre” Azcárraga acerca del rating: “el rating no es lo más importante, lo es todo”.

Lo anterior, por supuesto, no gusta a quienes prefieren pensar que lo verdaderamente importante es pensar, postular y actuar en favor del bien general, o el asunto no vale la pena. Producir partidos de clase y élite que simplemente se reproducen y hacen todo lo posible por crear las condiciones de tal reproducción, puede ser atractivo pero alejado del deber ser de la política. Estos doctrinarios tienen a su favor muchos argumentos. Me limito a expresar ante quienes piensan que el poder, la victoria y el rating son todo, que me siento deslumbrado por Vince Lombardi, pero más por el filósofo que expresó: “nada hay más fuerte en el mundo que una idea a la que le llega su tiempo”. Ejemplo: el Muro de Berlín, que en un tiempo daba indicios de ser incommovible, era el mismo que cayó y que se derrumbó más por las ideas de su tiempo que por la acción de la piqueta demoledora en 1989.

Supongamos algún país, probablemente anglosajón, en donde las diferencias entre los partidos no son doctrinales porque no hay doctrina; y tampoco son programáticas, porque en su mayor parte los programas de los partidos en esas latitudes más se parecen que se diferencian y todo se reduce a defender intereses diferentes. Por supuesto que a cambio de hacerlo logran más cosas y con menos conflictos que en los países latinos, más dados al todo o nada. Por eso la suprema virtud de esta actividad llamada política es la de la prudencia. Parafraseando a Víctor Hugo: “Es fácil ser bueno, lo difícil es ser justo”; añadido: y lo más difícil de todo es ser prudente, es ser político en sentido pleno.

Voy dejando para el final un argumento que me convence mucho porque viene del mundo ético y es el siguiente; en él insistía mucho Efraín González Morfín en numerosos discursos y conferencias impartidas en el seno de Acción Nacional. Tal argumento marcha al tenor siguiente: “Todo aquel que esté interesado en ejercer el poder, tiene la obligación de decir a los demás para qué quiere el poder”. Lo cual obliga, a qué dudarlo, a la postulación de una plataforma pública, de un plan de gobierno, mismo que debe estar de acuerdo con un cuerpo coherente de ideas, llamado doctrina.

Lo anterior no quiere decir que automáticamente toda doctrina sea buena, ni que toda institución que la tenga posea una salvaguarda contra las desviaciones y corrupciones que tanto abundan en “el camino de la ambición, tan lleno de gente”.⁶

⁶ Expresión de don Juan Donoso Cortés, en el congreso español, 1848.

Lo musulmán, la paz, la democracia y el concepto de persona humana

Introducción

De vez en cuando vale la pena hacer una pausa un poco más larga que las acostumbradas cuando repasamos algunos de nuestros conceptos o idea fundamentales acerca de la religión; o más bien, las religiones, su comparación, acercamientos o distancias entre ellas. Y a veces también se da uno cuenta de que el concepto adquirido en tiempos de la escuela secundaria es el que seguimos dando por bueno cuarenta años después, y entonces es ocasión de comprobar, al menos en alguno que otro caso, que andábamos muy influidos, más de lo necesario, quizás, por la perspectiva personal de algún maestro o familiar; perspectiva que en muchas otras cosas hemos dejado de compartir.

Las ciencias relacionadas con las religiones comparadas han cambiado mucho en los últimos cincuenta años. Alrededor de los años cincuenta, los estudiosos de la materia no abundaban y aunque la veta a su disposición era muy rica, sus logros eran limitados. Ahora, a fuerza de conocer personas, países o etnias de religiones y culturas diferentes, el abismo que se presentía como inmenso entre unas y otras se sabe que no es tan grande, aunque, por supuesto, existen diferencias profundas. Ciencias auxiliares

* Texto publicado en la revista *Palabra*, año 18, núm. 74, octubre-diciembre de 2005. Texto presentado para la Red Buenos Aires el 28 de septiembre de 2005 en la ciudad de Buenos Aires, Argentina.

hay muchas y con técnicas más precisas; entre ellas la sociología, la psicología y la historia misma han pasado de herramientas artesanales en el mundo interdisciplinario que sobrevino, a instrumentos que tienen casi el rigor de las ciencias exactas.

Por eso considero muy positivo el encuentro de la llamada “Red Buenos Aires” en este mes de septiembre de 2005, con miras de conocer e identificar perspectivas y vivencias comunitarias en diversas latitudes y ámbitos alrededor del mundo. Veamos.

Islam es una palabra proscrita por los medios de comunicación, contaminada por la intolerancia occidental, que no deja de asociarse con fenómenos provocados. Antes era el petróleo del Medio Oriente el motivo de discusión entre las Siete Hermanas y la OPEP; hoy no pueden dejar de asociarlo con los suicidas palestinos e iraquíes, con Afganistán y con Bin Laden.

Es el pensamiento maniqueo donde unos son los buenos y otros los malos. Según la lógica de la guerra –pensada en Occidente–, siempre debe existir un “enemigo” a quien atribuir todos los males y que se convierte en un “enemigo a muerte”.

Esta lógica es rentable para aquellos que manejan economías de guerra y para otros más en el manejo del poder, viviendo en una democracia que constantemente solicita regímenes de excepción y suspensión de derechos ciudadanos en aras de la seguridad nacional.

Durante la guerra fría, la URSS no dejaba de ser el fantasma. Cuando cayó el Muro de Berlín, la amenaza se trasladó a China y a Corea del Norte en lo político y al Medio Oriente –léase Irak– en lo energético.

Para nosotros, los latinoamericanos, el islam está teñido de matices exóticos, dejos de barbarie, señales de horror y de miedo. No sabemos estrictamente cómo tratarlo, si como religión o como régimen político. Verdaderamente nos dejamos guiar por fanáticos de Harvard en su contra, o seguimos la lógica de tener empatía con el más débil en una lucha.

Es difícil abordar lo musulmán y el islam sin estar contaminados por nuestra visión y análisis occidental. Nuestros estudios comparados tienen celdas establecidas por los parámetros europeizantes heredados. ¿Qué tal si lo Occidental lo abordáramos desde el punto de vista del musulmán?

Por otra parte, a veces usamos como sinónimos lo musulmán y lo islámico. En el primer caso, casi siempre entendemos una cultura con todos sus sistemas de valores y costumbres; en el segundo, generalmente pensamos en un sistema político-religioso.

Confundimos el Islam¹ con “lo árabe”, y no es así. Musulmanes existen hasta en el corazón de los Estados Unidos de Norteamérica, sin estar asociados con alguna etnia en especial.

Lo musulmán

Lo musulmán puede ser estudiado desde tres puntos de vista: como una cultura, como una religión y como un régimen político.

Como cultura, en donde existen diversos sistemas: de representación o de pensamiento; sistema de expresión, incluyendo el lenguaje y su maravillosa caligrafía, literatura, arquitectura; sistema normativo o reglas de convivencia; sistema de valores y sistema de acción. Ahí encontramos mucha de la riqueza de nuestro lenguaje, pues un gran número de palabras castellanas son de origen árabe, moro o morisco. La comida y sus platillos, la música y las danzas, nos traen reminiscencias de las Mil y una noches. La cultura del saludo cuando se tiene un encuentro con otra persona (aun desconocida) en la calle, deseándole parabienes y que muchos de nuestros rancheros todavía utilizan.

La religión del islam es la aceptación y la obediencia a las enseñanzas del Dios único –y por lo tanto monoteísta–, quien las ha revelado a su último profeta: Mahoma.

Las dos fuentes más importantes de las que se alimenta el islam son: El Corán y el Hadith.

El Corán es considerado por los musulmanes como “El Libro de Dios” y que le fuera transmitido al profeta Mahoma a lo largo de 23 años. Contiene 6 mil 222 versículos o “aleyas” reunidos en 114 capítulos o “suras” escritas en árabe.

El Hadith es la reunión de dichos, sentencias, sermones, diálogos, discursos y anécdotas transmitida por Mahoma o por sus sucesores en la religión durante los primeros cien años.

¹ Los cinco pilares del Islam y tres creencias fundamentales: *La profesión de Fe* (Saháda); *La Oración cinco veces al día* (Salat); *La Limosna* (Zakat); *El ayuno en el mes del Ramadán* (Sawn) y; *La Peregrinación a la Meca* (Hayy).

Como régimen político, la autoridad civil no está separada del ámbito religioso; los ulemas son quienes imparten justicia. Los musulmanes que cometen algún pecado público, como robar, mentir o cometer adulterio, también son reos de una pena civil.

Las tres creencias islámicas fundamentales que no pueden faltar en ningún musulmán, sin importar la Escuela (Mahdab) a que pertenezca son: el Monoteísmo (Tauhid), la Profecía (Nabuuat) y la Resurrección (Maadh).

La paz

Desde el punto de vista del islam, la paz es enfocada analizando algunos hechos del mismo. Islam y paz tienen la misma raíz etimológica y casi pueden considerarse sinónimos. Uno de los nombres de Alláh es Paz. Las palabras con las que terminan las cinco plegarias diarias de todo musulmán (*al-salam-aleiko*) es siempre deseando la paz a quien saluda. En el islam, el Cielo es la morada de la Paz.

El individuo que se aproxima a Alláh a través del islam no puede dejar de estar en paz con Dios, consigo mismo y con el prójimo. Si se recogen todos estos valores, colocando al hombre en su debido lugar en el cosmos y contemplando la vida desde la perspectiva islámica, los hombres de buena fe y buenos principios no pueden dejar de hacer del nuestro un mundo mejor para recuperar la dignidad humana, alcanzar la igualdad, gozar de fraternidad universal y construir una paz duradera.

El concepto de paz no es inequívoca en la Umma; la paz la entienden diferente los Tuareg y los Bereberes que los separatistas filipinos; shiítas y sunnitas la comprenden de manera distinta. Para unos, la Yihad es la guerra contra lo que amenace al islam; para otros es la lucha consigo mismo, para buscar la perfección personal y la voluntad de Alláh.

No todos comparten el concepto de mártir por medio del suicidio terrorista o la muerte en un hecho de guerra defendiendo al islam. Paz para un talibán, para Hezbolla o un Tamil, tiene sentidos diferentes. La radicalización del islam tiene en esto una de sus principales contradicciones. Las otras contradicciones son que nadie puede cambiar una sola letra de lo que fue transmitido por Dios a un Profeta, o bien la línea de

autoridad que ha estado en litigio entre sunitas y shiítas desde la época de la muerte de Mahoma.

Una cosa más que viene a complicar las cosas es la presencia de infieles en los lugares santos. Entiéndase tropas militares en Arabia Saudita.

Un asunto histórico, no superado por el islam, es el tema de las Cruzadas. Ellos –los ejércitos de Sulaiman, de Turquía– consideraron a los cruzados como saqueadores de las peores ambiciones de Occidente. Esta es una materia pendiente en el diálogo interreligioso que habrá que superar y que sigue presente en el inconsciente colectivo musulmán.

La democracia

Si el islam es un sistema que íntimamente relaciona la autoridad religiosa con la autoridad civil, nos daremos cuenta que, en forma natural, los musulmanes sienten extraña la democracia. Recordemos que el Occidente español tuvo fuertes polémicas en el siglo XIX al tratar de interpretar el origen de la autoridad.

Es difícil pasar de la colonización a una cultura democrática con un Estado fuerte y con democracia interna. La falta de cuadros fue endémica en las colonias europeas que practicaban el islam. Debemos recordar, por ejemplo, la independencia de la India y las migraciones internas entre las que fueran las zonas mayoritariamente musulmanas: Pakistán y Bangladesh. La herencia poscolonial de corrupción hizo el resto para la descomposición social y el surgimiento de dictadores. La influencia soviética en la guerra fría y el adoctrinamiento marxista hicieron que todo aquello que sonara a democracia fuera un instrumento del imperialismo norteamericano para evitar el fortalecimiento de los Estados emergentes. La mano negra de Estados Unidos al colocar en Irán al Sha Reza Pahlevi, tratando de “abrir” al antiguo imperio persa hacia Occidente. La reacción pendular fue el surgimiento del fundamentalismo islámico, representado por los ayatolas y con recursos petroleros.

No había espacios políticos para ir construyendo una oposición fuerte con la cual establecer un libre juego de partidos; por eso las mezquitas y los espacios públicos

fueron ocupados primero por agitadores políticos, por demagogos, por fundamentalistas y, finalmente, por terroristas. La religión fue ideologizada siendo mediatizada para fines de manipulación. En esta situación, es muy difícil transitar de un Estado confesional a un Estado laico.

Concepto de persona

El ser humano tiene una gran misión según los musulmanes, la de ser “vicario” de Dios en la tierra. Este concepto tiene un valor inigualable en la teología islámica.

La cultura y la tradición islámica tienen un fuerte componente social. Así, la limosna o Zakat, o los bienes enajenados tras una guerra justa, deben ser repartidos entre los más necesitados.

La persona humana tiene derechos fundamentales e inalienables. Nadie puede atentar contra la integridad física o moral del individuo pues está terminantemente prohibido.

La vida humana y la vida en sí, es sagrada.

La dignidad y la vida de un solo hombre son consustanciales a la vida de la humanidad entera.

“Quien matare a una persona que no hubiera matado a nadie ni corrompido a la tierra, fuera como si hubiera matado a toda la Humanidad. Y quien salvere una vida, fuera como si hubiera salvado las vidas de toda la Humanidad” (La mesa servida, 5,32).

El islam condena el homicidio y el suicidio. Perpetrarlo para acabar con la vida de inocentes es un acto aún más inaceptable.

La responsabilidad es de cada quien. Nadie se salva o se pierde por otro.

Casi nadie comparte –a excepción de ellos mismos– una arcaica visión que de la mujer tienen los talibanes. En muchas regiones islámicas del mundo, las mujeres viven como menores de edad, enclaustradas en sus propias casas. Incluso en algunas sociedades musulmanas modernas.

El Corán vino a prohibir la costumbre preislámica de enterrar vivas a las mujeres bebés.

La igualdad ontológica entre la mujer y el hombre está claramente afirmada por El Corán. Ambos están constituidos de la misma esencia y ambos proceden de un alma única, que a su vez emana de Dios. En El Corán es Adán el que peca y se descarría sin echarle la culpa a la mujer o a la serpiente. La imagen de poligamia reducida a cuatro co-esposas es harto difícil cumplirla, ya que se exige quererlas por igual sin preferencia alguna. En caso de duda, es mejor solamente casarse con una, agregando El Corán: “por que Dios solamente puso un corazón en el pecho del hombre”. Las viudas heredadas por los hermanos muertos no son realmente esposas, pero tienen todos los derechos como si fuesen. Por supuesto que no es necesario ser musulmán para tener concubinas. Antes, en la cristiandad de los reyes, se les llamaba favoritas.

Muchas cosas más podrían decirse y matizarse entre las diferentes perspectivas musulmanas, islámicas o simplemente árabes. En el medio mexicano, la aceptación de lo árabe, en especial en u versión siria o libanesa, es muy fácil e inmediata; las demás parecen no ofrecer dificultades. Es como si se considerara normal la aceptación de la vertiente agarena de la “raza cósmica”, proclamada por José Vasconcelos. Lo musulmán, en la medida en que nos ha llegado a Latinoamérica a través de lo turco u otomano, parece no ofrecer dificultad mayor para los latinoamericanos. Aunque debo decir que en buena proporción esa posición política y sociológica se debe al desconocimiento de otras ramas musulmanas, como por ejemplo la rama de los musulmanes negros en la sociología estadounidense, y que nos puso de frente ante un hecho que es el agresivo contraataque de minorías en situación de discriminación. Creo que muchos recordamos a los musulmanes negros durante la olimpiada de México 68, en el podio de vencedores y levantando el brazo con el puño metido en un guante negro. La verdad es que los espectadores no teníamos respuesta alguna para esa muda interrogación y ese reto.

Otro aspecto que debemos recordar en medio de nuestros intentos de acercamiento civilizatorio es que, al llegar a lo religioso, nuestros conocimientos deben ir más allá de la lectura de *Las mil y una noches*, y pasar a conocer más de cerca los orígenes de esa religión, su historia y saber cuáles son las diferencias concretas entre shiítas y sunitas, que no es cosa menor vista desde dentro de la sociología y psicología de esa religión. Debemos recordar también que la Yihad islámica no es siempre y solamente una forma

de legítima defensa, sino también una forma de predicación muy estimulada durante las épocas de expansionismo. Hay que recordar y superar –por supuesto– aquello de “muerte a los infieles”, a la que incitaron todo; también se hizo en el mundo de lo musulmán.

Bernard Shaw y Gilbert Chesterton

Para quienes gustan de escuchar o presenciar polémicas, no tienen desperdicio algunas de las protagonizadas por ese par de ingenios del idioma inglés: George Bernard Shaw y Gilbert Keith Chesterton; algunas de ellas dignas de la inmortalidad o al menos de ser recordadas mucho tiempo. Y es que una vida sin debate es mucho menos viva, menos interesante. Decía un viejo y querido amigo que en el mundo la única discusión que ha habido, o sea, “la madre de todas las discusiones”, es la que sostuvieron en su tiempo Heráclito y Parménides en la Grecia antigua acerca de si “nos bañamos dos veces en el mismo río” o eso es imposible. Ya que unos respondieron que no y otros respondieron que sí, resultaría “de previo y especial pronunciamiento”, como diría un parlamentario fogueado, y consistiría en establecer claramente qué entendemos por “río”.

Del mismo modo, ese viejo amigo que tanto me divertía con su culta conversación y sus chispeantes ocurrencias, decía que en realidad los políticos y los gobernantes solamente han librado una sola y fundamental batalla acerca de las formas de gobernar. Fue la que libraron las huestes de Julio César con las legiones de Pompeyo, misma que fue ganada por César. Así fue como se instaló en el mundo la forma cesarista de

* Texto publicado en la revista *Palabra*, año 21, núm. 84, abril-junio de 2008.

gobernar; esto es, la autoritaria, la dictatorial. De haber ganado Pompeyo, proseguía en su charla, se hubiese instalado en el mundo la forma republicana y todas sus variantes. Por eso agregaba, con acento conmovido y grandilocuente, “es que desde hace dos mil años, los pompeyanos, es decir, los demócratas hemos tenido que seguir en combate continuo contra los cesaristas; contra los autoritarios dictadores de todos los tiempos”.

Lo mismo dicen en discusiones interminables quienes opinan sobre cuál debe ser el concepto dominante de ser humano entre humanistas de centro que se dedican a la política en Acción Nacional. Hasta donde puedo seguirles la pista, hay quienes piensan que el ser humano, la persona humana, es una inmodificable, que permanece en sí misma para siempre. También están los seguidores de, digamos, Mounier, quienes opinan que el ser humano, la persona humana se relaciona con los demás y en esa relación está su esencia. Si la relación crece, se multiplica o cambia de circunstancias, ahí va la persona, cambiante, totalmente en tránsito de sobrepasarse a sí misma.

Y si se distingue con cuidado vemos que ahí esta nuevamente la presencia de Heráclito, con el río que cambia, y Parménides con sus categorías inmutables. Cuando escucho a algunos amigos proseguir la discusión “eterna”, me pregunto si en todas partes ocurre lo mismo y pienso que sí; no solamente en todas partes, sino en todas la épocas. Se diría que Dios dejó sembradas esas semillas para que tuviéramos forma de reunirnos a ejercitar el ingenio y que tales semillas están desperdigadas no sólo por las aulas universitarias y en los pasillos de los congresos nacionales, sino en todos los cafés políticos del mundo, para que no decaiga la animación.

Menos inocente resultó la discusión, confrontación en serio que fue y en cierta manera sigue siendo el marxismo y luego el marxismo-leninismo, luego el estalinismo, el socialismo real y la caída del muro de Berlín como símbolo de que había terminado la guerra fría. Mucho menos inocente si se toma en cuenta que el diferendo costó, hasta ese momento, varias decenas de millones de muertos.

Pero a donde me gustaría llegar prontamente es a esa enorme polémica interminable que sostuvieron durante sus vidas los inolvidables Bernard Shaw y Gilbert K. Chesterton. Las cosas ya habían comenzado a enredarse desde el momento en que George Bernard Shaw nació en Irlanda “pero se sentía inglés”, con lo cual ironizaba

este personaje diciendo que “como todo buen irlandés provengo de una típica familia de Yorkshire”. Por su parte el enorme periodista inglés Gilbert Keith Chesterton era un buen fanático de lo irlandés en sus mejores facetas, entre las que incluía el escritor los cantos y las peleas de taberna.

Como primera consecuencia de ese cruzamiento de cables, el hombre de Irlanda católica militaba en las huestes del puritanismo inglés, mientras Chesterton se convirtió al catolicismo y lo defendió con vehemencia. Y uno se pregunta si coincidieron en algo para encontrar la poco aparente respuesta de que ambos tenían herramientas muy agudas para un gran debate; lo más notable, la paradoja. Ambos sabían y decían que “la paradoja no es más que la verdad puesta de cabeza para hacerla notar”.

En efecto, expresaba el inglés que “si vale la pena hacerla mal”. Ante esa aseveración extraña, la gente común y corriente piensa que el autor se equivocó y corrige al formular: “cuando vale la pena hacer una cosa, vale la pena hacerla bien”. Lo cual es cierto y es la verdad en su estado natural; pero si a ésta la ponemos de cabeza, entonces decimos “si de verdad vale la pena hacer una cosa, si de verdad lo vale, vale la pena hacerla; bien o mal”. Y así como ese ejemplo, se podrían ir acumulando muchas frases que nos obligan a detenernos y pensar. Para ello se necesita estar entrenado para llevar la contra.

En esto último era Shaw un guerrero implacable. Se le atribuye mucho la anécdota de la hermosa actriz de cine, admiradora suya. Tanto lo era que decidió proponer por medio de una carta, al tremendo y famoso viejo, que se casaran. Así decía ella, nuestros hijos tendrían por herencia “mi belleza y su inteligencia”. Respondió el huraño sujeto en forma lacónica: “por el temor de lo contrario, no gracias”. No es por cierto el único personaje al que se le atribuye la anécdota, sin embargo, en su caso resulta totalmente creíble.

Estaba en el natural de George Bernard el ponerse del lado de todos los cambios que estuvieron a su alcance. Perteneció, por supuesto, al grupo de los fabianos, de los ateos, de los reformistas de esto y aquello; de la seguridad social, el ejército, la literatura y la religión. En ese afán de cambiar todo que dominó una buena parte de su vida, se mantuvo firme siempre; es decir, no cambió. Ahí tenemos a Heráclito y a Parménides,

trenzados nuevamente en fiera lucha por el espíritu de una persona. En ese sentido era muy dialéctico pero muy conservador.

La primera vez que Shaw estuvo en Londres, dice Chesterton se mezcló con todas las falanges que querían hacer cambios; conoció así a protagonistas, filósofos, anarquistas, sindicalistas, predicadores, bohemios, a “todos menos el hombre común y corriente de la ciudad”. Eran miles, eran casi todos con los que se cruzaba y no los vio; es decir, no los notó.

En las formas de argumentar, este par de colosos era especialmente apto para mantener largos diferendos a través de la prensa. Muchos cientos de artículos periodísticos, que escribían cotidianamente servían a ese propósito, y aunque otro campo de batalla eran las conferencias a las que eran invitados, la argumentación cambia de forma. Así, decía el “voluminoso *Falstaff* pacífico”, como alguien se refiere a Chesterton, que “había sido yo invitado a dar una conferencia ante un grupo de personas, y la di –agrega irónicamente– aunque esas buenas gentes no me habían hecho nada”.

Da la impresión que la colosal polémica con Shaw encendía de enojo y pasión a Chesterton, y vistas las cosas en la óptica del inglés, por supuesto que había pasión pues sin ella seríamos muy poco ante la vida que nos ha dejado una sola cosa positiva para enriquecer nuestras vidas: la pasión. Pero el enojo estaba destinado no tanto al viejo irlandés sino a quienes llamó algo más duramente “herejes” en otro libro con ese nombre.

Pero su amor por la polémica y el debate lo llevó un buen día a elaborar su, quizá más famoso libro: *Ortodoxia*. Antes de que nadie pudiera impedirlo, aceptó el reto de Mr. Street, quien le había retado a definir su filosofía, porque no se veía claro cuál era. Y Chesterton, que de eso pedía su limosna, aceptó el reto “porque –dijo– hasta una bala se ennoblece si se dispara en duelo”. Y procedió a elaborar la historia de “mis elefantinas aventuras en prosecución de lo obvio” como si su vida se tratara del marinero y náufrago inglés quien, tras de darle la vuelta al mundo, llegó a la costas de lo que creyó una isla desierta y allí no conocía nada ni a nadie: era Inglaterra.

Entre las paradojas e ironías que utilizaba durante la incansable esgrima intelectual y literaria, exige como condición previa que se discuta entre cosas realmente confron-

tables. De otra forma, decía, “no se puede afirmar que una liebre sea más veloz que un triángulo isósceles”. Ni tampoco se puede afirmar, añadía sangrientamente, “que el puritanismo de Milton excedió la gordura de un cerdo”. No se puede rebatir la afirmación de que una mesa es cuadrada, arguyendo que la misma tiene cuatro patas.

Porque todo mundo puede darse cuenta que el primer obstáculo para un buen debate es que no se hable de lo mismo, lo cual ocurre todos los días, como hemos podido comprobar muchas veces entre nuestros parlamentarios mexicanos. Pero no se piense que tal dificultad es privativa de nosotros por ser latinoamericanos, o porque nos falta práctica parlamentaria, puesto que esto ocurre en todas las latitudes.

Pero de regreso a Shaw y Chesterton, hay que volver a leer algunos párrafos del segundo acerca del primero. Por ejemplo, cuando afirma que aquel hacía intentos inauditos para mostrarse indiferente, incluso arrojando “baldes de agua fría” sobre los fingidos entusiasmos de sus amigos que tenían que mostrarse como feroces revolucionarios, siendo que eran unos idealistas cosmopolitas, imprácticos, “una verdadera chusma de sentimentalismo licencioso”. Pero era humanitario en el sentido de profesar una piedad cósmica, pero en vez de reconocer que amaba a la naturaleza y deseaba salvarla, decía que era economista y deseaba “ahorrarla”. Juego de palabras sólo porque en inglés para decir salvar o ahorrar se utiliza la misma palabra: *save*.

Pero para dos cosas sí vivió y la gente lo recuerda bien: era vegetariano y fue socialista. Lo de vegetariano era muy fuerte en él. Lo era tanto que hay un momento en que, al final de su vida y sintiendo más o menos próxima su muerte, dejó enfáticamente encargado “que mi féretro lo lleven cargado hasta el panteón todos los animales que no me comí”. “Seguramente estaremos, responde Chesterton, al menos declaro que me anoto como elefante”. Esto en cuanto al vegetariano.

Pero la verdadera pasión de su vida fue ser socialista; al menos, socialista en su versión fabiana. De hecho, la gran mayoría de las publicaciones, declaraciones y manifiestos de la sociedad de los fabianos eran obra del socialista de magníficas e insobornables convicciones: George Bernard Shaw. Me parece magnífico elogio para un adversario de toda la vida. En esto Gilbert K. también se muestra como un alma generosa y grande a su manera. Digo a su manera porque aun opinando de la manera dicha, dice, en

el ingenioso epígrafe de la biografía: “Casi todo mundo dice que está de acuerdo con Bernard Shaw; o bien, que no lo entiende. Yo soy el único que lo entiende y no estoy de acuerdo con él”.

Como en diversas polémicas, verbales o escritas algunos insensatos llegaron a llamarle loco, desata toda ironía en claras y numerosas parrafadas llenas de paradojas brillantes. “No, contesta, loco no es el que ha perdido a razón sino el que ha perdido todo menos la razón”. “Y ese es el razonador”. Agrega, luego “he de defender al poeta frente al razonador porque éste trata solamente de entender el mundo y de saber cómo funcionan las cosas; pero el cielo, que es el objeto de los vates y los poetas “no funciona”. El poeta solamente intenta tocar con su frente el cielo, mientras que el razonador intenta meterse el cielo en la cabeza.

Es muy de agradecerse a descripción que hace acerca de las formas y el exterior de Bernard Shaw. Cuando la gente oyó las primeras veces que el mismo ingenioso, al saber de las cosas que puso en *Las Siete Virtudes Morales* o *¿Quién fue Hall Caine?*, supuso que era otro de esos dandis que van de un lado a otro con un solo epigrama, paciente y venenoso, como una abeja con su único aguijón. Y al ver y escuchar al nuevo humorista descubrieron que no había una perenne mueca de desperdicio, ni levita, ni clavel verde, ni silenciosos buenos modales de Restaurante Savoy, ni temor a parecer bobo, ni preocupación por parecer un *gentleman*. Se encontraron con un irlandés locuaz, de voz amable y chaqueta marrón. De gestos abiertos y un evidente deseo de lograr que la gente estuviese perfectamente de acuerdo con él.

“Indudablemente, tenía sus afectaciones y sus ardidés en la discusión, pero quebró, gracias a Dios, para siempre, el encanto del hombrecillo del monóculo que había helado la fe y la alegría en tantos salones de té. La voz humana y el ademán cordial de Shaw eran, evidentemente, más propios de un gran hombre, que la dura y preciosista brillantez de Wilde o el cauteloso mal genio de Whistler.

“Unido al efecto de su voz amable y dogmática, y de la figura delgada, suelta y fachendosa, existe el de su rostro, con el que tantos caricaturistas se han deleitado caprichosamente; una cara mefistofélica de feroces y espesas cejas y barba rojiza partida en dos. Sin embargo, esos caricaturistas, en su natural placer al dar con un rostro tan lla-

mativo, le han desfigurado y le han hecho sencillamente satánico, cuando su verdadera expresión tiene tanta bondad como socarronería.

“Por entonces su traje se ha convertido ya en parte de su personalidad. Uno ha llegado a pensar en su traje Jaeger marrón como una especie de piel y constituyese, como el cabello y las cejas, como parte de él mismo. Sin embargo hay quien dice recordar a Bernard Shaw con un aspecto todavía más terrible; uno con una levita deteriorada y una especie de sombrero de paja. No puedo creerlo; el hombre es tan de una pieza, que debe haber vestido siempre de manera adecuada. De todas maneras, su traje de lana marrón, artístico e higiénico a un tiempo, completaba la atracción que representaba y que pudiéramos llamar una excéntrica y sana predisposición. Pero algo de la vaguedad y el equívoco de su primera reputación se debe, probablemente, a las distintas funciones que ejerció en el mundo contemporáneo del arte.

“Comenzó escribiendo novelas. No son muy leídas y en realidad no merecen serlo con la sola excepción de la cruda y magnífica de *La profesión de Cashel Byron*. William Archer en el curso de sus amables esfuerzos a favor de su joven amigo irlandés, envió este libro a Samoa para que diese su opinión el más malévolo pero el más eficaz de los críticos modernos. Stevenson interpretó muy bien a Shaw, aun basándose en ese solo fragmento, al hablar de un grifo romántico que ruge de risa ante la naturaleza de su propia aventura. Y añadió también la postdata, no del todo injustificada: “Oiga, Archer... ¡Dios mío, que mujeres!

“Quedó luego abandonada la novela en gran parte, pero cuando comenzó a trabajar tanteó el camino para las avenidas de tres artes: fue crítico teatral, fue crítico literario y crítico musical; y en los tres, inútil es decirlo, combatió por el más nuevo estilo y la más revolucionaria escuela. Sobre todo, escribió como hubiera escrito sobre cualquiera otra cosa: pero se me figura que fue la música lo que más le interesó.

“Se me ha hecho observar con frecuencia que los matemáticos comprenden mejor y aman más la música que la poesía. Bernard Shaw se encuentra en el mismo caso; en efecto, al intentar hacer justicia a la poesía de Shakespeare la denomina siempre ‘la música de la palabra’. No es difícil explicar este cariño del lógico puro por la música. El lógico, como cualquier otro hombre de la tierra, ha de tener en su existencia

sentimiento y aventura; es efecto, en la vida de todo hombre, para que pueda llamarse verdaderamente vida, el sentimiento es la cosa más firme. Pero si el lógico a ultranza recurre a la poesía en busca de emociones, se exaspera y se aturde al descubrir que las palabras de su propio oficio se emplean con un sentido totalmente distinto. Cree comprender la palabra “visible” y halla después que Milton la aplica a la oscuridad, en la que nada es visible. Supone haber entendido la palabra “ocultar” y se encuentra con que Shelley habla de un poeta oculto en la luz. Tiene motivos para creer que entiende la vulgar palabra “colgado”, y entonces William Shakespeare de Strafford-on-Avon le asegura seriamente que las crestas de las altas olas marinas colgaban con ensordecedor estruendo de las nubes.

“Pero eso es por lo que el aritmético corriente prefiere la música a la poesía. Las palabras son sus instrumentos científicos y le irrita que puedan ser los instrumentos musicales de otro cualquiera. Le gusta ver hacer juegos de manos, pero no con los útiles de su propiedad particular: sus términos. Es entonces cuando recurre como inmenso consuelo a la música. Ella posee el mismo encanto y la misma inspiración, idéntica pureza y fuerza de captación que la poesía; y en cambio no exige ninguna confesión verbal de que la luz oculta las cosas, ni que la oscuridad puede verse en las tinieblas. La música es belleza pura; belleza en abstracto, belleza en disolución. Es un elemento de belleza líquido e informe, en el que el hombre puede flotar verdaderamente sin afirmar la verdad, es cierto; pero sin negarla.

“Bernard Shaw, como ya he dicho, está infinitamente por encima de todos esos matemáticos puros y razonadores pedantes: y a pesar de ello, su manera de sentir es más o menos la misma. Adora la música porque no tiene que habérselas con términos románticos, ya sean estos ciertos o erróneos. La música puede ser romántica sin recordarles a Shakespeare ni a Walter Scoot, con quienes ha tenido reyertas personales. La música puede ser católica sin recordarle verbalmente la Iglesia católica. A la que no ha visto jamás y está seguro que no le gusta. Bernard Shaw puede coincidir con Wagner hombre, seguramente hubiera tenido unas palabras con él. Creo, por tanto, que el amor de Shaw por la música puede considerarse en el primer caso, la imaginativa válvula de seguridad del irlandés racionalista”.

En esos términos sigue expresándose Chesterton de Shaw. Lo escrito hasta aquí ha de servir solamente para despertar el apetito para seguir escudriñando en la llamada *Biografía* acerca del irlandés y que escribió el inglés en ese magnífico tomo de sus *Obras Completas* constituido por las biografías, opiniones acerca de Robert Browning, Charles Dickens, San Francisco de Asís, Chaucer, William Cobbett, Santo Tomás de Aquino, Roberto Louis Stevenson y ésta de George Bernard Shaw, por la que hemos dado esta breve, aunque sabrosa mirada.

La roca y la nube

Dos hombres discuten sobre las tazas de café ya consumido, la posible solución del problema que ha surgido. Tal cuestión proviene en forma inesperada a través de la Ley de Derechos de Autor. Si no se resuelve el asunto, es factible tener que confrontarse con una demanda por plagio y esto no debe ocurrir porque va de por medio el prestigio de la institución a la que ambos pertenecen: el Partido Acción Nacional. Se trata del Alberto Antonio Loyola y Carlos Castillo Peraza, ambos son panistas con buena experiencia periodística y correligionarios de la lucha social que los dos han compartido desde hace más de 25 años, cuando Alberto y Carlos eran cuadros de la ACJM. Y así han seguido, en ese gigantesco asunto de cumplir con el deber político, estudiando más y más a fondo la llamada “cuestión social”. Hace ya unos 50 años de la fundación del PAN...

Pero ahora ha habido una reforma política y la correspondiente ley obliga a los partidos a publicar un órgano informativo para dar razón de los asuntos internos y externos cotidianos; ese requisito lo cumple ampliamente Acción Nacional con la publicación desde 1940 de la revista *La Nación*, que por esas fechas anda por el número 2,000 o más. Sin embargo ahora es 1986 y el nuevo reto es que cada partido tenga una publicación más o menos trimestral con contenido doctrinario e ideológico; por lo tanto se

*Texto publicado en la revista *Palabra*, año 24, núm. 100 abril-julio de 2014.

necesita ser un poco filósofo y un poco periodista para abordar el asunto. Afortunadamente Carlos era filósofo de profesión y Alberto periodista consumado.

El trance que tenían es que entrambos habían pensado que la revista doctrinaria que tenían que echar a andar se llamara *Palabra*; sólo que ese nombre ya lo tenían otras publicaciones, según les informaron en Derechos de Autor. ¿Cómo salieron del problema? Pues agregándole a la palabra *Palabra* el complemento “de Acción Nacional”, escrito con letra más pequeña para que diga como hasta ahora: *Palabra de Acción Nacional*... De algo sirve tomar café juntos.

El siguiente paso consistió en darle una estructura a la revista: tamaño, formato, secciones, columnas, extensión, etc. De lo cual se encargó Castillo, que también era periodista. Pienso que la dificultad mayor no era decidir que la revista tuviese artículos doctrinarios muy sesudos, sino bajar al plano de las ideologías y poder entrar en discusiones y hacer propuestas; sin embargo, el punto más delicado a resolver, según me contó el propio Carlos, fue introducir, o no, una pequeña sección que se llamara “Cómo nos ven” en la que personas y analistas de prestigio nos dijeran cómo nos ven desde afuera. Las opiniones iban desde que tal idea era una insensatez (prestar esa herramienta propia para que otros nos ataquen), hasta el gusto de otros de “que entre aire fresco”.

Durante la puesta en marcha del proyecto, Carlos fue nombrado director y con la ayuda de un consejo editorial, más nominal que práctico, comenzó a publicarse esta querida revista del Partido, *Palabra de Acción Nacional*, incluida la sección Cómo nos ven. Varias personas quisimos participar en la elaboración de la misma; unos en la parte doctrinal, otros en el análisis de temas políticos y sociales de calado mayor. Se pueden encontrar algunos de mucha utilidad todavía en los primeros números de la revista, que tenían un formato de libro. Hubo un tiempo en que yo mismo tuve la colección completa desde el número Uno; ya no es así porque doné a la biblioteca del estado de Durango, la mía propia; espero que sea para bien: la casa donde ahora vivo con mi esposa no es tan grande como para contener aquel enorme tropel de queridos libros y revistas, incluida la colección de *Palabra*.

La vida del grupo era la de agentes viajeros que salen de gira continuamente, pero siempre regresan a su base para no perder el contacto. Así, nuestra base era la Roca de

los Principios de Doctrina y los viajes eran los que lleva a cabo la gente como la de aquel tiempo: las estrellas y la blandura nubosa de los ideales compartidos. La Roca de la realidad y la Nube blanda del porvenir; porque, como diría Alexis Carrel: “el Hombre es una realidad desconocida, que avanza en medio de un tumulto de fantasmas”.

Durante varios años Carlos y yo habíamos tomado la costumbre de juntarnos a comer y tratar todos los temas que un par de desparpajados idealistas podían tratar para “arreglar el mundo” y ordenar las ideas; pero más aún, para gozar todas las ocurrencias y picardías de moda. Normalmente escogíamos algún restaurante céntrico que ofreciera carnes “a la tampiqueña” y eso ordenábamos invariablemente para ahorrarnos la liturgia de pedir cosas diferentes, verdes o rojas, con tocino o con jamón, con guarnición o sin ella, etcétera, ya sabe usted. Fueron tardes invictas en todo terreno –¿quién podría derrotarnos si sólo éramos dos?– hasta que llegaba la hora de la cena. Entonces había que levantar el campamento por falta de dinero, puede ser, pero no por falta de temas a tratar.

En esos tiempos le era fácil a la dirección de *Palabra* encontrar colaboradores para sacar cada número. Mucho se había acumulado en nuestro patrimonio doctrinal, ideológico, programático e historia de nuestro instituto político. Imagine usted, estimado lector, lo que pueden haber sido aquellas giras en las que recorrían varias ciudades y pueblos de México dando conferencias, fundando grupos, capacitando a muchos cuadros del PAN; giras realizadas por tierra a bordo de algún automóvil en el que se apretaban Manuel Gómez Morin, Miguel Estrada Iturbide, Manuel Herrera y Lazo, Luis Calderón Vega y tal vez alguno más, dependiendo del tamaño del coche. Poco a poco creció el número de gente preparada por ellos y muchos más, como el licenciado Antonio Rosillo, en San Luis Potosí, don Efraín González Luna en Jalisco; el maestro Rafael Preciado Hernández, en la Universidad; y más recientemente, Guillermo Prieto en Chihuahua, y don Víctor Manuel Correa Rachó, en Yucatán, don José González Torres en Michoacán y un largo etcétera de valiosas mujeres como Jovita Granados, Luisa Isabel Salas, Florentina Villalobos, Isabel Gómez Palacio, María Luisa Garcinava y un etcétera todavía más largo.

Además llegando el momento, Castillo Peraza supo echar mano de pensadores y maestros externos al Partido, bastantes de los cuales eran sus amigos personales. Así,

paso a paso, la revista adquirió su estructura básica por las secciones que hemos conocido, incluida las de Horizonte, Huésped, Cómo nos ven y Vitrina. Vale la pena agregar que junto con el lícito financiamiento público de los partidos políticos, Acción Nacional entre ellos, vino el financiamiento parcial de cada edición de la revista, que permitía lograr trabajar con superávit cuando las suscripciones y la venta de la misma eran altas.

Así se llegó al año de 1997 en que Carlos dio su última batalla como panista antes de dejar el Partido; tal combate lo libró como candidato a la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal. A lo largo de esa lucha se tuvo que transitar a través de dificultades muy incómodas y finalmente los resultados fueron exiguos. Muy pronto se dejó sentir el alejamiento de Castillo de la dirigencia del Partido y en 1998 dejó su renuncia en nuestras oficinas y se marchó hacia empresas tal vez quiméricas, pero en libertad para seguir escribiendo, sin compromiso con Acción Nacional.

Entonces ocurrió que, entre otras cosas, éste órgano doctrinal se quedó sin rector y venía el peligro del naufragio, de que tan buen proyecto fracasara. Por esos días, tenía yo avanzadas algunas ideas para realizar una segunda Proyección de los Principios de Doctrina y poder quedar actualizados ya que desde 1967 a la fecha habían pasado, además de 30 años, algunas cosas muy importantes en el mundo y en México, como la caída del Muro de Berlín, el comienzo de la globalización que ha invadido prácticamente todo, aunque en aquel entonces realmente globalizados sólo estaban las comunicaciones y el crimen organizado, y venía según Fukuyama, el fin de la historia. ¿Teníamos los panistas algo que decir al respecto? En esos días, durante una reunión del Consejo Nacional en una hacienda queretana, le presenté a Felipe Calderón, presidente del Partido, un escrito en que se bosquejaba lo que podría ser la mencionada Proyección de Principios; él echó una rápida mirada a aquella pocas hojas y me dio la aprobación para seguir madurando la idea y el proyecto. Esa tarde, después de comer, me invitó a dirigir *Palabra*, lo cual acepté de inmediato como un honor. Los números habían quedado suspendidos en el 44, lo que significaba que Carlos había dirigido la revista durante 11 años seguidos. Ahora me tocaba a mi hacerlo con igual gusto aunque con capacidades limitadas.

No había mucho tiempo que perder, así que procuré ir formando un equipo para las dos cosas; los principios de doctrina y la elaboración de *Palabra*. Desde luego aproveché que compartía oficina con mis queridos amigos Javier Brown César y Bernardo López Ríos en la Fundación Rafael Preciado Hernández, donde estaba cerca de personas como Salvador Abascal Carranza, Aminadab Pérez Franco, el profesor Juan Antonio Le Clercq y varios más. Poco a poco fuimos agregando a otros colaboradores. Sin embargo, quienes me acompañaron durante mucho tiempo fueron mi ayudante en la Cámara de Senadores, Emmanuel Lazos Celis y, sobre todo, mi hermano Alberto Ling Altamirano, quien de doctrina social y política sabe el doble que yo. Él me acompañó a lo largo de toda la travesía. Cuando llegó el momento, también me apoyé en la colaboración como analista y escritor de Federico Ling Sanz Cerrada, quien estaba terminando sus estudios en la Universidad Iberoamericana.

Necesitaría tener a la mano el Índice de Colaboradores por secciones que con mucho empeño logramos construir y editar, para poder mencionar con seguridad a tantas personas que me ayudaron en el empeño. Recuerdo, eso sí, los principales temas propios a ser tratados por una revista como ésta; por ejemplo, sigo teniendo presente nuestros esfuerzos para posicionar el moderno tema de la Bioética, ciencia que en los comienzos de los años noventa estaba “en pañales”, tanto que algunos se mostraban incrédulos de las cosas que decíamos y otros se espantaban de que fuesen ciertas. Así, volvimos a repasar nuestra posición como Partido acerca del aborto, confirmando aquella pero con elementos nuevos, y así las palabras fecundación, concepción, cigoto, embrión, implantación, células madre, clonación, niños de probeta, reproducción asistida, úteros en alquiler y muchos más comenzaron a ser parte de nuestro lenguaje panista, pero tratando de precisar conceptos, sacar conclusiones, discutir el asunto entre nosotros y ponernos al día dentro de lo posible; y tamaña tarea fue encabezada desde el principio por la revista *Palabra*. En este punto quiero agradecer a mi hermano Alberto y al químico duranguense Luis Alfredo Rangel por sus aportaciones, también por haberse quemado las pestañas y arrastrar la pluma sin esperanza de recibir alguna retribución económica.

No quiero decir si trabajar en esas condiciones estaba bien o mal, pero en el PAN de entonces éramos así. Durante los 11 años que Carlos dirigió la revista, él y todos los

colaboradores habituales e invitados, lo hicieron en forma generosa y gratuita. Cuando me llegó el turno de hacer salir regularmente la revista para que cumpliera con su fin, decidí seguir trabajando en la misma forma y así lo hicimos otros 11 años, acumulando 22 años y llegando al número 88.

Otro gran tema que nos tocó tratar fue el de la Globalización, de la cual ya Carlos había propuesto que no se llamase globalización sino Mundialización, cosa muy propia de filósofos precisos como él. Decía que no es lo mismo globo que mundo: por ejemplo, “Cristóbal Colón no descubrió el Nuevo Globo sino el Nuevo Mundo”; sin embargo, al paso del tiempo, cuando le pedí al amigo –que ya había salido del Partido– que me ayudara en la tarea de proyectar los principios de doctrina, no solamente aceptó por amistad sino que tuvimos largas y sabrosas discusiones con el P. Luis Morfín, y el doctor Bernardo Ávalos, acerca de “persona humana”, “patria”, o “bien común”. Entre las curiosidades de esas discusiones recuerdo que Carlos decía: “para un obrero de la Mitsubishi, allá en Japón, donde él nace, crece, trabaja y muere dentro de esa institución, el concepto de patria no existe para él; es un Mitsubichícula” y agregaba: “además, tiene bandera, himno y escudo”. Y además, agregó yo ahora, con la ventaja que no necesita ir a la guerra porque tal vez ya está en ella. Esa es la globalización.

Nos consideramos en ese tiempo obligados a analizar lo que en nuestro muco actual es el personalismo comunitario, la solidaridad como “interpretación óptica entre persona y sociedad; y la noción de “prójimo”, que tanto quehacer sigue dando;

Así como “el fin de la ideologías”, “Estado, mercado y sociedad civil” y tantos más. Aproximadamente por ese tiempo, varios miembros del Partido tuvimos un acercamiento con algunos líderes de la democracia cristiana de países sudamericanos; especialmente con mi fino amigo y correligionario Gutenberg Martínez Ocamia, chileno y presidente de la ODCA por esos años. Junto con Rodrigo Iván Cortés y Alejandro Landero, filósofos de la Universidad Panamericana y políticos del PAN en el Estado de México, así como también una buena veintena de líderes en sus países de la misma causa, entre los que recuerdo con gran afecto al colombiano Guillermo León Escobar Herrera y algunos más, fundamos un grupo propio al que pusimos por nombre “Buenos Aires” porque fue en esa ciudad argentina donde nos reunimos por primera vez, e irle

dando mayor forma y contenido a las expresiones de “nuestra matriz cultural”, como diría Castillo Peraza.

Para culminar la tarea de dar término a la Proyección de Principios, se fue abriendo la discusión a ámbitos más amplios. A pesar de las objeciones sintácticas sobre cada término a discutir, en las que participábamos en menor grado Javier Brown, Germán Martínez, Felipe Calderón a su regreso de Harvard y yo, no faltaba quien fuese cambiando de opinión, o alternando entre unas y otras. La sucesión de objetos a discutir alcanzó su apogeo cuando Luis Felipe Bravo nos instruyó para acelerar los trabajos de la nueva proyección de principios, objetivo para el cual me tocó ir un par de veces a casa de Efraín González Morfín en Guadalajara para “tocar base” y no exagerar en algunos puntos. Como era de esperarse, más y más personas se fueron acercando a nosotros; entre los del interior del Partido que recuerdo estuvieron Alonso Lujambio, Juan Molinar Horcasitas y Arturo García Portillo; y entre los de fuera, Roberto Blumm de Durango y Jesús Silva Herzog Márquez y sin desperdiciar al grupo de *Palabra*, en especial Alberto Ling, Emmanuel Lazos y Bernardo López Ríos. Muchos de los aquí mencionados escribieron en diferentes momentos para la revista.

Bernardo López colaboró con una serie de escritos sobre Manuel Gómez Morin y su legado; de ahí le resultó material suficiente para un libro de cierta extensión. Asimismo, se pueden rescatar sus estudio y recopilaciones sobre la Historia de la Pobreza, suficientes para otro libro. En ese tiempo habían entrado en una amistosa competencia Juan José Rodríguez Prats y Alberto, mi hermano, para ver quién acumulaba más conferencias impartidas para difundir nuestras ideas y creo que no importa quién haya ganado, porque dejé de llevarles la cuenta cuando cada uno sobrepasó las 1,600; por cierto, sin remuneración de por medio.

Entre la sucesión de ediciones que me tocó dirigir, un número que recuerdo con bastante precisión fue el 58, correspondiente a los meses octubre-diciembre del año 2000, porque tuvimos que recoger lo más posible de los testimonios para honrar la memoria de Castillo Peraza, fallecido apenas en septiembre de ese año, en la ciudad de Bonn, Alemania. El homenaje convocado por la dirección del Partido tuvo lugar en el Alcázar del Castillo de Chapultepec y el evento estuvo rodeado de una tristeza malva y

oro y de una emoción luminosa. En el mismo pronunciaron sendos discursos, Luis Felipe Bravo, presidente de Acción Nacional; Ricardo Arias Calderón, exvicepresidente de Panamá y líder ilustre de la democracia cristiana de América; Héctor Aguilar Camín, periodista y escritor; Felipe Calderón Hinojosa, heredero en varios sentidos de Carlos; además, tuvimos las palabras del mayor de sus hijos, Carlos Castillo López.

Fue una noche memorable; aún parece que escucho ese derroche de cariño hacia nuestro “prócer”, como decíamos de él entre sus amigos. El mes de noviembre estaba avanzado y la tarde bonita, pero melancólica, se convirtió prontamente en noche de recogimiento. Los discursos que ahí se dijeron están publicados en el número mencionados. También recogimos las colaboraciones de Jorge Luis Ibarra Mendivil, rector de la Universidad de Sonora, Miguel Ángel Gutiérrez Machado, diputado de la LIII Legislatura; Alberto Ling Altamirano, Carlos Wagner Wagner, amistoso colaborador frecuente y Alberto Antonio Loyola. También Carlos Elizondo Meyer Serra y Federico Reyes Heróles, quienes disfrutaron haciendo análisis político con Carlos en el interesante programa Primer Plano, transmitido por el Canal 11.

Imposible cerrar estas líneas sin expresar mi reconocimiento total a la labor que asiduamente hicieron para que viera la luz cada número, a los encargados del diseño: Laurita Ríos, Armando Ascencio y María Teresa Zúñiga. Muy especial mención merece mi estimada Rosa María Cantero, en materia de administración de este adulto órgano del Partido Acción Nacional (suscripciones, envíos e inventario de números atrasados, colecciones y otras tareas más).

No me resta sino agradecer su apoyo a Armando Reyes Viguera, a quien entregué apresuradamente los bártulos de la revista cuando salí a Roma para atender la embajada ante al Santa Sede y no me era posible ya seguir colaborando; a Germán Martínez, con el que tuvimos una pequeña plática en aquel pequeño restaurante toscano, con las esposas de ambos; Germán había renunciado a la jefatura nacional del Partido tras sufrir en unas elecciones duras, y me confió que habiendo llegado a la tranquilidad tras la dimisión, le gustaría dirigir esta revista; y desde luego a Tomás Trueba, actual titular de *Palabra*, quienes, hasta donde yo sé, aprecian que el PAN siga contando con esta revista en la que se notan, si uno mira con cuidado, la firme roca de la realidad, de lo que las cosas son, y la nube portadora de relámpagos entre los cuales se avizora el porvenir.

DOCTRINA Y PRAXIS HUMANISTA. ANTOLOGÍA,
de Federico Ling Altamirano
se terminó de imprimir
en septiembre de 2015 en los Talleres de
Editores e Impresores FOC, SA de CV.
Calle Los Reyes No. 26, Col. Jardines
de Churubusco, 09410, México DF.
Tel. 56 33 2872 Fax: 5633 5332
e-mail: luzfoc@prodigy.net.mx

La edición consta de un mil ejemplares.

El diseño y la formación estuvieron
a cargo de Retorno Tassier
Silvia Monroy Vázquez.
El cuidado
editorial estuvo a cargo de
Carlos Castillo López.

Considérese, por ejemplo, que no es tan fácil comprender que la biosfera es de todos: de los mexicanos, sí, pero también de los africanos y de los chinos. Y como la biosfera, los océanos y las nubes y los ríos; en fin, los bienes materiales de esta clase. Esto resulta más fácil hoy en día debido a la abundancia de comunicaciones y a la naciente conciencia planetaria, pero aún es difícil saberse y sentirse solidario de los lejanos en el tiempo: de las generaciones venideras. Y sin embargo es necesaria la solidaridad con los hijos de nuestros hijos. Un buen ejemplo es el petróleo y los recursos no renovables que administramos los de esta generación pero con el deber de evitar “hipotecar el futuro” de las siguientes generaciones. Es necesario que hasta allá llegue nuestra solidaridad.

